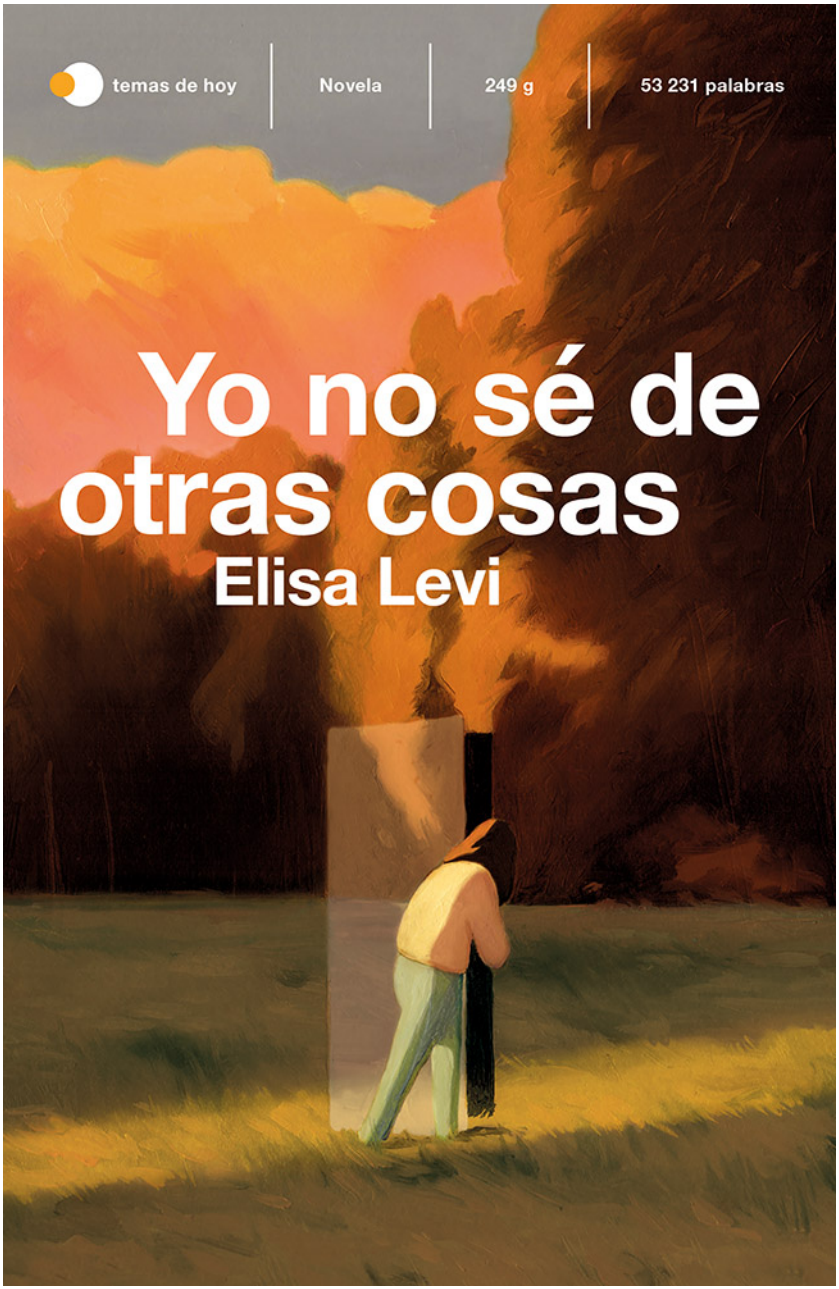
temas de hoy | Novela | 249 g | 53 231 palabras

Yo no sé de otras cosas

Elisa Levi



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Rumiar
Yo bajaba por el camino de piedras
Si hueles, ladra
Como yo andaba perdido, nos encontramos los dos
Borregos
Yo cuando te miro, veo
Maleducada
Soldado de una guerra
El hombre con más miedo del mundo
El peor cerdo
Desgracia eres
Yo tuve un perro que no se movía
El fin del mundo
Yo no sé de otras cosas
Elisa Levi
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

No hay lugar más universal que el más pequeño de los pueblos.

Lea tiene 19 años, un ardor en la tripa y una vida entera en un pueblo con cuatro calles, una iglesia, un ultramarinos y un bosque que nunca ha cruzado. Sentada a la sombra, ve aparecer un señor que ha perdido a su perro y, en lo que dura un cigarrillo con hierba, le cuenta por qué ayer se acabó el mundo.

Lea tiene una hermana con la cabeza hueca, una madre que también se llama Lea y un padre que solo sabe de trabajo en el campo. Tiene a Javier, que no sabe hablar de amor, a Catalina, su mejor amiga, que llora, llora y llora, y tiene a Marco, que le deja regalos en el felpudo de su casa. Lea tiene ojos de campo y desconfía de los forasteros. Lea no sabe de otras cosas, pero de lo que sí sabe, sirve en todas partes.

Yo no sé de otras cosas es la historia de alguien que quiere conocerlo todo, vivirlo todo, amarlo todo, a pesar de que todos crean que el mundo se acaba. En su segunda novela, Elisa Levi ha asimilado con maestría la lección de los grandes escritores: no hay lugar más universal que el más pequeño de los pueblos.

Yo no sé de otras cosas

Elisa Levi

temas de hoy

A Tomás

Todo el mundo cuenta sus penas
pidiendo la comprensión.

LOLE Y MANUEL,
Todo es de color

Rumiar

Le digo que yo no sé de otras cosas, pero sé que por ese camino solo hay bosque. El señor me contesta: «Es por ahí». ¡Que no, que no, que no, que se va usted a morir si va por ahí! Si quiere le indico o le llevo hasta su perro, le insisto. «No hace falta», me dice él. Y yo le digo: «Aquí los perros que no comen siempre van al mismo sitio». «Es por ahí», me repite. Que no, que no, que no. Le paro con la mano porque yo sé que quienes se adentran en el bosque no salen. No llegan a ningún sitio y se mueren. Se cansan y se deshidratan. Se cansan y se mueren de frío. Se cansan y ya la vida no les enseña ningún camino. Le tiro del brazo y le explico. Le explico que yo soy más de aquí que nadie, que soy joven pero que yo este lugar me lo conozco porque tengo historia. Que si quiere yo le cuento, le digo, que yo perdí a una perra cuando era más pequeña y estaba donde las liebres.

Usted no lo sabe porque a saber de dónde viene usted, pero en este lugar los perros perdidos van al olor de la comida y los dueños de los perros tiran al bosque desesperados. No sabe a la de gente que he visto yo no volver de las landas. De verdad, usted de esto no sabe nada, pero este bosque no se cruza. Y me fijo en que el señor respira cansado y que de su frente caen goterones que podrían llenar los pozos de por aquí. Su cara hace que me salga la emoción y pienso que a él sí podría contárselo. Podría contarle que me voy, que he decidido que me voy de este lugar chiquito. Y de pronto empiezo a ver a este señor despistado, perdido, como la única persona en el mundo que podría entenderme. Sí, él y solo él puede entenderme.

Mire, le digo mientras le siento en el banco donde estoy apoyada para que descanse, porque aquí, en este banco, da la sombra siempre y este señor, como siga transpirando así, se me

muere sin haber encontrado a su perro. Mire, le digo, mi perra se perdió un domingo de verano y mi hermana, que tiene la cabeza hueca porque cuando fue a nacer el aire no le entraba, lloró de una manera diferente. Nora solo llora por los dolores del cuerpo. Si la pellizcas, llora, si su estómago ruge, llora. Pero de amor, de soledad, de pena, de eso mi hermana no llora. Y aquel domingo de verano lloró porque la perra no volvía y mi padre dijo: «La perra está donde las liebres muertas». Y Nora lloró menos, ¿sabe? Aquí, las liebres muertas se apilan. En este lugar, los animales que se mueren se quedan amontonados y levantan un olor horrible. Verá, señor, yo de olores no sé, porque yo no he olido nunca, como mi madre, que ella dice que algo olió de adolescente, pero yo no he olido nunca nada. Y es una pena, porque dicen que los tomates de por aquí se huelen a kilómetros a la redonda. Pero yo de olores no sé, como usted no sabe de perros que se pierden por aquí. Nosotros sabemos de otras cosas. Tengo que decirle que, cuando llegamos, la perra estaba muerta. Y mi madre vio la sangre caer de la boca de la perra y soltó: «Ha debido de ser un lobo».

Pero yo sabía que había sido Esteban, que vive enfrente de donde se apilan las liebres, porque es un señor de gatillo fácil y los lobos por ahí no suelen ir. Esteban me mató a la perra y yo quería matarle a él por haber hecho llorar a mi hermana. Pero usted no se preocupe, usted aquí tranquilo, que su perro está llenándose el estómago y en seguida le veremos por aquí husmeando. Que los perros no son como yo, hágame usted caso, que yo soy más gato, que ellos huelen y te buscan y te cuidan. Usted descanse aquí conmigo que tiene la camisa empapada en sudor. Ya verá como el perro se acerca.

El señor y yo nos quedamos mirando el bosque y yo le noto cómo suda. Si tiene calor quítese la camisa, que igual su perro tarda en venir, le digo. Solo necesito descansar un poco aquí y luego tiro por ahí a buscarle, me dice. Que no, que no, que no, le digo, no insista, de verdad, que no le confunda mi cara de cría, que yo tengo los diecinueve muy bien puestos y sé que a los que se adentran en las landas se les hace de noche. Este bosque es traicionero, como el río cuando baja rápido. En estas landas no hay

caminos y el cortafuegos queda lejos. Los viejos dicen que, si lo atraviesas todo, llegas al mar, aunque yo creo que no. Pero yo de norte, sur, este y oeste no entiendo. Yo sé de otras cosas. Aquí la gente mira el musgo para saber en qué dirección está o se acuerda de por dónde sale el sol y por dónde entra la luna. A mí, el sol siempre me pilla de sorpresa por la izquierda y a veces por la derecha. El bosque es peligroso, ¿sabe? Ni la guardia civil busca a los que se pierden porque no quiere entrar en las landas y aquí guarda forestal no tenemos, porque estamos tan remotos que no le interesamos a nadie. El bosque lo creó la naturaleza para tenerle miedo, para que la gente tenga presente la muerte, la desaparición, la oscuridad, porque, cuando te adentras en él, dejas de ver el sol y solo tienes penumbra y da igual el musgo o las brújulas o la orientación o la buena memoria, el bosque engulle como los conejos con hambre.

Usted va a dejar a un perro huérfano si no me hace caso, señor. El señor se quita la camisa y su piel desprende calor. Tiene el cuerpo arrugado, pero no creo que supere los sesenta. Saca el móvil y rechista. En este pueblo casi no hay cobertura, en el Pueblo Grande sí que hay, pero aquí la cobertura se pierde, ya le digo yo a usted que esto es el fin del mundo.

Espero que no le importe que fume, le digo. Y el señor ni me mira ni me contesta. Si quiere le puedo dar un poco, es tabaco con un poco de hierba, porque Marco me la dejó anoche en la puerta de mi casa. A veces lo hace y a mí me gusta venir aquí a fumarla, porque cuando fumo la hierba de Marco y miro al bosque, me imagino que las landas no existen y que puedo ver todo lo que está del otro lado. Pero el señor ni dice nada ni me mira.

Hace calor para ser uno de enero, ¿verdad?, le digo. Y él me dice, hace calor para ser uno de enero, sí.

En este pueblo verde el calor ya no saca a nadie a la calle, le digo, solo a Juana, que llora todavía por su hermano y, cuando yo paso a por el pan, siempre cojo una barra para ella, porque ya no quiere comer. Yo suelo decirle: «¡Juana, que Dios aprieta, pero no ahoga!». No sabe usted la pena que da verla sola, fuera, en su silla, porque saca a la calle también la silla vacía de su hermano.

«¡Juana, el tiempo todo lo cura menos la vejez y la locura!», le grito yo con alegría cuando la veo. Y ella ríe. Y siempre le dejo la barra de pan en la silla vacía de su hermano para que sepa que la muerte es solo un día, no toda la vida, y que donde antes se sentaba su hermano, ahora se pone el pan y no pasa nada.

El señor me mira y le digo que tengo la edad que tengo, pero que yo ya sé que la muerte va así. Que los que mueren no se llevan la alegría, le digo. Que los que se mueren no se llevan nada, que la muerte son cuatro lágrimas y un dolor de pecho, pero que la vida sigue para los que nos quedamos. Y las lágrimas, en cuanto abandonan el ojo, se convierten en agua. Y el señor se ríe, pero yo creo que se ríe porque no quiere pensar en la muerte de esa manera. Este señor no sabe de nada. Usted no sabe adónde ha venido a parar, usted no sabe nada de este pueblo. Déjeme que le explique, que tenemos tiempo, que si usted se queda aquí conmigo su perro acabará volviendo. Los perros siempre vuelven. Pero usted de este pueblo no sabe nada. Y el señor me mira, pero yo miro el bosque.

El señor transpira como un cerdo al que van a degollar.

No tengo agua, señor, pero si quiere puede apoyar su cabeza en mi hombro. Javier suele hacerlo, le digo. Lo de poner la cabeza en mi hombro, me refiero. A veces yo le toco la cara cuando lo hace. Pero yo a usted no le voy a tocar la cara. En el pueblo dicen que hablo mucho y cuando fumo la hierba de Marco me da por hablar más. Pero a usted, que ahora tiene tiempo, igual le apetece escucharme.

Aquí no viene mucha gente, ¿sabe? Y al señor se le acelera la respiración. ¿Sabe, o usted tampoco sabe de esto? Y el señor me mira y me dice que la verdad es que no sabe cómo ha llegado hasta aquí, a orillas de este pueblo pequeño, perdido. Usted se ha perdido con su perro y ahora su perro le ha perdido a usted. No se preocupe, le pasa a la gente que no conoce la zona.

¿Y tú qué haces aquí?, me pregunta el señor. Esperar, le digo. Espero a su perro perdido con usted. El señor suspira y yo estoy segura de que suspira porque siempre es mejor esperar con alguien. Si llega usted a perderse mañana a mí no me encuentra aquí. ¿Que

qué hago aquí, quieta, a la sombra? Esperar a su perro y rumiar, como las vacas, señor. Rumio todo lo que he pensado que voy a hacer mañana. Fíjese, señor, igual yo espero con usted a su perro y usted me acompaña en esta tarde rara de primer día del año. Y miro al señor, pero él mira el bosque.

No sé cómo ha sido su vida, le digo, o cómo amaneció esta mañana, pero yo amanecí y la tripa me ardía. Me ardía y me ardía como arden los hierbajos con este calor de enero, tan raro. Pero no se crea usted que esta es la primera vez que siento fuego en la tripa. Ni se atreva a decirme que mi tripa arde por la hierba y el tabaco. Que mi tripa arde desde hace tiempo, pero esta mañana he amanecido y he entendido la razón de mi ardor. Rumio, señor, rumio lo que haré mañana.

Si Javier estuviera aquí, sentado con nosotros, le llamaría a usted *duende*, porque usted, señor, de aquí no sabe nada y Javier, a los que están de paso en este fin del mundo, les llama *duendes*. Porque los duendes nunca se quedan, siempre se van o desaparecen. Me gusta Javier porque me gustan los hombres que tienen poco de tristes. Usted, por ejemplo, le digo al señor mirando la caída de sus ojos arrugados, usted, por ejemplo, no ha sonreído ni un segundo, usted de triste tiene mucho. Pero Javier sonríe todo el rato. Cuando entra en el ultramarinos de mi madre me alegra la mañana y les digo a los clientes: «Aquí viene el guapo que quiero que me quiera». Y me contestan: «La suerte de la fea, la guapa la desea». Y yo me rio y me rio y, a veces, hasta canto, y cuando viene mi madre a atender conmigo me dice: «Ya cantarás menos, ya cantarás menos». Pero yo le insisto: «Mamá, baila que en casa ya no bailas». Y mi madre me dice: «Quién tuviera tu juventud, mi Lea Pequeña». Porque en el pueblo somos la Lea Grande y la Lea Pequeña. Y yo le grito con alegría: «¡Que la Pequeña tenga la suerte de la Grande!». Pero muy dentro de mí nunca he querido tener la misma suerte que mi madre. Yo quiero ver el mundo, ¿sabe?, y encontrar un trabajo en la ciudad. Y ganar dinero y gastarlo en lo que lo gasta todo el mundo: en planes, en extraescolares para mi futura hija, en vacaciones en otros países, en tecnología. Yo quiero vivir en una isla, pero en una isla sin

bosques, con una vegetación muy pobre, casi desértica, y con oportunidades. Y decirle a la hija que tendré algún día: «Hija, deja eso ya, que estás todo el día pegada a la pantalla». Lo que yo sé también sirve en otro sitio, ¿sabe?

Cuando el calor aprieta no hay quien pasee por las calles secas de este pueblo, por eso ha hecho usted bien en querer esperar aquí conmigo. ¿Usted tiene hijos? No tiene pinta de tenerlos. Y el señor me mira y sonríe. No, no tiene usted hijos. Lo suponía. Yo, si algún día tengo una hija, no voy a dejar que conozca a los conejos. La dejaré ordeñar, porque cuando ordeñas aprendes a ser agradecida en la vida. Agradecida con los animales, no con Dios y esas mentiras. Pero ella no conocerá a los conejos porque no hace falta que conozca la amargura de la vida, no al menos mientras yo la cuide. Además, mi hija nacerá en la ciudad y comerá productos procesados porque los niños de ciudad los comen y yo, que seré madre de ciudad, me quejaré y pediré en las reuniones de padres que revisen la dieta del comedor, que yo que vengo de pueblo sé que la longevidad tiene que ver con la comida. Pero todo será una interpretación, no se crea usted, como si fuera una actriz, porque a mí no me interesa que mi hija sea muy longeva, que la vida a cierta edad se vuelve incomprensible. Basta con echar un vistazo a los viejos de este pueblo, que ya no entienden de nada. Rumio, señor, rumio porque me arde la tripa. Y el señor me mira, pero yo miro el bosque.

Discúlpeme si a veces hablo muy deprisa, pero tengo una presión en el pecho que me acelera las frases y, además, con este calor se me seca la boca. Mi madre dice que este calor es por lo que echan los coches y que son el mal del mundo, y el bosque, el mal del espíritu. A mí me gustaría trabajar en el Ayuntamiento. Y prohibir los coches. No seas ingenua, me dicen a veces, que aquí valen más tus manos. Pero yo sé que lo que vale de verdad es mi cabeza, porque una vez vino al pueblo una televisión a grabar un reportaje para la autonómica y hablé a la cámara sin miedo y con convicción. «Si funciona, lo mandamos a la nacional», me dijo el chico. No sé si funcionó, porque para cuando lo iban a emitir, aquí atacaron las tormentas y nos quedamos un mes aislados. Cuando

vinieron los de la tele nos hicieron unas preguntas a Catalina y a mí y ella se quedó callada, pero yo dije las cosas que necesitábamos. Mi cabeza vale mucho porque pienso muy rápido y sé aprovechar los momentos. Y dije que necesitábamos que nos dieran más dinero para poner un ambulatorio como Dios manda, que aquí son todos viejos y el médico viene solo una vez cada dos semanas. Dije también que necesitábamos un mejor transporte, que solo pasaba un autobús dos veces al día. Que por favor arreglasen la carretera comarcal y que nos pusieran un autobús directo a la playa, que estando tan cerca del mar todos los privilegios se los llevaban los turistas, ¡usted se cree! ¡Si ese mar es más nuestro que de nadie! El chico del vídeo me dijo que el reportaje se llamaba *La nueva España vaciada* y yo dije, mirando a la cámara, como miran a cámara las actrices, que de vaciada nada, que vieran qué vivos estábamos. Que vacío era el estado natural del bosque, pero que aquí la España estaba muy llena todavía. Pero perdoné pronto al chaval porque me dijo que me parecía a una actriz, una actriz de otro lugar. Me dijo el nombre, pero yo de nombres de otros lugares no sé. En mis peticiones añadí un capricho que luego le hizo reír a Javier. Quiero que este año a las fiestas de verano venga el grupo que canta la canción que dice *sin ti no soy nada una gota de lluvia mojando mi cara*. Javier reía y reía y que cómo has dicho eso, me dijo. Y yo le dije que era un regalo para él, porque la primera vez que le dije que él me gustaba sonaba de fondo.

Pero no, lo que yo quiero contarle a usted es otra cosa. Yo quiero contarle por qué, si su perro se perdiese mañana, usted ya no me encontraría aquí, a la sombra. ¿A usted nunca le ha pasado que la vida se le enreda? Pues a mí la vida se me ha enredado, se me ha hecho un nudo que no sé cómo deshacer. Rumio, señor, rumio lo que haré mañana. Que en este pueblo la vida se me va a hacer larga y cuando la tripa se queja es porque hay una decisión por tomar. ¿Usted cree en el fin del mundo?, le digo. Y el señor cierra los ojos para reírse. Y su carcajada suena fuerte y a mí me retumba en el oído. Yo me río también, pero porque soy de risa fácil. Que sí, que sí, que sí, le digo. Y el señor se seca la humedad de los ojos con la camisa. ¿Ve los crespones que cuelgan de las

ventanas de todas las casas del pueblo? Cuelgan por el fin del mundo, señor.

El uno de enero del año pasado mi madre abrió el ultramarinos y los vecinos se apelotonaron en la tienda, le empiezo a contar al señor, como si fueran moscas en el hocico de un caballo. Iban y venían como locos, agitados. Y mi madre escuchó aquello de lo que hablaban todos. «Al parecer, se acaba el mundo este año», vino a decirme, y yo reí, como usted se ha reído ahora, y le dije a mi madre: «¡Ya no saben qué inventar en este pueblo!». Pero mi madre tenía una duda que invadía su cara y yo con alegría le dije: «Mamá, tú no te creas eso, que eso son invenciones de otros lugares, estamos tan remotos que hasta el fin del mundo se olvidaría de nosotros». Pero cuando lo dije, mi tripa ardió por primera vez. Y me ardía como ahora, un año después, como si un loco hubiera prendido sus propias tierras. Pero entonces, al día siguiente, dos de enero, vino Catalina y, mientras limpiaba a las gallinas del patio, me preguntó que si había oído eso del fin del mundo y yo le dije que sí, pero que, a palabras necias, oídos sordos. Y de nuevo mi tripa dando vueltas. Y ella se quedó pensativa y yo le dije que mirásemos a ver qué decían en el Pueblo Grande, que en nuestro pueblo internet da para poco. Algo encontramos de los mayas, pero yo en seguida supe que todo era una mentira, que no era más que un absurdo invento, pero la gente empezó a tener miedo y solo se hablaba de eso.

En los sitios pequeños, señor, la gente necesita creer para llenar los días. Y llegó un día en que un vecino dijo que sí, que en otros países lejanos, lejanos, lo creían tanto que sus habitantes se empezaban a volver locos. Y entonces otro se levantó una mañana y nos dijo que su hija, la que vivía en la capital, le había dicho que allí también se rumoreaba. Y una mujer vino al día siguiente y nos dijo que había leído en el periódico que, efectivamente, esto ya lo dijo alguien antes y que los que saben decían que ese era el año en que se acababa todo. Y otro día llegó Juana y dijo que ojalá, que ojalá, que ojalá, que ella quería que todo acabase y así elegir estar muerta como su hermano. Y luego llegó otro vecino que decía que sus vacas empezaban a hacer cosas raras y otro que sus perros

ladraban al cielo por las noches y que eso solo podía significar que el mundo llegaba a su fin. Y los periódicos locales no ayudaban, porque llegaban titulares que decían que sí, que sí, que sí, que el mundo se acababa. Y entonces Esteban, el que me mató a la perra, apuntando al suelo con el fusil por primera vez, dijo que hacía demasiado calor para ser enero, que los ríos de arriba se estaban secando y que eso solo podía ser por el fin irremediable. Y el alcalde, que lidera las conspiraciones de todo tipo, decretó todo el año pasado, el dos mil doce, de luto oficial. Y yo les decía a todos, me preguntasen o no: «¡No sabéis de nada! Que este alcalde nos necesita centrados en tonterías como esa del fin del mundo para que no pidamos nada. Que el mundo no se acaba y que lo único que se acabará es este pueblo, como no espabilemos».

Seguro que usted hubiera dicho lo mismo. Pero entonces la vida se me empezó a atragantar. El nudo empezó a crearse y un incendio se asentó en mi tripa. Yo no sé, yo no sé si es solo mi mundo el que se ha matado este año que acabamos de dejar atrás o si el mundo se ha acabado solo aquí, en este pueblo chiquito. Pero la verdad es que, haciendo balance hoy, uno de enero de un nuevo año, puedo decir que el mundo se acabó ayer. Déjeme que le cuente.

El señor se pone la camisa y se levanta. No se vaya, le digo. Que tengo ganas de llorar, pero esto no se lo digo. Quédese un rato más, que yo sé dónde está su perro, y que solo podemos esperar, de verdad. Se lo prometo. Se lo juro. Me mira, me mira, no me mire así, le digo. Que, si usted se queda aquí, vendrá. Me mira, me mira, no me mire así, pero no se lo digo. Y se sienta de nuevo, porque él, de por aquí, no sabe nada, y ahora mismo, en esta primera tarde del año, con los crespones colgados de las casas a nuestras espaldas, yo soy la única persona que el señor tiene en el mundo y él es la única persona que yo tengo en el mundo.

Yo bajaba por el camino de piedras

En realidad, hace mucho calor para ser enero, pero no sabe usted el calor que hacía el marzo pasado en este pueblo, le digo al señor. Además, el dos mil doce no nos trajo lluvia y el sol pegaba como un hombre malo. En este pueblo los jóvenes somos cuatro: Javier, Catalina, Marco y yo, y, de estar tan solos, la vida la vivimos casi siempre juntos. Bueno, y Nora, señor, mi hermana también es joven, pero ella no, ella no, ella no cuenta. Nacer en este pueblo nos ha hecho cómplices, no sé muy bien de qué, señor, supongo que cómplices de nuestra propia existencia. Porque aquí pasan pocas cosas, ¿sabe?, y hay pocos sitios a los que ir y todos saben que si no estás allí es porque estarás allá. Por eso nos gusta fumar la hierba de Marco, señor, porque, aunque estemos los cuatro juntos, habitando el mismo espacio, sentados alrededor de la misma mesa, cuando fumamos, cada uno se pierde en las imágenes que crea su cabeza y allí no nos encuentran, ni nos encontramos nosotros.

Marco es como un quejigo de tronco ancho y grueso, de raíces invasivas y violentas, descontroladas, así es Marco, señor. Javier, en cambio, es más un madroño, un árbol estrecho que casi se confunde con un arbusto, pero con un fruto rojizo como sus mejillas cuando le da el sol en la cara o cuando el calor le dora los hombros. Mi madre siempre me ha dicho que en la capital se han apropiado de los madroños, pero que en realidad allí hay pocos, porque no tienen el clima para que vivan. Y eso también me ha recordado siempre a Javier, señor, porque no sobreviviría en otro clima, por mucho que yo me lo quiera llevar a otro lugar. Catalina es más una acacia mimosa. Coja, una acacia mimosa coja, que le falta una rama o que tiene una raíz torcida y le hace tener un

equilibrio diferente. Porque Catalina, señor, se quemó la pierna y ahora luce una cicatriz que parece una piedra rugosa y una cojera que está empeñada en operarse. Yo ya le he dicho que de operarse nada, que eso poca solución tiene. Pero ella ahorra y ahorra y, de tan poco como gasta, podrá comprarse el pueblo entero antes de llegar a los treinta. Mi hermana, señor, mi hermana ya es una planta en sí misma, no hace falta que se la compare con nada. Viejos, sin embargo, en este pueblo hay muchos y mira que apenas llegamos a los doscientos. Lo que no tenemos por aquí, de lo que no sabemos en este pueblo, es de gente de otros lugares que venga y se quede. De eso sabemos poco, por eso cuando el calor de marzo me pegaba en la cabeza y Catalina me contó lo de la casa de Jimena, el estómago me escoció como cuando mi madre vino a contarme lo del fin del mundo.

Yo bajaba por el camino de piedras y vi a Catalina acercarse. Han vendido la casa de Jimena, me dijo. Jimena era mi abuela, señor, pero mi madre nunca quiso tener nada que ver con ella, la llamaba «esa señora», y cuando murió, mi madre renunció a quedarse con la casa y se convirtió en patrimonio del pueblo. Yo a mi abuela nunca la llamé «abuela». Pero Jimena me quería. Aunque no quisiera a la Lea Grande, quería a la Lea Pequeña, y por eso me dejaba flores en la parada donde esperábamos el autobús que nos llevaba al colegio. Ahí me dejaba flores algunas mañanas. Al principio Javier, Marco y Catalina se reían porque decían que eran de un viejo al que había enamorado. Pero yo sabía que eran de Jimena, porque Jimena me quería y esas flores colgaban de sus ventanas. A cambio, yo le dejaba fruta del ultramarinos en el felpudo y, cuando me pillaba mi madre, me decía: «Piensa mal y acertarás», y yo le contestaba: «Haz bien y no mires a quién».

«¿Y quién ha vendido esa casa, si era patrimonio del pueblo, quién se queda el dinero?», le pregunté a Catalina. «Pues supongo que el Pueblo Grande», me contestó. Yo tendría que dirigir la pedanía, ¿sabe usted?, y entonces la casa de Jimena sería ahora un centro de salud. Porque, como le he dicho, lo que vale de mí es mi cabeza. «Dicen que los que la han comprado vienen de la ciudad», me dijo Catalina. «Estás tonta, ¿quién va a venir a este pueblo si en

la ciudad tienen el mar?» «Que no, que no, que no, me respondió Catalina, que estos no son de aquí, que estos vienen del centro, que son de Madrid, que allí ya se han cansado, que quieren campo, que quieren bosque.» «Quieren bosque porque nunca lo han visto de cerca», le dije a Catalina.

Si yo dirigiese este pueblo pondría letreros, señor, señales, fijaría en la tierra carteles enormes con la frase: «Aquí no está lo que buscáis». La gente no lo sabe, pero los pueblos pequeños huelen a mierda de vaca y a animales muertos apilados y a miedo y a rencores y a aburrimiento y a dolores y a odios que pasan de generación en generación. Y los que son de otro lugar se enamoran de una idea extraña de lo que realmente significa aguantar el vacío del campo, el paso lento de las horas.

Catalina me dijo: «Ella pinta y él viene a poner una quesería». «¿Qué quesería, si quesos ya tenemos?», le contesté. «Les da igual lo que tenemos, además, vienen con un niño pequeño.» «¿Pequeño de cuánto?» «Pequeño de cinco, de tres, no sé.» «Ese niño se va a aburrir aquí», le dije, y luego pregunté: «¿Qué van a hacer aquí?». «Pues lo mismo que tú y que yo, Lea, me dijo, vivir.» Vivir, me dijo. Vivir. Y ahí fue cuando la tripa me ardió de nuevo. Y era un escozor enorme que me subía por la garganta.

Yo de otras cosas no sé, señor, pero sí sé que lo que se compra primero ha de ser vendido. Y en la casa de Jimena no había habido ningún cartel de «SE VENDE». Mire, me reconcomía la rabia. Porque en esa casa mi abuela pasó una vida de soledad. Y yo no sé lo que la hizo estar tanto tiempo sin salir de casa, porque mi abuela se pasó casi veinte años saliendo solamente una vez a la semana para comprar y para dejarme flores. Y compraba poca cosa, porque era tan delgada que si se ponía de perfil no todos la veían. Mi abuela murió en la cama, sola, y la velaron las vecinas porque mi madre no salió jamás de su enfado. Yo no sé qué fue aquello que no tenía perdón, pero a mí eso me da igual porque, aunque en los pueblos el odio se herede, como las vacas o los negocios, a mí de ese odio no me llegó nada. La casa de Jimena es una de las más grandes del pueblo, a lo ancho. Porque cuando ella, recién casada, pensaba en su futuro, se lo imaginaba con muchos hijos y muchos nietos y la

vida solo le dio una hija y un marido que murió pronto y se quedó sola pasando los días en una casa demasiado grande en un pueblo demasiado pequeño. Mi abuelo le había llevado una sola vez a la playa, ¿usted se cree?, en total, sumaban cinco veces las que Jimena había visto el mar. «Qué tristeza, mamá, le decía yo a mi madre, tan cerca del agua y siempre mirando al bosque». Y mi madre me decía: «Lo que no se ve no existe, Lea». Mi madre dejó de ver a mi abuela y mi abuela dejó de existir. Si fuese ahora, yo habría metido a Jimena en el coche y me la habría llevado al mar, me habría gastado el dinero y nos hubiéramos cogido un hostal con hamacas en la orilla. Pero me pilló demasiado pequeña.

Dejé a Catalina y me planté delante de la casa, señor. Me llevaban los demonios, no lo sabe usted bien. Y mira que me encanta que gente de fuera se acerque a este pueblo, pero estos que venían se quedaban y no sabían nada del campo, del bosque, y si se les perdía el hijo, seguro que no estaría comiendo donde las liebres muertas, porque yo otras cosas sí sé, pero no sé adónde van los niños perdidos. Y los que somos de aquí nada sabemos de los forasteros, señor, que cuando llegan es porque han dejado de ser queridos en otro lugar. Y en el campo las manos sirven, solo sirven las manos, y ellos, ¿qué traían? Una idea absurda de la vida en el campo. Y encima, con la que estaba cayendo del fin del mundo. Encima, con el mundo desdibujándose por momentos. Me llevaban los demonios, señor.

La casa estaba vacía, llevaba vacía tres años. Todos sabíamos que los amantes del Pueblo Grande venían a esta casa a hacer el amor. Esteban decía que escuchaba gemidos. Y a mí me parecía muy bien, porque, a falta de sitio, el patrimonio del pueblo también era para eso. Y los amantes tienen pasiones que no se pueden parar y nada se puede hacer. Por eso, si esa casa hubiera sido mía, ahora sería mitad hostal, mitad ambulatorio.

Cuando llegué ese día a casa me encontré con Javier cuando iba a dejarme en el felpudo las hortalizas que crecían de su huerto. Porque tiene un huerto pequeño, pero lo que le da lo comparte con nosotros, como Marco comparte su hierba y yo comparto los sobaos que nos sobran del ultramarinos. Mi casa es una casa oscura

y desde todas las ventanas se ve el bosque, pero tenemos un patio con gallinas y conejos y una cabra que Javier se encontró un día en la puerta de su casa y nos la trajo diciendo que no, que no, que no, que él una cabra no quería. Javier vive solo en la casa más pequeña del pueblo. Su padre murió pronto y su madre se fue y lo abandonó. Nunca ha vuelto. Aquí, en el pueblo, se la incluye como desaparecida porque hay vecinos que dicen que la vieron entrar en el bosque de madrugada y no salir nunca más. Pero yo de eso no hablo con Javier. Ahora Javier tiene una casa pequeña, con un huerto pequeño y un bar en el Pueblo Grande. Si le hubiera conocido yo a usted en otras circunstancias le habría llevado allí. En el bar, Javier nos deja fumar la hierba de Marco y eso es lo que hacemos algunas tardes.

«Viene una familia del centro a vivir aquí», le dije a Javier. «¿Aquí dónde?», me preguntó. «Aquí, le dije, a la casa de Jimena.» «Ya les han quitado la cama a los amantes», me dijo. Y me eché a reír, como usted antes con lo del fin del mundo. Porque me imaginé a los amantes con el cuerpo revuelto de amor. Más tarde le dije a mi madre: «Mamá, han vendido la casa de Jimena». «¿Y a mí qué?», me dijo ella. Y ahí no reí, porque me imaginé todos los secretos que guardaba esa casa y me dije que pobre Jimena, esa casa tan grande, para ella sola, tantos años haciendo vida allí, llenando la casa de nada, solita con su miseria, con su antipatía, con su radio y con su gato que también la abandonó. Y sentí miedo, como el miedo que tienen los niños, o como el miedo que sentían algunos por el fin del mundo, porque si en los pueblos el odio es hereditario, igual también lo es la soledad y la tripa volvió a arderme y me entró tanta pena que pensé que eso sí se parecería al fin del mundo.

«¿A qué vendrán?», le pregunté a mi madre. «A lo que quieran hija, aquí necesitamos gente nueva.» «Además, continuó mi padre que estaba en el patio con los conejos, si es verdad eso de que esto se acaba, qué más da que vengan, si todos nos acabaremos yendo.» A mí me salió del alma gritarles, y yo nunca grito, señor, yo soy más de hablar fuerte, pero nunca grito. Y les grité que eran unos simples por creer que el mundo se acababa y por acoger a los

forasteros, que si no se acordaban, les dije, que si no se acordaban de los Dolores, que llegaron hacía años, les acogimos con los brazos abiertos y se hicieron con la mitad de las tierras de por aquí y ahora nos tenían explotados trabajando para ellos. Los Dolores, señor, de esos le hablaré más adelante.

Aquí, usted no lo sabe, pero aquí, la gente juega con su memoria, prefieren sorprenderse mil veces por las mismas cosas antes que recordar. «¡Que aquí la gente que viene para quedarse es porque no los quieren en otro lugar!», acabé por decirles. «Has hecho que tu hermana se cague», me dijo mi padre. Porque mi hermana tiene la cabeza hueca y ni cagar puede sola. Ese día fue la primera vez que pensé en marcharme, señor. Supongo que ese día noté por primera vez el fin del mundo.

Se lo dije a Nora, por la noche, mientras le quitaba de la boca la comida que le sobraba. Porque a Nora la alimento yo, porque mis padres, de mi hermana, están cansados. Y en esa intimidad de hermanas se lo dije, le dije: «Nora, creo que el mundo como lo he conocido hasta ahora se me está estrechando, que en este lugar la vida es un pozo chico, Nora, como la canción, que aquí la vida no vale nada». Lo que no le dije a mi hermana fue que se me quedaba estrecho el mundo tal y como lo conocía hasta ahora porque me daba miedo quedarme sola en un pueblo pequeño, en una casa demasiado grande, como Jimena.

Creo que al señor le gusta escucharme. Mucha gente me dice que mi voz es bonita y que cuando hablo me apasiono y eso hace que la gente quiera escucharme. El señor está a gusto conmigo. Igual no le interesa lo que le cuento, le digo al señor. Pero usted ahora es mi cómplice, es usted el cómplice de mi huida. De este fin del mundo una no se va, una huye. Y debe escucharme, ya no le queda otra, porque se lo he pedido por favor y usted ha aceptado. Y el señor sonríe y me mira con ternura. A veces la gente me mira como me acaba de mirar usted, le digo. La gente del Pueblo Grande, la gente que no es de aquí me mira como me acaba de mirar usted. Y el señor se ruboriza y mira el bosque. Y yo miro el bosque también.

La casa de Jimena dejó de ser lo que era en menos de tres

semanas. Menos de tres semanas, señor. Se decía que la familia de Madrid tenía dinero y todos los vecinos se preguntaban cuánto habrían pagado por reformar la casa más grande del pueblo en tan pocos días. «Qué prisa tienen por venir aquí, Catalina», le dije un mediodía mientras mirábamos de brazos cruzados cómo cambiaban la puerta principal. «Qué manía le estás cogiendo a este lugar», me replicó y en su tono había desprecio porque estas cuatro calles no la ahogaban tanto como a mí. Habían pintado de blanco las ventanas y las puertas y las paredes y yo creía que eran unos ignorantes de ciudad, que sabrían de otras cosas, pero no tenían ni idea de lo bella que es la piedra sin pintar. ¿Usted no lo cree? La piedra sin pintar es bella y eso no lo digo yo, eso salta a la vista. Porque la piedra te cuenta historias. El malestar que sentía por esa familia forastera, a la que todavía no conocía, crecía y crecía desde el estómago hasta la garganta, como crecían mis uñas o mi pelo o el ardor en la tripa.

Durante las tres semanas que duró la obra todo el pueblo pasaba los días alrededor de la casa. Hasta Juana había movido su silla y la de su hermano hasta allí. Y parecía que ya no les preocupaba el fin del mundo. Se sentaban y observaban y miraban y decían y dejaban de decir y aplaudían el trabajo bien hecho y les sacaban agua y embutido a los trabajadores. Catalina también echaba allí la mañana, como si sus manos no fueran útiles. Luego, en el bar de Javier, por las tardes, nos contaba los avances a Marco, a Javier y a mí. Me decían que si yo les cogía tanto recelo, podía llegar a odiarles y el odio en los pueblos es más peligroso que los fusiles, que el bosque y que la enfermedad. Que no, que no, que no, les decía yo, que no es odio lo que siento que es la curiosidad, que es el porqué, es la pregunta de quién les ha dejado de querer para tener que marcharse.

Una tarde, en el bar, Catalina dijo que la casa ya estaba lista y se puso a llorar. Yo cada vez soportaba menos las lágrimas de Catalina, porque si mi hermana tan solo llora por los dolores de su cuerpo, Catalina llora por todo lo que no llora mi hermana y más. No lo sabe usted bien, pero en la escuela, de pequeñas, nos pasaba lo mismo. Ella lloraba porque el camino de tierra le blanqueaba los

zapatos. O porque se clavaba astillas en el patio del colegio. Además, prolongaba mucho los llantos y si la astilla se la clavaba por la mañana, cuando entraba la noche seguía llorando. Yo le apretaba los mofletes con las manos, para que me prestara atención y le repetía que, si seguía llorando por cada centímetro que se movía el mundo, acabaría muerta, en casa, deshidratada. Y ahora que ya no vamos al colegio, ella sigue llorando por cosas como el fin de las obras en la casa de Jimena o como el ridículo fin del mundo. En realidad, siempre he pensado que por lo que Catalina lleva llorando toda su vida es por la incertidumbre que le produce todo aquello que se aleja de la puerta de su casa. Y por la quemadura de su pierna, claro, por eso llorará toda su vida.

«¿Y qué te apena de que hayan acabado la obra?», le preguntó Marco con ese gesto agresivo que ponía siempre que no sabía algo. «Nada, que ahora qué hago yo por las mañanas.» «Pues volver donde los pollos», le contesté yo. Catalina trabaja en un criadero de pollos en el Pueblo Grande. Las dos dejamos la escuela a la vez. Cuando cumplimos los diecisiete, dijimos que ni un año más y así hicimos. El colegio no se nos daba bien. Yo sabía que la vida estaba fuera y que yo en una clase no podía estar, que mi cabeza vale mucho, pero en esas cuatro paredes me sentía un animal metido en el zoo, además, en una jaula minúscula. Y Catalina quería dinero para operarse la cojera de la pierna. Yo me puse a trabajar en el ultramarinos de mis padres y Catalina se apaña con el dinero que saca de los pollos. «Además, dijo limpiándose el agua de las mejillas, estamos en primavera.» Marco me miró y los dos nos reímos y Javier, que estaba atendiendo en otra mesa, rio también. Nadie había vuelto a sacar el tema porque nos entraba la risa y porque Catalina siempre lloraba y no estábamos para secar y pintar goteras en el suelo de casa. En realidad, para primeros de abril ya nadie hablaba del tema del fin del mundo, aunque todos los días se hacían minutos de silencio y los crespones seguían estando ahí. «No seas tonta, Catalina», le decía Marco. «Que sí, que sí, que sí, decía ella, que no hay que reírse, que siguen hablando de ello en los periódicos, que lo he buscado en internet, que este es nuestro último verano, que se acaba, que es una cuenta atrás, que no me

quiero morir.» Y entonces, un matrimonio del Pueblo Grande que nos escuchó se acercó y nos dijo: «No hay más sordo que el que no quiere oír», y yo me dije para mí misma que menos mal que había dejado el colegio, que la educación no te libraba de las tonterías. «Mirad al alcalde, él sabe y cree en el fin del mundo», añadió el hombre mientras su mujer miraba al suelo. En esa mujer reconocí el futuro que me esperaba en un pueblo como este, señor. Por primera vez, fíjese, por primera vez, reconocí los días, las semanas que se convertirían en años si mi vida se reduce a esto. Señor, que si yo me quedo aquí me espera una vida sometida a creencias ridículas, a la sombra de un matrimonio largo. Y le dije a la pareja: «Bien está lo que bien acaba», acompañándola a la salida del bar. Mientras los vi alejarse, con mis pupilas dilatadas por la marihuana, me invadió de nuevo el ardor en la tripa y me creció el miedo como si fuera un árbol de estas tierras. ¿Es que acaso no ven que el fin del mundo lo llevamos dentro, que el fin del mundo es este lugar, este bosque y este olvido tan grande en el que vivimos? Pero eso me lo dije a mí misma.

Cuando volví a la mesa me senté al lado de Catalina, mientras el incendio me subía por la garganta, me salió del alma decirle: «Llora fuera que así limpias las calles». Y a Marco, que de los cuatro era siempre el más ofensivo, se le escapó una cara de sorpresa y a Catalina se le cortó de golpe la tristeza y la lágrima que iba a caer no cayó. Quise añadir, ojalá se te secaran los ojos, pero no dije nada. Pocas veces he sido cruel. De verdad, créame usted que yo de crueldad sé poco. Pero hay algo que he heredado de estas tierras que, a veces, me hace serlo. Porque la gente, en los sitios pequeños, se vuelve mala, capaz de todo, capaz de despellejar conejos y de que sus ojos se acostumbren a ello, y eso se pega, como la gripe, porque tiene que ver con el cansancio, con el olvido, con las cuatro calles en las que vivimos. Yo quería ser cruel con Catalina en ese momento porque no soportaba su llanto, y menos por algo que yo consideraba tan absurdo como el fin del mundo. Y podría haberlo sido más, podría haber sido ruin y haberle dicho: «Coja, sal de este bar y vete a llorar al bosque a ver si te pierdes». O tal vez: «Ni los pollos que crías te quieren». Porque

a Catalina la ha querido muy poquita gente y de eso ella no sabe, de amor no sabe. O podría haberle dicho que su pierna me recordaba al culo rugoso de las vacas, pero no lo hice, porque entonces nos pasaríamos la noche achicando el agua de sus ojos. Pero sí que fui un poco cruel y me sentó de maravilla. «Si crees en el fin del mundo, espero que no vengas a mi casa a celebrar que sigues viva, porque no pienso abrirte la puerta, coja.» Y mis pupilas dilatadas me justificaron y Javier, que dejó la barra desatendida, se acercó y dijo: «No le hagas caso, Catalina», y luego me agarró del brazo y me dijo: «¿A ti qué te pasa?».

El señor me mira y esta vez su mirada es seria. No me mire usted así, no me mire, le digo y continúo con lo mío.

Fíjese, cuando yo nací mi madre ya era madre de una Nora de tres años. La Nora de tres años y la Nora de ahora se diferencian porque los dientes de mi hermana ya no son de leche. Cuando yo nací, mi madre sabía de otras cosas, pero no de bebés tan despiertos como los cervatillos, porque mi madre con mi hermana aprendió de la crueldad de la vida, pero el cerebro lesionado de Nora no dejaba que su alegría creciera. Javier y Nora nacieron el mismo día del mismo año y los vecinos se turnaban para ir a ver a un bebé y luego al otro. En un pueblo donde los niños escasean, que lleguen dos de pronto usted entenderá que es un evento mayor que las fiestas de agosto. Cuentan que aquellos ires y venires de una casa a otra eran como viajes del mar al bosque, y que entrar en mi casa y ver a mis padres agarrando a una Nora, con la mirada vacía, les producía la misma sensación que pensar en el bosque, como si a través de su carita pudieran ver el abismo de las landas. Y dicen que ver a Javier era como ver a un ternero fuerte y lleno de vida que agarraba el pezón de su madre como si ya supiera de hambre aun sin haber vivido, como un mar vivo y alegre. La felicidad que había en la casa de Javier no era la que había en mi casa cuando mis padres se convirtieron en padres y eso le pesaba a la madre de Javier y, cargando con su hijo, ayudaba a mis padres con Nora y, a cambio, mi madre le dejaba en el felpudo fruta del ultramarinos. Supongo que la madre de Javier daba gracias por haber sido la afortunada del bebé sano de los dos nacimientos. Le

dio pena mi familia. Con Nora pasa mucho, damos pena. Y yo siempre digo que la pena es para los tristes y que aquí, en esta casa, siempre ha habido alegría, que en esta casa se llora poco porque nosotros de eso no sabemos, no sabemos llorar bien. Además, señor, por la pena entra la peste.

El caso es que cuando yo nací, tres años después de que naciera mi hermana, las primeras personas que vinieron a verme fueron Javier y su madre. Mi madre siempre cuenta que lo primero que hizo Javier cuando vio mis ojos vivos fue olerme. Yo ya le he dicho que nunca he olido. Aunque con los años he aprendido a oler de forma diferente y ahora, de otras cosas no sabré, pero sé que mi madre huele a una pila de limas en un cesto de mimbre y mi padre huele a una mañana en el huerto cuando todo está por cosechar. El olor de Javier siempre me lo he imaginado como una naranja que se abre sin cuchillo y las gotas de jugo saltan a la mano. Me hubiera gustado oler a Javier en ese momento, cuando me agarró del brazo para preguntarme: «¿A ti qué te pasa?». O que me hubiera olido él.

¡Qué le iba a decir, señor, si casi no sabía ni yo lo que me pasaba!, le contesté que no me pasaba nada, que estaba pensando en que quería irme de ese pueblo, eso es lo que tendría que haberle dicho y ahora todo sería más fácil, pero le dije que tenía fuego en la tripa. Él me contestó, casi sin separar los dientes: «Desde que han vendido la casa de Jimena estás rara». Y la verdad es que no sabía cómo explicarle mi malestar y que, en el fondo, muy en el fondo de mi cuerpo, me daba miedo el fin del mundo porque nosotros vivíamos ya en el fin del mundo y si morir iba a ser vivir para siempre en este pueblo, yo no quería morir.

Después de la tensión de esa tarde, cuando me dejaron en casa me quedé en la puerta fumando la hierba que no nos habíamos acabado en el bar. La noche en este pueblo está llena de ruidos porque el campo nunca está en silencio. Alguien pastoreaba a las vacas a esas horas. Me imaginé diciéndole a los nuevos, no me toquéis mis tierras que, si algún día consigo irme, aquí dejo mi corazón enterrado. Y mientras imaginaba, el bosque me miraba. «¿Qué quieres, si ya lo tienes todo?», le dije al bosque. Y como si la

oscuridad fuese una ventana abierta, el viento me dio en la cara y mira que hacía calor para ser abril. El viento agitó más el incendio que tenía en la tripa. ¿Sabe qué?, yo sé que, si los desaparecidos decidieran volver del bosque, se acercarían a mí y me dirían: «Tranquila, Lea, no va a dolerte». Porque esa frase siempre viene antes de un dolor, de una pena. Como el médico, que te dice eso y el dolor no se te olvida nunca. O como el fin del mundo, que si hablase nos diría: «Tranquilos, no va a doleros», pero nos dolerá. Y si alguien regresa de ese bosque es para traer dolor. La marihuana que me estaba fumando esa noche me empezó a traer recuerdos de la infancia con mi hermana y dejé de ver el bosque que tenía delante y me vi a mí misma de pequeña, a mi madre curándole la infección de los dientes a una Nora con el cuerpo desparramado. Coger en brazos a mi hermana es como coger a un ternero muerto. Porque Nora dejaba caer la baba rojiza por la barbilla y me miraba y me miraba, porque mi hermana me mira siempre. Mi hermana no va a dejar de mirarme nunca.

Entre el señor y yo se produce un silencio, porque necesito dejar de hablar solo un segundo. El señor lleva bien el silencio. Me cae usted bien, le digo y continúo.

Y entonces llegó Marco, me agarró fuerte del brazo y me dijo también: «¿A ti qué te pasa?». Le quité la mano de mi cuerpo, porque yo no quería que Marco me tocara. Porque Marco tiene la fuerza disparada y yo no quería que Marco me tocase. «Que a ti qué te pasa», me repetía. Y vinimos aquí a sentarnos, a orillas de las landas, como nosotros ahora. «Lo que te pasa a ti es que lloras poco», me dijo. «Que sí, que sí, que sí, que a la gente que llora poco le sale rabia», continuó. Y me eché a reír porque él era siempre el de la rabia, el del mal carácter, el que a veces me da miedo, el que, a veces, es malo con nosotros y con los animales y con sus propias tierras y cuando se emborracha mucho, al llegar a su casa, mea alrededor de la cama donde duermen sus padres.

El señor ríe. Que sí, que sí, que sí, y su madre le dice, «¡la desgracia llegó con diez horas de parto!». Y el señor ríe y yo río con él.

Marco es así porque él tampoco quiere estar aquí, pero él no

sabe de nada. Porque Marco dejó la escuela mucho antes que yo y él no sabe de nada. Nada de lo que él sabe es útil en otro sitio. Él solo sabe trabajar la tierra porque su padre le sacó de la escuela a los trece años. No me mire usted así, ya sé que eso no se puede, pero aquí nadie se entera. Si esto es el fin del mundo, el final de los mapas. Aquí nadie viene a mirar si los críos van o vienen. Y ahora Marco solo sabe labrar y cosechar y pastorear a las vacas de otros. Y que dice que lloro poco. «Tú qué sabrás», quise decirle y se lo dije. Y añadí que llorar siempre es para que lo vean los demás. Y Catalina siempre comparte lo que lleva dentro llorando y eso no lo entiendo, porque la pena no se llora. La pena se lleva dentro y se cura. Porque los dolores no hace falta llorarlos, que si se aguantan dentro desaparecen, como desaparece el río cuando no hay agua, y lo que te queda es un camino hondo de tierra que te recuerda que, ahí, hubo pena. Y Marco me repitió que lo que a mí me pasaba es que lloraba poco. «Que no, que no, que no, que a mí las penas se me curan de otra forma», le repetía yo. Y la rabia y la marihuana y la oscuridad me crecían como el incendio de la tripa. «Tú de aquí no vas a salir nunca, Lea, que estas tierras no nos dejan irnos», me dijo.

Yo a Marco siempre le he gustado. Si Javier y Nora nacieron el mismo día del mismo año, Marco y yo nacimos el mismo año, pero con cinco días de diferencia. Yo parecía un salmón recién pescado y él parecía una liebre muerta de las que se comen los perros perdidos. De las que está comiendo su perro ahora. Porque yo nací llena de vida y Marco casi, casi no llega al tercer día. Yo a Marco siempre le he gustado. Cuando éramos niños yo quería estar cerca de Javier y él era pequeño y débil, siempre se cansaba y yo le cogía del brazo, tiraba de él y a veces le arrastraba para que siguiera mi ritmo. Y ahora, cuando me mira, me agradece que hubiera tirado de él cuando era tan débil que hasta andar le costaba. Pero cuando le cambió el cuerpo y su padre le metió a trabajar las tierras, Marco pasó de ser ternero a ser un toro de lidia, con enfado y sangre en la espalda. Yo siempre le he gustado, pero él de amor no sabe.

«Ven, ven, me dijo Marco, ven conmigo.» Y, como usted

comprenderá, yo desconfié, pero le seguí. Marco andaba con la cabeza gacha y me recordaba a la liebre muerta que fue de pequeño. Aquí la noche no tiene silencio ¿sabe? Como si se notase que hay fantasmas, que hay cuerpos que se han quedado atrapados en este pueblo, como le sucederá a Marco, que cuando muera se quedará deambulando por estas calles, porque no va a conocer otra cosa. Yo no, yo caminaré muerta por otro lugar. «Mira, toma», me dijo y me alcanzó un rotulador negro, de los gordos, de los de marcar al ganado. Y miré lo que tenía delante y era la piedra pintada de blanco de la casa de Jimena. Estaba todo cerrado porque allí seguía sin vivir nadie todavía. Marco me guiñó un ojo y una risa silenciosa apareció y me reí tanto que contagié a Marco y, si usted hubiese estado allí se reiría también. Abrí el rotulador y escribí sobre la fachada blanca.

Si hueles, ladra

El día que llegaba la familia forastera a mí me tocaba cuidar de Nora. Cuidaba de Nora cuando mi padre trabajaba para los Dolores. A mí no me gustaba que trabajase para ellos, porque mi padre no sabía decir las cosas y los Dolores no le trataban bien. Yo siempre le decía que a cada cerdo le llega su San Martín y lo digo porque sé que a los Dolores la vida les explotará en la cara y algo malo les tiene que pasar alguna vez. «Papá, que no te pagan bien, que con ese dinero que te dan deberías trabajar media hora nada más», le decía yo. Pero mi padre, que no quería enfados, me decía: «Que no, hija, que yo lo hago porque algún día me darán los perales y lo mismo hasta consigo negociar un poco de sus tierras». Mi padre sabe de manzanas, de huertos, de animales, pero de hablar sabía poco y de negocios no sabía nada.

Marco también trabaja para ellos y mientras mi padre se encargaba de las frutas, Marco se encargaba del ganado. Pero Marco saca mucho dinero de los Dolores, porque Marco no siente. Y nada le duele. Y si tiene que pastorear a las tres de la mañana, pues lo hace, y si una vaca se le queda atascada en el barro, pues no necesita ayuda para sacarla. Marco se gasta el dinero en cosas que yo no sé. A veces le daba un poco a mi padre, porque yo a Marco siempre le he gustado. Y él de amor no sabrá nada, pero de necesidades sí que sabe. Cuando me enteraba de que Marco le daba dinero a mi padre, yo le ponía los sobaos del ultramarinos en la puerta, porque le gustan y yo de otra forma no le puedo ser agradecida. Pero mi padre me apenaba como me apena a veces que mi madre ya no pueda con el peso de mi hermana. Entonces, cuando él trabajaba para el huerto de los Dolores, yo me quedaba con Nora y así mi madre también descansaba un poco. Porque ella no lo sabe, pero yo sé que cuando mi madre está sola en la tienda,

canta.

Nora, cuando se caga, ruge bajito. Y yo, como no huelo, sé que es porque se ha cagado. A veces tumbarla cuesta, porque las manos de Nora siempre se están moviendo, como si quisiera recordarme que no tiene memoria ni entendimiento, y aunque no pare quieta ni un minuto, ella sigue sin entender. Si la tumbo para limpiarla, ella no lo entiende. Si la siento para que coma, ella no lo entiende. Mi hermana no entiende la vida y no la va a entender nunca. Pero yo creo que conmigo a su lado entiende un poco más, porque yo con su peso todavía puedo y porque yo la mirada todavía se la sostengo. Mis padres, en cambio, están cansados y de miradas ya no saben, y Nora los observa desde que entra el sol hasta que se va, porque Nora solo mira y caga y come cuando se lo das en la boca. Ya no saben qué hacer con tanto cansancio. Cuando la tumbo, le acaricio la cara y le doy mis manos para que vea que yo tampoco entiendo la vida muchas veces, entonces mi hermana se calma y así sus piernas no pesan tanto. Mi hermana tiene unas landas frondosas entre las piernas y yo le digo, Nora, estás guapa cagada. Quiero creer que ella se ríe. De pequeña, se llevaba la tierra a la boca. Mis padres la sacaban al terrenillo que tienen detrás de la casa y Nora cogía la tierra y se la metía en la boca. Y mi madre corría a impedírselo y a Nora se le quedaban los dientes negros. Yo le limpiaba la tierra de gusanos y de ramitas para que se comiera la tierra con tranquilidad. Mi madre, cuando me veía, gritaba: «¡Vaya dos laureles me han tocado!». Y yo nunca entendí esa frase. Vaya dos laureles me han tocado. ¿Usted la entiende? Supongo que se refería a la mala suerte. Vaya mala suerte que me ha tocado. No lo sé. Ella no entendía que, para una cosa que elegía Nora, no podíamos negársela. Porque Nora no elige, Nora acepta. Ahora ya no come tierra porque ya no la sacan al terrenillo, es una pena.

Mientras le cambiaba el pañal a mi hermana esa mañana, el perro de la vecina, que muchas mañanas se cuela en casa y pasea a sus anchas, empezó a ladrar. Qué quieres perro. Qué quieres perro. Y venga a mover el rabo. Que qué quieres perro, que qué quieres perro. Y un coche pasó por delante de la puerta de mi casa. Dejé a

Nora en la cama, con el pañal a medio poner y el culo a medio lavar. En este pueblo solo se cierra la puerta de la calle cuando llueve y cuando se duerme, ¿sabe? Y la puerta estaba abierta de par en par. «Calla, perro», le dije, y el sol me daba directamente en los ojos, como a usted antes de que se sentara a la sombra conmigo. Mi padre me dice siempre que tengo unos ojos de campo. «Ya está la Lea Pequeña con sus ojillos de campo.» Y se refiere a que, a veces, miro con la desconfianza de haber vivido siempre en un pueblo pequeño o de haber nacido cerca de un bosque peligroso. O porque me da miedo lo que desconozco. Pues bien, con esos ojos miré al coche que pasó despacio. Y dentro había una mujer dormida y un niño en la parte de atrás. El hombre que conducía llevaba gafas de sol y, por sus gestos, parecía ir quejándose de lo mal que estaba el terreno, que menudos socavones, que me van a fastidiar el coche, me imaginé que decía. Pero la mujer dormía y el pelo rubio estaba desordenado contra el cristal. «Ahí están, Nora, le dije, ahí están.» Y como mis ojos no se despegaban del coche y el perro de la vecina no callaba, no vi llegar a Catalina.

«Lea, ¿no me escuchas o qué? Te vengo llamando desde la esquina hace un buen rato. ¡Que esos son los nuevos! No veas cómo está la plaza. Y creo que tu madre les está preparado una cesta de bienvenida», me decía. Catalina no tiene ojos de campo, tiene ojos de niña, de pez que pierde al resto de peces. De alguien que no sabe. Me imaginé a Catalina corriendo detrás del coche y gritando: «¡Lea!, ¡Lea!», para que yo mirase por la ventana la llegada de los nuevos y su ilusión me produjo ternura, como la canción que dice, *una brisa sin aire soy yo, nada de nadie*. Me sentí mal por haberla llamado coja la noche anterior. «Tenemos que ir a ver qué hacen al llegar a la casa, me dijo, porque alguien les ha pintado en la fachada: *malqueridos*.»

Y el señor me mira y yo miro el bosque.

Catalina nació y solo nació ella ese año. Fue un año muy triste, ¿sabe?, porque su madre se murió en cuanto ella salió de la tripa. El alcalde propuso una semana de velorio. Y en este pueblo, que no llegamos a doscientos, con solo una tarde la muerta estaba

más que velada y la madre de Catalina empezó a oler. Cuando acabó la semana, el olor que había en el pueblo era peor que el de una charca estacada. Su padre en seguida dejó de querer a Catalina y la tenía olvidadita. Los vecinos dicen que Catalina lloraba tanto por las noches que se la oía por todo el pueblo. Y venga a llorar y venga a llorar. «Llora por su madre», decían. Y otros: «Que no, que no, que no, que llora porque su padre no la saca de la cuna». Sea como sea, a Catalina la han querido poco y ahora ella quiere demasiado. Y perdona demasiado pronto, pero es para que no la dejen de querer. A Catalina le gusta Marco, pero Marco no va a saber quererla porque ella es mucha mujer para él.

«¿Quién ha pintado eso en la fachada?», le pregunté a Catalina. «Pues dice Esteban que vio a dos anoche, para mí que fueron del Pueblo Grande.» Y mis ojos dejaron de ser de campo y le contesté que seguro, porque si le decía que habíamos sido Marco y yo se echaría a llorar y a preguntar por qué no queremos que vengan los nuevos. Diría eso, señor. «Tengo a Nora cagada, ve yendo tú.» Y terminé de cambiar a Nora, que rugía un poco más fuerte. Catalina, que de siempre le tiene miedo a Nora, se fue cojeando hacia la plaza como si corriera.

«¿Has visto, Nora?, ¿los has visto?», le dije. «Se van a volver locos aquí, en este pueblo. Ya verás, cuando se den cuenta de que aquí el tiempo pasa lento. Ya verás tú. Que se van a cabrear y tirarán para el bosque porque, Nora, si las cabras tiran al monte, aquí los forasteros tiran al bosque. Pero yo ya he aprendido a no encariñarme con nadie de fuera, y más aún, a no querer a ninguno de los que vienen. Y estos de hoy, encima, se quedan. Como se quedaron los Dolores hace años, antes de que tú y yo existiéramos. Entonces pasó lo mismo, Nora. Que si bienvenidos, que si os recibimos con los brazos abiertos... y míralos ahora, explotando a los que les hicieron un hueco. Pero aquí nadie parece darse cuenta. Un loco va y dice por ahí que se acaba el mundo y todos le creemos y tenemos miedo, y que si luto por aquí y que si luto por allá. Y cuando llegan unos de la ciudad, a este punto del mapa, donde no interesamos a nadie, no decimos ni pío. Les aplaudimos. Es porque la gente está aburrida y de tanto verde y mal tiempo, la

gente no se hace preguntas. Pero, Nora, ¿quién querría venir aquí?»

Y el pirómano que debía de habitar en mi tripa encendió la mecha de nuevo. Y otra vez ese ardor. Yo le contaba todo eso a mi hermana, pero había visto algo en el modo de dormir de esa mujer en el coche. Algo que yo aún no identificaba. Como me sucedió con la mujer que miraba hacia el suelo en el bar, en la que había reconocido mi futuro en este pueblo. Pero en la forastera que dormía en el coche veía el reflejo de algo más, veía algo oscuro que yo no sabía, no sabía. Y me enfadé. Mucho, porque cuando yo no sé algo, lo primero que me llega es el enfado. Y el ardor, que era una llamita controlada, de pronto fue un incendio de los que lo arrasan todo. Y lo sabía, sabía que me iba a volver a pasar. Sabía que, en cuanto pisaran estas tierras, iba a aparecer la curiosidad. Es que no aprendes, Lea, me decía a mí misma. Que aquí no hay que tener curiosidad por lo nuevo que llega, que siempre hay que tener curiosidad por lo nuevo que está en otro lugar. Porque luego te duele cuando se van o cuando se pierden.

Y entonces empecé a rumiar como las vacas, señor, como rumio ahora todo lo que le estoy contando. «Nora», le dije. Y agarré sus manos y la miré a los ojos. Ella me sostuvo la mirada y eso pocas veces lo hace porque Nora de eso no sabe. «Tú me conoces, continué. Tú sabes que yo lo intento. Que intento ser más despegada, que intento no encariñarme. Tú sabes que tengo el campo entero en los ojos, Nora. Y pienso, Nora, pienso que teniendo donde elegir, ¿a qué vienen aquí si no es para irse rápido, para cansarse rápido? Y de nuevo me quedaré repitiéndome que aquí la gente viene para volver a irse, pero los de aquí igual no nos vamos nunca.» Todo eso le decía a mi hermana. Y añadí: «Porque si la cabra tira al monte y el forastero al bosque, yo tiro a la curiosidad y al querer». Y Nora ni rugía, ni movía las manos. Como si esta vez entendiese. Me quedé pensando y me di cuenta de que mi tripa, igual, ardía no de enfado sino de expectación. «Nora, es que, en realidad, yo iría ahora y les diría que no, que no, que no, que no hagáis caso de la pintada, que, en realidad, bienvenidos al fin del mundo. Que me llamo Lea y que, si necesitáis algo, vivo en

las casas de abajo. E intento ser firme y decirme que nada interesante puede pasar en estas cuatro calles, que lo nuevo que acogen estas tierras siempre es un espejismo de una vida que no tenemos, pero me sale del alma la curiosidad y el buen hacer. No quiero ser amable con ellos, porque el campo, los pueblos chiquitos, no son amables, pero es que mi tripa ahora arde de deseo por conocer o de duda, yo no sé, no sé. Igual es eso, Nora, igual tengo que verlos para poder enfadarme a gusto por su presencia. Y yo te cuento todo esto, Nora, le dije, porque me tienes que escuchar y entender. Tienes que hacer el esfuerzo de organizar tu cabeza y tu cuerpo un segundo. Que sí, que sí, que sí, que tú de eso sí que sabes. Nora, escucha, me voy a ir, veinte minutos nada más. Igual menos. Pero te tienes que quedar quietita, aquí. Y yo vuelvo en nada. Y cuando vuelva te prometo que te peino, que te trenzo el pelo y que te saco al terrenillo como cuando éramos pequeñas y te doy tierra, te doy tierra para que comas, te lo prometo. No te muevas, Nora.» Y miré al perro de la vecina y le dije, perro, aquí quieto con ella y si se mueve ladras. Ladra muy fuerte si se cae, si se caga. Si hueles, ladra, que tú de eso sí que sabes. Y me fui por el camino por el que se había ido Catalina cojeando y allí dejé a Nora, con el perro y la casa abierta.

Fui deprisa y la alcancé a la altura del ultramarinos. Como va coja, aunque corra, siempre la alcanzo. Al pasar, vi a mi madre en la tienda, cantando. Preparaba la cesta. Había metido las hortalizas que le acababan de llegar del Pueblo Grande y las manzanas de la pomarada de los Dolores, las que había arrancado de los árboles mi padre la semana anterior. Agarré a Catalina del brazo y allí nos quedamos entre Juana y Marga, la de la farmacia del Pueblo Grande.

El coche entró y nos tenían a todos mirando con los ojos achinados porque el sol pegaba fuerte. Ya le digo, señor, que hacía un sol de justicia para ser abril. «Marco me ha dicho que se han gastado todos sus ahorros en esta casa», me dijo Catalina. «No te creas todo lo que dice Marco», le contesté yo. Y es que Marco siempre se entera de todo. Porque se mueve mucho, porque se pasa todo el día en los bares del Pueblo Grande y a veces hasta semanas

enteras en la ciudad con mar. Pero nosotros no sabemos qué hace allí exactamente. «No le hagas caso a Marco, que Marco, en realidad, escucha campanas y no sabe dónde.» «Qué desconfiada eres, Lea», me dijo Catalina.

La mujer rubia que dormía en el coche se había despertado y ahora nos miraba por la ventanilla. El niño, de cuatro o cinco años, abría la boca y parecía que lloraba. Que berreaba. Solté a Catalina del brazo y me preguntó que adónde iba, que me quedara ahí con ella. Pero me adelanté y me puse una mano en la frente para poder abrir más los ojos. Me quedé cerquita de Esteban y Esteban tocó su fusil porque no se esperaba que me quedara tan cerca de él y yo a Esteban le daba miedo. Del coche bajó primero el padre y me acerqué a él. «Hola», le dije, y él me dijo: «Hola» y miró la pintada. Yo me quedé callada y observé cómo la mujer se bajaba del coche también. «Hola, le dije, aquí tenéis al pueblo entero mirándoos». «No hagáis caso a la pintada, que aquí los burros son personas y por pensar poco, hacen cosas como esa», añadió Esteban.

La mujer de pelo rubio soltó una carcajada, pero su risa era diferente. Era una risa que en este pueblo no se había escuchado mucho, era risa contenida y educada y aquí, que la educación es otra cosa, no encajaba. «Ríete tranquila, abre la boca si quieres, que aquí nos reímos enseñando los dientes», le dije. Y el padre cogió en brazos a la criatura que no dejaba de llorar. «Muchas gracias por el recibimiento», me dijo. Y antes de que entraran en la casa les dije que yo era Lea Pequeña, que la Grande era mi madre y que se pasaría en seguida a darles una cesta, porque era la dueña del ultramarinos. Luego, todos los que miraban empezaron a cantar sus nombres. Yo soy Marga, la de la farmacia del Pueblo Grande. Yo soy Juana, la hermana de Julito, pero ahora ya solo soy Juana. Yo soy Marcela y él es Adolfo, los de las vacas tudancas que pastan cerca del río de arriba. Y Catalina se acercó y dijo: Yo soy Catalina y cuido los pollos del criadero de los hermanos Jorge, y se le pusieron los mofletes duros como las avellanas y rojos como la luz de las siete de la tarde. Y Esteban dijo: Yo soy Esteban, y no dijo nada más porque Esteban solo podría decir, soy Esteban, el hombre con más miedo del mundo, que era como se le conocía en el

pueblo, o podría decir, yo soy Esteban, el que le mató la perra a Lea, pero solo dijo su nombre. Yo soy el Padre Antón, el de la iglesia, el que los domingos dice misa y repica las campanas. Yo a Antón no le miré porque, no sé usted, pero yo de Dios no quiero saber nada. A veces, me pilla por el pueblo y me grita: «¿Adónde va la Lea Pequeña que tan poco pisa el suelo de mi iglesia?». Y me vende actividades para jóvenes. Y yo le digo muchas veces: «Antón, Antón —porque me niego a llamarle padre, que yo padre ya tengo y ese solo es padre de borregos—, más vale callar que mal hablar y yo calladita estoy más fea, pero a ti te sienta bien la boca cerrada».

Y el señor se ríe otra vez.

Después, los nuevos sacaron del coche todas las maletas y se metieron en la casa sin decir cómo se llamaban. Los vecinos se sentaron por allí cerca para observar cómo abrían las ventanas y ventilaban la casa. Catalina se quedó allí también, sentada entre los viejos. Yo me di la vuelta y me fui directa a casa, con mi ardor en la tripa y repitiéndome dos frases: una, ¿quién os ha dejado de querer?, y dos, tengo que salir de este pueblo; una: ¿quién os ha dejado de querer?, y dos: tengo que salir de este pueblo.

Como yo andaba perdido,
nos encontramos los dos

Javier es un hombre que no habla. Se comunica de otra forma. Si tiene que decirme lo que siente, lo dice con su pensamiento por delante. A mí, Javier me gusta, pero yo a Javier le doy miedo. Porque si él es un madroño que casi parece un arbusto, yo soy como una secuoya. Yo soy la conífera más alta que existe, que no se rompe y desprende buen olor, aunque yo de olores no sé, pero me imagino mi olor como una secuoya de tallo grueso pero suave. Pues yo soy ese árbol y yo creo que a Javier de siempre le he venido grande y aunque sé que algo me quiere, y que besos nos hemos dado, no se atreve a amarme, a quererme como yo quiero quererle a él.

Verá, señor, a mí todavía no me han querido de esa manera. Me refiero a la manera en la que se quieren y se desean las parejas. A mí me gustaría aprender de eso con Javier, porque Javier me gusta, me gusta desde que me olió recién nacida. Y es raro, porque algo en nosotros nos hace unirnos y, en realidad, tenemos todos los gestos y las maneras que tienen las parejas convencionales, pero yo le digo: «Javier, me gustas», y él no me dice nada. El caso es que Javier es un hombre que se comunica de otra forma. Como los lobos, señor, ¿sabe usted de lobos? Pues cuando van a matar, primero dicen lo que piensan y luego matan. Lo dicen enseñando los dientes. Y después matan. O te marcan. Y Javier es como un lobo, primero me enseña los dientes y después me busca la parte blanda y me marca. Porque Javier tan solo habla cuando la herida ya le pica. Un día me miró diferente y yo ya sabía que algo quería decirme. «¿Qué pasa, Javier?», le insistí, porque yo, cuando él no habla, insisto. Y él se lamió la dentadura por debajo de los labios. Después encontró mis ojos tiernos y allá que fue a marcarme,

diciéndome que veía a su padre por las noches. A su padre muerto, señor. Al que siempre quiso poco porque su padre, en realidad, no era su padre. Yo no sé si usted cree en estas cosas. En los lugares pequeños sí creemos, pero porque tenemos que justificar demasiados ruidos y en este pueblo dicen que los desaparecidos del bosque nos miran cuando dormimos.

El señor me mira como si entendiese de sitios pequeños.

«¿Qué dices, Javier?», le pregunté, y esa risa tan mía apareció y retumbó hasta en las casas de la parte baja, las que se inundan cuando el río rebosa. «Que sí, que sí, que sí, que veo al que fue mi padre y yo no le hablo, porque me da miedo que no se vaya nunca», me contestó. Un día después de que me dijera eso, apareció una cabra en su casa. Y Javier está convencido de que esa cabra es su padre, que ha venido porque quiere verle. Su padre, al que no quiso. Su padre, que no era su padre, ahora volvía al fin del mundo porque así, tal vez, su hijo, que no era su hijo, le querría más siendo cabra. Y la cabra, que ya vino vieja, está en el patio de mi casa, al lado de las gallinas, porque él decía que en su casa pequeña no entraban cabras, y la cabra, ni demanda monte, ni demanda nada. A veces la acaricio, pero si tocas mucho a una cabra el olor no se va nunca, ¿sabía usted eso? Pasado el tiempo, le volví a preguntar a Javier si seguía viendo a su padre y él me dijo que ya no.

Le cuento esto porque, aunque usted no crea en fantasmas o en muertos que se quedan vagando por un lugar, necesito que me mienta, y yo eso no se lo he pedido nunca a nadie. Pero me gustaría que usted me mintiera y me dijera que sí, que las personas vagan cuando mueren. Cuando acabe de contarle esto que voy a contarle ahora, quiero que usted me diga esa mentira. ¿Podrá hacerlo?

El señor me mira y sus ojos mezclan ternura con un gesto extraño que no sabría explicar. Le miro sabiendo que igual le estoy pidiendo demasiado.

Como le decía, mientras bajaba por el camino de piedras hacia casa, rumiando que quería irme, el reloj dio las doce del mediodía y las campanas cantaron porque tocaba el minuto de

silencio por el fin del mundo. El murmullo de los vecinos parloteando alrededor de la casa de Jimena se apagó y solo se escuchaban mis zapatos sobre las piedras. Y cuando quedaban segundos para retomar el jaleo, el perro de la vecina empezó a ladrar y sus patas, viniendo hacia mí, se oían también. Mi ceño se frunció y pensé que mi Nora se había vuelto a cagar. Pero el perro me encontró en mitad del camino y ladraba tan fuerte, tan fuerte, señor, que me dolían los oídos. «Calla, perro, calla, que ya llego.» Pero yo, que soy muy lista, que mi intuición es como un dardo en el centro de una diana, eché a correr a casa de mis padres y aquellos metros se me hicieron kilómetros.

De pronto, señor, los brazos de Marco me pararon en seco. Y me agarró tan fuerte que no podía respirar y me decía: «No vayas, Lea». «¿Qué dices, Marco?, déjame.» «No vayas, Lea.» «Marco, que no respiro. Marco, que me sueltes. Que no respiro.» Y empecé a retorcerme y, con el cuerpo de Marco bloqueando mi cuerpo, me sentía como rodeada de cemento armado. «Se ha matado, se ha matado, se ha matado.» Y Marco no me soltaba y me agarraba la cabeza. Entonces yo le dije que le odiaba, que me estaba ahogando, que me soltara. Y Marco, que no, que no, que no. Y el perro de la vecina ladraba. Y yo, que cuando me atacan soy como un oso pardo, clavé mis dientes en el brazo de Marco tantas veces que cuando me soltó y vi a mi padre muerto, tirado a los pies de su propia casa, con la frente abierta, la boca me sabía un poco a sangre.

Señor, yo de muerte sé lo justo. Yo de lutos sé lo justo. Que sí, señor, que sí, que la muerte es solo un llanto de días. Pero no podrá negarme que es un fin del mundo en sí, que es una explosión cortita que desorganiza todo y hace que te nazcan unas ganas tremendas de huir de allá donde estés.

Javier cuenta que mis gritos se escucharon también en el Pueblo Grande. Y Catalina dice que, cuando escuchó el alarido, la cicatriz de la pierna empezó a dolerle como si nunca se hubiera cerrado. Yo no sé. Yo supongo que sé de otras cosas. Pero aquel grito hizo que mi madre dejara caer la cesta cuando ya estaba llegando a la puerta de los forasteros. Y las manzanas se quedaron

rodando por la plaza y los chocolates se quedaron pegados al suelo y los huevos, ¡ay, los huevos! Todos rotos en la piedra. Y Catalina le gritaba a mi madre: «¡Espérame, Lea Grande! ¡Espérame!». Y ni ella, ni mi madre, se dieron cuenta de que Esteban, del susto, se había disparado en el pie izquierdo con su fusil y un reguero de sangre tiñó las manzanas verdes, caídas por la plaza, de un rojo granate oscuro.

No me mire, señor, no me mire así.

Mi padre de otras cosas no sabría, pero querer sabía hacerlo muy bien, se lo aseguro. Y cuando yo era pequeña me llevaba hasta el río y me sujetaba para que no me resbalara con el musgo mojado de las piedras. Y me examinaba las manos para buscarme las astillas. Después me bajaba hasta casa en brazos, y si Marco o Catalina o Javier venían con nosotros, les cargaba también en su lomo. Porque mi padre era caballo, pero siempre le trataron de burro.

Al ver a mi padre muerto, me vino a la cabeza cuando me decía que eligiera un conejo de los que tenía en el patio. Luego lo apartaba, y ese conejo vivía separado del resto y me dejaba que jugara con él y me dejaba acariciarlo y ponerle nombre. Y mataba poco a poco al resto de los conejos. Primero los alimentaba y más tarde nos alimentaba a la familia con ellos. Siempre me arrepentía del conejo que elegía, porque siempre quise salvar a los que despellejaba.

Y el señor me mira con cara seria, con la cara que pone la gente cuando percibe el dolor ajeno.

Pues el caso es que vi a mi padre tirado en el suelo y me recordó a los conejos con suerte, cuando morían de viejos, que se les afilaba la cara. Y mi padre muerto era igual, pero con la frente abierta, porque mi padre, queriendo atrapar a un conejo, se despeñó por una ladera en la finca de los Dolores. Marco lo había recogido y lo subió cargándolo a su espalda. Marco siempre ha sido burro, no caballo. Y lo trajo hasta casa. Después de mi grito solo se escuchaba el castañetear de los dientes de Nora.

El señor me mira y yo miro al señor. Ya le he dicho, señor, que yo tengo historia. Y el señor mira el bosque.

A mi padre se le veló en casa esa misma tarde y los Dolores se encargaron de todos los trámites del papeleo. Querían ser amables para mantenernos calladas y así no hablar sobre las condiciones de trabajo en sus tierras. Ojalá hubiera sabido de esas cosas, pero yo de esas luchas y explotaciones no sé, y mi madre tampoco y Marco tampoco y mucho menos el resto de los inútiles que lloraban a mi padre alrededor de mi casa. Porque todos los vecinos dejaron de mirar a los nuevos de la casa de Jimena para mover sus sillas en torno a mi padre muerto. Catalina, que lloraba tanto que empapó el suelo de la cocina, me decía que eso era, que eso era, que esa desgracia solo era una prueba más del fin del mundo, y yo, que sentir sentía poco y decir decía menos, le acabé diciendo que sí, que el mundo se acababa, y ella me abrazó como se le abraza a yo qué sé a quién. En el patio, entre los conejos vivos, busqué la cara de mi padre mientras pensaba que no, que no, que no, que mi padre se muere hoy, pero nuestra vida continúa mañana. Convenciéndome, señor. Y entre los conejos no estaba mi padre.

Creo, señor, que el fin del mundo es la percepción de que el tiempo, me refiero a las agujas del reloj, deja de tener el sentido que le habíamos dado hasta ahora. Y eso sentí yo velando a mi padre. A mi padre, que hacía apenas unas horas estaba vivo trabajando unas tierras que pensaba comprar. Sentía que el presente, el pasado y el futuro convivían en esa casa llena de gente y de conejos alrededor del cuerpo vacío del que había sido mi padre hasta hacía unas horas. Ahí pensé que mi tripa ardía porque el tiempo había dejado de tener sentido. La suspensión del tiempo es señal de que el mundo se mata, señor.

«Llévate a tu hermana de aquí, que no la soporto cuando rechina los dientes», me dijo mi madre. «Mamá, que estás preciosa de negro», y su cara no movió el gesto, pero me dijo: «Mi Lea Pequeña, solitas nos hemos quedado». Y mi tripa, señor, no vea usted, qué ardor. Y sentí que yo era el conejo que ella había elegido salvar. Le dije a Marco que sentara a mi hermana en la silla de ruedas y que me esperasen fuera. Yo me agaché para mirar a los conejos a los ojos, uno a uno, y les abrí la verja de la jaula. «¿Qué haces Lea?, que vas a llenar la casa de conejos», me dijo Catalina, y

yo le dije que esos animales tenían casi más derecho a estar velando a mi padre que tanto vecino aburrido.

Mi padre siempre me decía*, en un bosque de la china la chinita se perdió y como yo andaba perdido nos encontramos los dos*. Y me lo decía cuando me acostaba de pequeña o cuando me daba el desayuno. O a veces venía a buscarme a la parada del autobús que nos llevaba hasta el colegio y me saludaba con esa canción. Luego crecí y mi padre me enseñó que cuando aras la tierra, que cuando te enfrentas a la inmensidad del campo, te expones a la muerte con frescura. La vida es tan maravillosa, decía, que en cualquier momento te puede engullir la tierra, la montaña, el bosque o el campo. Y a mi padre le mató el suelo que pisaba, el campo se lo comió como él se comía a los conejos. Mi padre era un hombre bueno, que siempre soñó con recuperar sus tierras. Porque las tierras que él ha trabajado toda su vida eran suyas, de su familia, pero se las vendió a los Dolores para comprarle una silla a mi hermana. Mi padre me enseñó que, aunque tengamos miserias, nosotros no estamos en la parte del mundo que debe llorar. Por eso en mi casa los llantos son de almohada. Y fíjese cómo era mi padre, que un día me agarró de la mano y me dijo: «Si yo me muero demasiado pronto, te regalo los años que no haya vivido». Y ahora qué, papá, y ahora qué, pienso todo el rato.

Marco y Catalina estaban sentados conmigo en el banco que está enfrente de la iglesia, liando la marihuana, cuando miré a mi hermana y le solté: «Nora, yo creo que de irse tendrías que haberte ido tú», «Lea, eres más bruta que un arado», me dijo Catalina y Marco me repitió: «Lea, a ti lo que te pasa es que lloras poco». Pero es que yo soy de decir las cosas claras, porque si Nora entiende poco la vida, mejor que se la dé masticada. «Nora, continué, papá se ha ido, no va a volver, y cuando esta mañana te dijo que a su vuelta te cantaría —porque mi padre le cantaba *al pasar la barca me dijo el barquero*—, pues es mentira, no va a volver.» Nora, que sabía más de lo que parecía, abrió la boca y pensé que iba a gritar, pero se quedó mirándome con la mandíbula descolgada. Qué pena, Nora, de verdad. Entonces le clavé las uñas en los antebrazos y el perro de la vecina, que también estaba con nosotros, me ladró muy

fuerte, pensaría que la atacaba, pero yo le clavé las uñas a mi hermana porque Nora necesitaba llorar y mi hermana de muerte, de ausencia, no llora. Y las lágrimas cayeron casi solas, como cayeron el domingo de verano que Esteban le mató a la perra.

Me quedo callada un segundo y el señor se adelanta para decirme: «Sí, los que se van se quedan». Gracias, señor, pero todavía no necesito que me diga usted eso. Y el señor mira al suelo y yo continúo.

Javier es un hombre que tiene andares de persona alta y siempre se toma mucho tiempo en hacer las cosas. Yo, sin embargo, voy muy rápido a todos los sitios. Cuando era pequeña y me veían por el pueblo, los vecinos me gritaban: «¡Ya está la gacela que vuela!, ¡la gacela que vuela!», y lo decían porque yo corría mucho. Y cuando iba a casa de Catalina corría por los caminos porque el verde se disfruta corriendo. Y más de una vez volví a casa con las piernas arañadas y mi madre me metía en el baño, me lavaba y me rociaba con agua oxigenada. Y cuando me escocía, yo no decía nada porque mi madre me cuidaba con suavidad y lentitud. De sus dos hijas, yo soy la favorita, soy la sana, soy la del porvenir, ¿entiende usted? Entonces mi madre, cuando me curaba, lo hacía como si yo fuera un jarrón de porcelana y me hablaba de las flores que ella se imaginaba que crecían en el interior del bosque que teníamos prohibido cruzar. Me decía que las azucenas son de crecimiento lento porque son tan perezosas como los caracoles y que los pendientes de la reina son flores que siempre miran al suelo preguntándose por qué su tallo crece y las aleja de la tierra. Yo, embobada, observaba el ritmo pausado que tiene mi madre para hablar y para hacer las cosas. Y ese ritmo de mi madre es el que encuentro en Javier cuando anda. O cuando trabaja la madera, porque Javier la trabaja desde muy pequeño. Su padre, que no era su padre y que ahora es cabra, le enseñó a tallar. Por eso hace esos ribetes tan delicados en los bordes de las mesas y adorna los muebles con espirales infinitas que le llevan días y días. La casa pequeña de Javier tiene los muebles más bonitos del pueblo, todo el mundo lo dice. Y cuando, a veces, me quedo mirando cómo talla, con esa paciencia que yo nunca he tenido, me

sale la emoción, señor, como cuando escucho la canción que dice *alma mía, sola, siempre sola.*

En este pueblo muere la gente de higos a brevas, señor. Por eso yo no sé de lutos ni de gente que deja de estar. Cuando alguien se muere, Antón repica las campanas a deshora para que todos sepamos que el que iba a morir se ha muerto. Y luego lo anuncia en el corcho de la iglesia. Aquí la iglesia no tiene encanto. La del Pueblo Grande es inmensa y bella, y aunque no creas en nada, da gusto estar allí, porque surge una emoción al verla, pero en esta nuestra, que es pequeña y oscura como el bosque, lo que dan ganas al verla es de irte en dirección contraria. Cuando aquí se muere alguien vamos los mismos de siempre, lloran los mismos de siempre y con suerte viene algún familiar de otra parte. En este pueblo el enterrador es Marco desde hace tres años, cuando murió Jimena, y se encarga también de hacer espacio en los nichos, porque aquí se muere poca gente, señor, pero ya tenemos mucho muerto enterrado. Y Javier se encarga de los ataúdes. Otra cosa de la que también se encarga Marco es del nombrario. Yo no sé quién le puso ese nombre, pero sé que es lo más ridículo que he escuchado nunca, porque precisamente en ese lugar lo que no hay son nombres.

Mire, le digo al señor, si usted no me hubiera hecho caso y hubiese tirado para el bosque, habría acabado en el nombrario, señor. El nombrario es el terreno que está al fondo del cementerio y que está dedicado a todos los que se pierden en las landas. Por cada desaparecido se clava una estaca de madera en la tierra y ahora tenemos casi quinientos metros de estacas desordenadas. Antón lleva la cuenta y, cuando hay un entierro, aprovecha para clavar también las estacas de los desaparecidos que ha habido de una muerte a otra. Me acuerdo de que, con Jimena, antes de la muerte de mi padre, se clavaron diez estacas porque un año antes se había perdido una excursión entera de montañeros de la ciudad con mar. El nombrario es una forma de recordarnos que este lugar tiene un vacío, pero que en este pueblo no olvidamos.

A mí me daba pena que Marco enterrase a mi padre, pero nadie mejor que él para hacerlo. Bueno, tampoco había opción. Lo

que me hería como una trampa a un ratón era que el ataúd de mi padre se enterrase sin tratar. Porque Javier se negó. Sí, señor, se negó porque decía que tallar a un ser querido le dolía en el alma. «Más destrozo en el alma que yo no tiene nadie», le dije a Javier. Pero Javier, que ya le he dicho que no habla, no abrió la boca y mi padre se fue sin tallar al hoyo que hizo Marco para él.

Aquí los entierros son antiguos, señor, yo no sé cómo son en donde usted vive, pero aquí los rituales no son nuevos. Y más ahora, con lo del fin del mundo. Aquí, en el 2012, se sigue paseando al muerto por las calles y los familiares lo lloran detrás. Después, en el velorio, primero habla Antón y después el alcalde. Pero cuando enterramos a mi padre, el alcalde no estuvo presente. No vino porque yo le doy miedo, estoy segura. Porque sabe que yo no me callo ni aunque el muerto sea mi padre. Si llega a aparecer por allí, me hubiera plantado delante de él y le habría llamado embustero o le diría: «El que dirige a borregos no es más que un carnero». Y él se pondría tan rojo que tendría que invertir en el ambulatorio que nos prometió. Pero, cuando lo de mi padre, no vino el alcalde, ni su mujer, ni ninguno de sus seis hijos.

Durante la marcha fúnebre, yo empujaba la silla de Nora. Al pasar por debajo de la casa de Jimena, la mano del forastero me tocó el brazo y me paré en seco, porque volvió a mi estómago el ardor, las ganas de irme. Mis ojos se pusieron de campo, pero de campo, campo, señor. No le dije nada y en seguida él me preguntó que qué pasaba, que quién era el muerto y que cómo le llevábamos así. «Se ha despeñado mi padre corriendo detrás de un conejo», le dije. Él puso cara de sorpresa, porque morir despeñado no era una muerte que entrase en sus entendederas, o quizá porque pensó: «Vaya mal augurio mudarnos con un entierro». Le dije que al cementerio íbamos todos y que aquí a los muertos se les pasea. Me dio el pésame con la boca pequeña y antes de volver a empujar la silla de Nora, me giré para decirle: «En este pueblo las cosas pasan de dos en dos: si nace un niño, no tarda en nacer otro, si se pierde alguien por el bosque, aparece un perro sin amo, si una vaca hace cosas raras, llega el fin del mundo, y si llegan forasteros, se muere mi padre». Y seguí empujando la silla de Nora y ese ardor, que era

mi abuela Jimena llenando mi estómago de llamas, que era mi padre muerto diciéndome «vete de este pueblo», que era mi fin del mundo, cesó como cesa el frío en verano.

Nosotros no tenemos un nicho familiar ni nada y Marco había abierto un agujero en la tierra. Antón empezó a hablar y yo no perdía de vista a mi madre, que se había puesto un velo en la cara. La miraba porque nunca la había visto con una pena como esa. Si es que ya le digo yo que de lutos sé poco, poco, poco, señor. ¿Volverá a cantar?, pensé. Pero yo la miraba con atención porque me recordó a la talla de madera de la Virgen que hay en la iglesia. Y a mí esa cara siempre me ha dado miedo, señor. Miraba a mi madre y me recordaba al perfil de la Virgen y sus lágrimas, también de madera, que parecían agarrarse a su cara. De niños, Antón nos decía que, si le tocábamos los ojos a la Virgen, nos salvaría de las desgracias que nos da la vida. Catalina siempre se los acariciaba y Javier y Marco. Pero yo nunca se los toqué, no fuera que los cerrase y yo me quedara con el dedo atrapado en un ojo de la Virgen.

Y el señor ríe, pero yo no suelto ni una sonrisa.

Como las aguas se van del mar, y el río se agota y se seca, así el hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta que no haya cielo, no despertarán, ni se levantarán de su sueño, leyó Antón. Y mire, señor, yo no sé qué pasó por mi cabeza en ese momento, de verdad que yo de eso no sé. Pero no sabe la carcajada que solté. Del fondo de mis entrañas salió una risa que retumbaba en los límites del pueblo. Y venga a reír, señor. Entonces mi hermana, que reírse tampoco sabe, empezó a emitir un sonido que nosotros en casa ya habíamos escuchado antes. Porque a mi hermana, señor, durante una época, le salía una especie de rugido, que yo siempre me he imaginado que le sale del mismísimo hueco que tiene en la cabeza. Entonces mi hermana empezó a rugir y yo a reír. Todos se alarmaron y Marco detuvo en seco el descendimiento de mi padre, y a mí, de ver a los viejos, todos asustados y alterados por el sonido extraño que hacía Nora, me entró más risa, de esa que se te caen las lágrimas y que notas el estómago contraído, haciendo fuerza. Y mi madre, que en ese momento era la Virgen, me echó

una mirada tan severa que yo leí en sus ojos la frase que nos decía de pequeñas, la de «vaya dos laureles me han tocado». Y yo venga a reír por mucho que intentara contenerme, pero es que no podía, señor, y se notaba que mi hermana tampoco podía parar de rugir. Eso también es la muerte, creo yo, una risa que no se controla. Que nace sola. Y entonces Antón dijo, casi gritando, «¡Háganlas callar de una vez!», con ese tono de cura que pone él siempre de estoy por encima de todo, de yo sé y vosotros no sabéis de nada. Entonces fue cuando Javier nos sacó de allí. Lo que pasó después fue lo que me cortó la risa de golpe e hizo que el ardor volviera.

Estábamos Javier y yo sentados en un banco, en silencio, sin mirarnos, con su mano en mi pierna, y a nuestro lado Nora en su silla, con su cuerpo atrofiado y su mandíbula descolgada como un cubo que baja a un pozo. Esa imagen, señor, esa imagen es la que se me ha repetido tantas y tantas noches. Y fíjese que es una imagen que me ha acompañado toda la vida, que es un futuro programado con el que siempre he convivido e incluso he deseado. He deseado muchos años de mi vida que Javier, que es casi arbusto y yo, que soy árbol firme, acabáramos sentados así, aburridos de tanto decirnos «me gustas», porque en este pueblo lo que yo he aprendido del amor es lo mismo que he aprendido de la vida, la longevidad del sentir. Pero en ese momento, cuando el tiempo, y hablo de las agujas del reloj, era un popurrí de ayer, hoy y mañana, esa imagen de los dos con Nora hizo que el ardor volviera como vuelve desde entonces cada vez que me la figuro en mi cabeza. Y sentada en ese banco empecé a entender que ellos eran mi fin del mundo, que los que sabían que el mundo se acababa se referían a ellos dos sentados a mi lado en una eternidad extraña.

Miro el bosque y le digo al señor que ahora, que ahora sí es cuando me lo tiene que decir. Miéntame, señor, dígame que mi padre sigue vagando por aquí, que los muertos se quedan y el vacío que dejan no es más que una niebla finita que se va pronto. Y el señor, mirando al suelo todavía, pero con convicción, me dice que sí, que los muertos se quedan, y yo le doy las gracias. El mundo, señor, se ha matado tantas veces que ya qué más da. Quiero pensar que, a todos, la vida se nos resquebraja en algún

punto. Quiero pensar que algún día aparecerá una cabra en la puerta de casa y que esa cabra será mi padre. Quiero creer que alguna noche, esté donde esté, iré a por agua a la cocina y me encontraré a mi padre cerca, mirándome. Quiero creer que mi padre habría apoyado la decisión de irme, porque una vez, hace unos años, cuando dejé el colegio, mi padre me dijo: «Lea, tú pon la cabeza fuera, lejos de aquí». Mi padre creía en el fin del mundo y el mundo se acabó para él. Yo lo que creo es que mi padre muerto en la puerta de casa era una señal más de que no, que no, que no, que aquí no está mi vida.

Borregos

El señor y yo llevamos un rato en silencio. Le doy mi cigarrillo con hierba, porque igual ahora, que se ha acostumbrado a tener el bosque delante, le apetece. El señor me dice que no con la mano y yo me encojo de hombros. Usted verá. Será porque echa de menos a su perro, lo noto, pero no se lo digo.

Ya lo tengo todo preparado, señor. Mañana, dos de enero de este nuevo año, me levantaré y daré de comer a las gallinas y no iré a abrir el ultramarinos, ya luego lo abrirá mi madre, le digo al señor. Y me despediré de la cabra y de los conejos que todavía corren por mi casa. Después, cogeré el coche de mi padre, un coche que ya no quiere nadie, y lo cargaré con mis cosas. Mis cosas son pocas. Y me iré al Pueblo Grande, que para esa hora Javier ya habrá ido para allá a abrir el bar. Y fumaré de la hierba de Marco, porque si la hierba me hace dejar de ver el bosque, necesito también dejar de ver a Javier y poder decirle que no me mire, que no me mire, que el querer se extingue, que mi felicidad está en otro lugar, que no quiero empezar ninguna guerra, que las guerras siempre mutilan y a mí su cuerpo me gusta intacto, que yo no quiero empezar ninguna guerra, pero que me ahogo, que me apago, que me muero si el resto de mi vida solo tiene cuatro calles, un ultramarinos, una iglesia y poco más, y que ya no me quedan «me gustas» que decirle, y que los árboles de pena también se mueren y yo no quiero morirme esperando a que decida quererme, que el querer es otra cosa y lo digo sin saber, porque todavía no he compartido mi querer con nadie, y mi deseo y mi deseo y mi deseo no puede ser una uva secándose al sol, que mi deseo, si él no lo quiere, otro lo querrá, pero que qué pena, Javier, le diré, qué pena que no te hayas atrevido conmigo.

Y después iré a ver a Catalina al criadero de pollos de los

hermanos Jorge y le daré el sobre con el dinero que he ahorrado para ella, para que se opere la pierna, que es lo que ella más quiere. Y cogeré el coche y me iré a la dirección que me ha dado Marco. Él es el único que lo sabe, él es quien me ayuda con esto. Porque yo a Marco siempre le he gustado, señor. Y cuando llegue a la ciudad con mar preguntaré por la dirección a la que debo ir y allí me dejarán dormir en el suelo de una casa. A mí eso me da igual. Yo de comodidades no quiero saber todavía. Marco lo ha organizado todo.

Después, señor, después pueden ser días, semanas, meses.

Después puede ser lo que sea. Después viene la vida, señor, que a mí no me importa ser un caballo desbocado. Después, la vida. Pero yo habré salido ya del fin del mundo, ¿lo entiende? No, usted no puede entenderlo. Rumio, señor. En realidad, yo no tengo mucho. Pero he empaquetado ropa por las noches y un par de fotos y le he robado a mi madre la alianza de mi padre, que no vea usted lo que nos costó sacársela del dedo. Se la he robado como recuerdo, que yo sé que mi madre, en realidad, acabaría por perderla. Pero yo no la perderé. Y también he guardado los dientes de leche de Nora, que mi madre los tenía en un pastillero que cogió de Jimena cuando murió y así me llevo un poco de mi abuela y un poco de mi hermana. De mi madre no sé qué llevarme y de Javier tampoco. Igual, mejor no llevarme nada. De pueblos así, cuando uno se va no puede volver, señor.

Yo no sé de dónde viene usted, pero de aquí se huye y no se vuelve. En este pueblo estamos malditos. Malditos por un bosque que no tiene salida, y por un alcalde que cree en conspiraciones absurdas, pero sobre todo por el verde de las landas. Aquí quieren creer que el bosque, que los árboles, matan, pero es porque aquí no se conoce otra cosa. Verá, señor, le confieso con la boca pequeña que yo creo que los desaparecidos en el bosque no mueren, llegan a otro lugar, superan el hastío del campo, de los pueblos minúsculos. Y encuentran lo que buscan y renuncian a lo anterior. Por eso ya nunca más los vemos. Pero, claro, señor, eso igual también es la muerte.

Yo, si me voy, ya no puedo volver, mire lo que les pasó a Ana

y a Julio. Le contaré su historia, señor. Los viejos nos la contaban de pequeños a Marco, Catalina, Javier y a mí, y siempre acababan diciendo: «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Esa frase se repite en este pueblo todo el tiempo. Se le dice al que cuestiona la vida que llevamos aquí, se le dice al que viene de la ciudad con mar, al que vive en el Pueblo Grande, al autobusero que viene dos veces a la semana, al médico. «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Y puede ser verdad, señor, no le digo yo que no. Pero si me voy, yo no puedo volver, que la maldición de este pueblo no es un bosque que se traga las vidas de los despistados, es la maldad que te nace de tanto mirarlo.

Ana y Julio eran un matrimonio de aquí que, como en mi casa, todas sus ventanas daban al bosque. Tenían tierras, pero poquitas y malas. Eran queridos en el pueblo porque aquí se quiere bien hasta que se quiere mal. Y a él un día le llamó su hermano y le dijo: «Anda Julio, vente, vente con Anita a la ciudad que aquí prosperas, que aquí estarás bien». Y Anita decía que no, que no, que no, hasta que al final dijo que sí, porque estaba aburrida de tanta rama verde. Y mal convencidos tiraron para una ciudad con suerte como hacía mucha gente en esa época. Porque le hablo de la época en la que la gente se iba de los pueblos. Cuando se fueron, ni un vecino fue a despedirse de ellos, porque, en el interior de las casas, todos murmuraban: «Menudos son estos que se van, ¿dónde los van a querer más que aquí?, si de lo que ellos saben no vale para nada en otro sitio». Y ni un alma fue a decirles adiós cuando dejaron la casa, nadie, nadie, nadie con un pañuelo blanco. El caso es que cuando llegaron a la ciudad, el malvivir les atrapó y el hermano de Julio murió a las pocas semanas de que ellos llegasen y, sin trabajo y sin comida, en un mes ya lloraban echando de menos el olor a hierba mojada de por la mañana. Anita le decía a Julio: «Volvamos, volvamos, por favor», y Julio que no, que no, que no, hasta que dijo que sí, y en menos de un año estaban empaquetando sus cosas y volviendo. Pero usted ni se figura lo que pasó, señor. Cuando los vieron llegar, alguien dijo: «Gente no bienvenida cuando más lejos más querida». Ellos, que se sentían aliviados, que sentían que volvían a un hogar, se encontraron un

pueblo vacío que les esquivaba.

Un día, Ana le dijo a Julio: «Debo hablar muy bajo porque pregunto la hora en la plaza y no me la dicen». Y él le dijo: «Anita, yo doy los buenos días y ni me miran». Lloraban, señor, lloraban cuando se sentaban a cenar, de soledad, de amargura. Y resulta, señor, que todos los del pueblo, todos, sin excepción, querían que desaparecieran y que qué se han creído estos, decían, que pueden volver como si nada. Lo ansiaban, lo pedían a gritos, se lo decían unos a otros cuando se veían en las tiendas, se visitaban solo para decírselo, solo para odiarles porque habían sido los desertores, los que partieron, los que abandonaron el campo y encima volvieron. Y el odio, señor, llegó hasta el Pueblo Grande y allí también empezaron a hablar de Ana y Julio y hay quien dice que ese rencor atravesó los Pirineos y llegó a las landas francesas y que atravesó el Canal de la Mancha y llegó al sur de la isla británica. Entonces, entre todos idearon un plan, señor. Un día Ana, yendo a comprar carne, se cruzó con dos del pueblo y les dijo: «¡Qué frondoso está el bosque este año!». Ellos le contestaron: «¿Qué bosque, señora, qué dice, de qué habla?». Y otro día, Julio fue a por herramientas y en la tienda comentó: «Hay que ver el bosque, que de tan verde que está se nos va a cambiar el color de los ojos». Y en la tienda le contestaron: «¿Qué dice usted, si por aquí no hay ningún bosque?». Y pasado un tiempo, todos los habitantes de este fin del mundo consiguieron convencer a Ana y a Julio de que el bosque que veían sus ojos no existía y las cenas pasaron a ser una discusión continua sobre si era cierto lo que veían por sus ventanas. Dudaron tanto de sí mismos, que el bosque dejó de existir para ellos, y donde estaban las landas solo veían un campo árido. Entonces, un día de verano, creyendo que saldrían a pasear por el campo raso, se adentraron en el bosque y el bosque los engulló como si hubieran saltado al cráter de un volcán. Nadie los detuvo ni se lo impidió, y cuando comprobaron que ya no volverían, lo festejaron, ¡lo festejaron, señor! Mataron conejos y se revolcaron en su odio como cerdos en el barro.

Entonces, un muchacho se dio cuenta de algo. Yo siempre he pensado que de ese muchacho viene mi familia, porque de haber

estado yo allí, habría hecho lo mismo. Él, al ver el regocijo y el orgullo de todo el pueblo, de pronto cayó en la cuenta de que aquello era una venganza que había iniciado una guerra. El muchacho se subió encima de una mesa y les dijo a todos: «¿No os dais cuenta, borregos? ¿No os dais cuenta de que los habéis matado por ser unos mezquinos? Preparaos y preparad a vuestros hijos porque el bosque ha comido sin tener hambre y un día todos los desaparecidos aparecerán en nuestras casas y nos enterrarán en las landas con ellos». La gente siguió festejando porque pensaron que era un chaval diciendo tonterías y que, si les molestaba, se librarían de él, porque habían descubierto que matar no era difícil, que podía ser tan fácil como perseverar en una mentira. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

¿Entiende, señor? ¿Entiende que, si yo me voy, aquí, en un pueblo así, no me quieren de vuelta? Siempre me ha dado demasiado miedo el verde del bosque, el sonido del bosque, todo lo del bosque. El bosque, señor, el bosque. De niña me imaginaba que dentro había animales deformados, caballos monstruosos con caras de pez o vacas desnutridas con colas de zorro. Y que los troncos de los árboles se retorcían unos sobre otros haciendo los caminos más y más estrechos aún.

Yo cuando te miro, veo

El señor saca su teléfono móvil y la pantalla no se enciende. Le dejaría un cargador señor, pero yo soy un desastre y no sé ni dónde lo tengo. Siempre ando pidiéndoselo a Javier o a Marco. Usted echa de menos a su perro.

Yo no sé echar de menos. Me refiero a que solo sé echar de menos a los muertos, le digo al señor. Pero a los que viven, no. No sé qué se siente o dónde se siente. Porque yo soy de querer grande, pero mi querer es de corto alcance. Como si fuera el fusil de Esteban, que es de cañón largo pero la bala no llega muy lejos. Pues yo igual, lo que quiero lo tengo cerca y no se mueve. Sí que he deseado a veces que mi hermana fuera como yo. Que fuera una mujer de su edad, pero con la cabeza normal, no hueca. Con ella sí que he echado de menos algo, pero algo que no puedo cambiar. Y yo creo que echar de menos es un poco eso, el deseo de cambiar algo. ¿No lo cree usted? Usted ahora mismo echa de menos a su perro, pero porque le gustaría que su perro no se hubiera perdido. ¿Entiende? El caso es que yo «echar de menos», en la vida, lo he hecho poco. Eso es algo que me da miedo de mañana. Igual ese sentimiento es tan grande que no lo puedo soportar. O igual eso es realmente el fin del mundo, no un ardor en la tripa o la muerte de un padre o una estampa que no quieres mirar. No lo sé. Sea como sea, me da miedo. Me da miedo echar de menos.

¿Usted no cree que el amor, en realidad, no es querer, sino que son circunstancias que encajan? Y el señor se ruboriza y deja de mirarme para mirar el bosque.

No se me asuste usted, señor, que ya le he dicho que si usted me pone la cabeza en el hombro yo no le tocaría la cara, que a mí me gustan los alegres, no los tristes, y usted tiene cara de hombre triste. No. No me malinterprete usted. Solo digo que el amor no es

querer. Que querer no vale, que lo que vale son las circunstancias, la situación. Rumio, de nuevo, señor, discúlpeme.

Durante un tiempo mi hermana andaba. Anduvo cuando yo era pequeña, con cinco, seis, siete años, más o menos. Más que andar, señor, mis padres la erguían y tiraban de ella y sus pies reaccionaban, primero se adelantaba uno, después otro. Y cuando la sacaban de paseo, mi madre siempre volvía a casa y decía: «Madre mía, qué largo se me ha hecho este pueblo». Porque iban tan despacio, señor, que esta ridiculez de terreno en la que vivimos se convertía en una ciudad gigantesca. Pero la cara de Nora resplandecía al volver de esos paseos y sus ojos se volvían casi casi tulipanes abiertos, grandes y bonitos. Si le soy sincera, señor, me costó trabajo entender que mi hermana era una mujer diferente. Cuando éramos niñas, le decía a menudo esta frase: «Cuando puedas jugar tú, vendré a buscarte yo». Y siento que sigo diciéndoselo ahora que ya hemos crecido. Cuando le doy la cena, por ejemplo, y me la llevo a su cama para acostarla, se me pasa esa frase por la cabeza, señor: «Cuando puedas jugar tú, vendré a buscarte yo». Como si el mundo pudiera estar preparado en algún momento para mi hermana. No, qué va, señor. El mundo para mi hermana se mató nada más nacer ella.

Cuando llegó mayo, señor, como si el tiempo, y esta vez no hablo de las agujas del reloj, se hubiera vuelto loco, trajo fríos que no veíamos por estos lares desde por lo menos hacía dos eneros. Y no vea usted qué frío. Mi madre sacó la manta gruesa para tapar a Nora en la silla, que, de no moverse, el viento se le colaba dentro. La vida siguió rápido para todos. ¿No le dije, señor, que la muerte es un día y la vida varios? Pues la vida pronto se reorganizó. Y nos acostumbramos a los ojos caídos de mi madre y a la boca descolgada de Nora, que ya pocas veces vuelve a cerrar desde lo de mi padre. Y también nos acostumbramos a encontrar algún conejo detrás del mueble de la tele o debajo de las camas. La vida sigue, señor, y el vacío se llena. Y como le dije antes, yo las penas las guardo dentro y así no se me escapan.

Fue en un día frío de mayo cuando Catalina me contó un secreto. Estábamos ella y yo arrancando los hierbajos que a veces

crecen en las fachadas de las casas, que es trabajo de jóvenes, y como Catalina tiene la cabeza en las nubes muchos días y se deja enredar por sus pensamientos, acabé yo quitando las malas hierbas y ella haciendo girar su falda. De pronto, me dijo que había estado pensando que, si era verdad eso de que el nuevo iba a montar una quesería, igual ella podía pedirle trabajo. «¿Qué sabes tú de quesos, si lo que nosotros tenemos bueno son las hortalizas y la carne de ternera, que nuestra hierba es lo que hace roja la carne?», le dije yo. Y ella: «Que sí, que sí, que sí, que yo los pollos ya no los aguanto más», me dijo. Y entonces empezó a contarme que siempre que pasaba por la casa de Jimena, se plantaba delante y observaba por las ventanas. Así supo que el matrimonio casi no se miraba. Que no se hacían caricias, que, si uno estaba en el salón, el otro se iba a la cocina y al revés. También me dijo que el señor se llamaba Miguel, que había hablado con él un par de veces y que había despertado en ella un cosquilleo que la transformaba los pómulos en melocotones, y entonces añadió: «No sé qué me pasa, Lea, que cada vez que me mira Miguel pienso en caballos trotando». En caballos trotando, señor, ¿no le parece bonito?

Lo del amor desbocado de Catalina por los hombres mayores siempre ha estado ahí, señor, no le voy a engañar. Ya le pasó de muy pequeña, que decía que sentía cosas por Antón, por el cura, señor, por el cura, y de tanto ir ese año a la iglesia, casi se convierte en estampa. Y hace un par de años, cuando aún tenía dieciséis, se puso a cuidar a un viejo de por aquí y decía que estaba enamorada, que cuando estaba con él se le olvidaba que era coja y sentía que podía correr por los valles del viejo como antes de que se quemara la pierna. Me faltó tiempo, señor, me faltó tiempo para plantarme en casa de aquel viejo y decirle que yo era animal de pocos amigos y que, si le ponía una mano encima a mi coja, agarraría el fusil de Esteban y le haría yo correr a él por sus valles. Señor, cosas como esta tenemos muchas por aquí, que la longevidad a veces te lleva a la perversión y más en los sitios pequeños, y si a Catalina le tocas el hombro, ya quiere casarse contigo. Después de aquello, ya solo tuvo ojos para Marco, porque Marco, en unas fiestas de verano, viendo unos fuegos artificiales

que prepararon unos «duendes» como usted, unos forasteros que vinieron para irse en seguida, se la subió a la espalda para que pudiese ver los cohetes, y a Catalina, que sintió su cuerpo contra el cuerpo fuerte de Marco, se le desbocó el deseo por él. Imagínese, una acacia mimosa que es acariciada por un roble. Pero Marco le hacía poco caso a Catalina y ella le escribía cartas y poemas y canciones. Algunos días, cuando llegaba al bar, le pedía a Javier la canción que dice *me gustaría inventar un país contigo* para dedicársela a Marco y Marco no cambiaba el gesto, porque a rudo no le gana nadie. Y seguía fumando o bebiendo o si ya estaba muy borracho se ponía violento, para dejar de gustarle a Catalina. Alguna vez le he encarado y le he dicho que qué vergüenza da cuando le veo capaz de hacernos daño. Él entonces pega su frente a mi frente como si fuera un toro amenazando a una vaquilla y aprieta, aprieta, pero yo aguanto, señor, porque sé que, en el fondo, Marco no es capaz de hacer daño a nadie. Quiero creerlo así. Siempre que pasa eso, amanezco al día siguiente con una flor en el felpudo de mi casa, o con una bolsa de patatas con tierra, o con unos paquetes de los chicles que me gustan, o, si de verdad se siente muy mal, con algo de hierba para que me la fume yo sola mirando al bosque.

«Catalina, y ¿qué pasa con Marco?», le pregunté, porque lo de Catalina por Marco era un secreto a voces. ¿Usted ha oído eso de *a amor mal correspondido: ausencia y olvido*? Pues eso hizo Catalina, señor. «Marco qué, me contestó ella, si ni me toca, si mira más a sus vacas que a mí. Si lo que Marco siente por mí es nada, cero, vacío. Si mis pollos sienten más cosas por mí que Marco. Pero, en cambio, con Miguel, no sé, es que es encontrarme con sus ojos y venga a aparecer caballos trotando y no solo caballos, Lea, también cabras y ovejas y conejos y hasta cebras. Cebras, Lea, me cruzo la mirada con Miguel y se me desbocan todos los animales, hasta los que no he visto nunca.»

¿No es bonito, señor? Cuando llega la atracción por alguien de esa manera, con esa fuerza, me refiero. Que luego la vida lo complica todo. Supongo que de eso usted sabrá más que yo, que, al final, a los diecinueve el amor es un valle con muchos ríos que

cruzar. Y cuando Catalina me dijo eso, mi tripa ardió de nuevo. Y ella seguía enumerándome animales y que si gorriones volando y que si osos, corzos, perros, gatos, ranas saltando. Todos en la misma dirección, me decía. Mi tripa venga a arder, justo como me arde ahora al recordar ese momento, ese momento en el que me di cuenta de que, por mí, en realidad, cuando miraba a Javier, no pasaba ni un animal corriendo. Ni se movía una hoja. Porque lo que yo pensaba que sentía por Javier en realidad no era amor ni era nada, señor, era un cariño prolongado en el tiempo, una atención que quería que me diera y que en realidad no me había dado nunca, y el amor se me desdibujó como se iba desdibujando el mundo con ese frío de mayo. Pero mentí a Catalina, claro, y le dije con alegría: «¡Catalina, que eso en mi pueblo, que es el tuyo, se llama amor, que yo cuando miro a Javier no es que pasen animales corriendo delante de mis ojos, que pasan maratones enteras, que tiembla la tierra, Catalina!». Y exageré, porque yo cuando miento, exagero. Pero Catalina se quedó con cara de idiota y me dijo: «Como en la canción, Lea, la de *porque te miro a los ojos y no me sale la voz*».

A los pocos días de eso, pasé con Catalina por delante de la casa de los nuevos. El «malqueridos» seguía allí pintado en la piedra blanca, aunque se notaba que habían intentado quitarlo. A mí me parecía que nos había quedado hasta bonito. Ella se quedó clavada, como hacía siempre y yo, desganada, me clavé en el suelo con ella. «¿Qué miramos, Catalina?», le pregunté. «Mira, mira, mira, me dijo ella, mira.» Y yo miré por la esquina de la ventana. Y los vi, vi a un matrimonio aburrido. A un padre que cogía en brazos a ese niño de cuatro o cinco años y a una madre que dormía en el sofá. Y su pelo rubio estaba enredado en el cojín donde apoyaba la cabeza. «¿A que son aburridos, Lea?», me insistió Catalina. Y yo me encogí de hombros y empecé a pensar que el aburrimiento te puede suceder en todas las partes del mundo, y estos habían llegado ya aburridos al pueblo. El pelo rubio de la mujer, desordenado, me volvió a llamar la atención. Hasta me dieron ganas de peinar ese pelo. O de trenzarlo. No sé explicarle, señor, algo me pasaba con el pelo de esa mujer que solo dormía. Y

entonces descubrí a Catalina sonriendo, esperando impaciente la mirada de Miguel y una sonrisa de vuelta. Le tiré del brazo y me dijo que no, que no, que no, que ella se quedaba. Y me fui yo sola.

Esa tarde la pasé entera con Marco en el bar de Javier, fumando hierba, y no vea usted qué velocidad tomaban mis pensamientos. Y miraba tanto a Javier, que estaba al otro lado de la barra, que Marco me decía: «Le vas a desgastar, mírame un poco a mí». Pero por mi cabeza, en vez de animales trotando, lo que pasaban eran conversaciones inventadas con Javier en las que yo le decía: «Javier, estoy pensando que me quiero ir». Y él: «¿Adónde te vas a ir, si en este pueblo lo tienes todo?». Y yo: «Quiero mirarte y ver caballos». Y él: «¿Qué dices, Lea? Yo te miro y veo laurel, tomillo, recién cortado». Y yo: «Yo, cuando te miro, veo algo que está dormido, un animal abandonado, atado». Y él: «Me gustas, Lea». Y yo: «Es mentira, es mentira, es mentira, nunca me lo has dicho, porque tú no me quieres querer, tú no te atreves a quererme». Y él: «Pero si veo las hortensias de colores que hay a la entrada del pueblo cuando pienso en ti». Y yo: «Es mentira, es mentira, es mentira, pongamos que el fin del mundo es real, que llega y nos mata, que arrasa con todo y nosotros ya no somos ni polvo, Javier, ni polvo, ¿tú querrías conformarte conmigo? ¿Querrías conformarte con una casa pequeña y un bar y una Lea a la que en el fondo no quieres?» Porque en este lugar el amor ha funcionado así toda la vida, la gente se junta por desgana con el que tiene cerca y así acaban sin conversación en las cenas, caminando lento para tardar más en llegar a casa. Por eso estoy pensando que me quiero ir. Y esto último, señor, lo dije en voz alta. Y Marco me dijo «¿Qué?». Y yo le dije «¿Qué de qué?». «¿Que te quieres ir de dónde?» «Da igual», le dije, porque en mi cabeza, señor, bueno, en mi estómago, la idea de irme todavía tenía un trazo fino. Pero Marco me oyó y se quedó con esa frase en la cabeza.

Pasadas tres, cuatro semanas de aquello, señor, ya casi en junio y con frío todavía, que parecía que las estaciones del año se habían propuesto volvernos locos, estaba yo en el ultramarinos, atendiendo sola. Como usted puede ver, aquí somos cuatro gatos y

los que compraron ayer, hoy compran pan y poco más y las horas atendiendo me las paso mirando el móvil cuando hay suerte y la cobertura y mi dinero me dejan, o haciendo un pasatiempo de sopa de letras, que a mí me encantan. Uno de esos días de cielo encapotado, gris, gris, gris como usted no puede imaginar, estaba yo con mi lápiz y mi cuaderno de pasatiempos y dieron casi las dos y media. Yo a las dos y media echo el cierre y me voy a dar de comer a mi hermana. Mi madre para entonces ya suele haber comido y se echa una siesta en la que yo creo que llora. El caso es que yo estaba intentando encontrar la palabra «perdigón» en ese mar de letras, y fíjese lo concentrada que estaría, que no oí que alguien entraba, y eso que, justo delante de la puerta, mi madre colgó hace años un móvil de viento, para que cuando se abriese lo oyésemos si estábamos en la trasera. Bueno, pues ese día yo no lo oí y cuando sonó un «hola» que salía de una boca que no era la mía, me di un susto tremendo. Yo no suelo asustarme mucho, señor, pero ese día brinqué y el pulso se me aceleró tanto, que por un segundo pensé que me tenían que meter en el coche y llevarme al centro de salud del Pueblo Grande.

«No quería asustarte», me dijo la mujer de la casa de Jimena. Y no me dio tiempo a poner ojos de campo, señor, no me dio tiempo. Porque cuando vi el pelo rubio, esta vez más peinado, al otro lado del mostrador, cerré los ojos un segundo y por mi mente pasó un potrillo galopando. «Por poco no llego», me dijo. «¿Cómo?», le contesté. «Que por poco te pillo cerrando.» «Has tenido suerte entonces», le dije. Y me salió del alma añadir: «Qué cara de pena tienes, hija». Me sonrió de nuevo con la boca cerrada y le dije que qué quería. Y la mujer me sacó una lista que era tan larga que tuve que ponerle todo en dos cajas. Se llevó hasta los bollos del fondo, los que nunca quiere nadie.

Me fijé en que era una mujer de dedos anchos y uñas recortadas. Mi madre me dice que soy una indiscreta, pero también me ha dicho siempre que lo nuevo siempre hay que mirarlo. Y yo, de oler no sé, señor, pero de mirar, sí. «Supongo que querrás que te ayude con las cajas, ¿no?», pregunté. «¿Te importaría?», me contestó. Y aunque mi cara decía «sí, me importa, porque tengo a

mi hermana con hambre en casa», le dije, que bueno, venga, vale. Antes de salir juntas de la tienda, me metí un segundo en la trasera y a ella la dejé esperando fuera, oliendo los tomates, que ya le dije a usted que en estas tierras tienen buen aroma. Y desde la trastienda la observé. Ella no podía verme y yo le hice un repaso de arriba abajo, viendo la finura que tenía, algo que la gente de este pueblo no tenemos. Llevaba unas botas que los caminos de por aquí acabarían por estropeárselas y una camisa azul. Supuse que era de un tejido concreto, tal vez de seda, nada de mezclas, un tejido que aquí no se lleva, que es más de otro lugar. Y de nuevo el incendio en mi tripa y esta vez no cerré los ojos, pero por la parte de mi mente donde antes había pasado galopando un potrillo, ahora lo seguía una manada de conejos que corrían y saltaban y lo corté rápido, señor, el pensamiento, digo. Porque no entendía.

Fuimos en silencio hasta la que había sido la casa de Jimena y me quedé a la altura de la pintada mientras ella buscaba las llaves de la puerta. «Aquí dejamos las puertas siempre abiertas para no tener que buscar llaves», le dije. Y ella permaneció en silencio. Me dejó sola en una cocina tan blanca que era desagradable. Apoyados en el suelo había cuadros, pinturas de cestos de frutas, de hortalizas recién peladas, bodegones y bodegones de alimentos tristes, señor. «¿Son tuyos?, le pregunté, los cuadros me refiero.» Ella me dijo que sí desde otra habitación y yo le dije que mi favorito era el de las limas en un cesto de mimbre. «Qué casualidad, añadí, mi madre huele justo a eso.» Empecé a sentir un poco de amargura, señor, porque caí en la cuenta, en ese momento, de que yo nunca había estado en esa casa cuando vivía Jimena. Yo no sé cómo decoraba mi abuela su casa, ni qué cuadros había colgado de esas paredes. Sentí un poco, no mucho, que la vida empezaba a desbocarse. Igual usted no lo entiende, pero es que en esa casa se crio Lea Grande y ahora no quedaba nada del suelo que había pisado mi madre ni del suelo que tanto había acompañado a Jimena. Y mis ojos, señor, ay, mis ojos, se convirtieron en campo en cuanto la mujer volvió a la cocina con su hijo en brazos. «A este niño átale corto que como se te vaya al bosque no vuelve», le dije. Me extrañé, señor, me extrañé porque los ojos de esa mujer

también estaban raros, también los tenía de campo y yo nunca había visto unos ojos con la desconfianza que tienen los míos. Fíjese, hasta me asusté un poco y le dije: «No me mires así». «Tú nos pintaste eso en la fachada, ¿verdad?», me dijo. Negué con la cabeza. Negué con la cabeza mil veces. Porque, señor, sentí pudor. Me dio vergüenza. Y eso que suelo hacer todo lo que siento y cuando lo siento. «No lo niegues, fuiste tú.» Dejé la caja del ultramarinos en la mesa y me fui sin cerrar la puerta, y en vez de ver el camino, lo que veía era de nuevo al potrillo galopando, a los conejos saltando y a una manada de corzos. Todos en la misma dirección.

Maleducada

Después de eso, señor, cayó una nevada en pleno junio que nos tuvo en casa seis días. Y fíjese cómo debió de ser la nevada que, desde las ventanas de mi casa, lo que veía era un bosque blanco, blanco, blanco. Pues en esos días de nieve estábamos en casa las tres mujeres que éramos, mi hermana, mi madre y yo, y nos pasábamos las tardes jugando a nombrar plantas, porque a eso jugaba mi madre con mi padre antes de que se despeñara. Mi madre decía «Camelia», y yo contestaba «Rododendro», y ella «Acequia», y yo «Azaleas», y ella «Dafne», y yo «Alegría guineana», y ella «Petunia», y yo «Mejor árboles, mamá, que las flores me aburren». Y entonces ella empezaba «Abedul», y yo «Avellano», y ella «Acebo», y yo «Castaño», y ella «Mostajo», y yo «Olmo», y ella «Hay que parar, Lea, que Nora se ha cagado».

Las tardes se me hacían pesadas y las cuatro parecían las once y las once parecían las cuatro. También tuve grandes conversaciones con Nora, le dije que creía que lo que sentía por Javier se me estaba quedando corto y que los animales corriendo por mi mente al ver a la mujer de pelo rubio no trotaban por amor, como le pasaba a Catalina, trotaban por algo que todavía no sabía. Mi hermana, que es parca en todo y un animal salvaje, me miraba y dejaba gotear la baba, porque seguía sin cerrar la boca desde lo de mi padre. ¿Usted alguna vez ha intentado cerrar una boca que no quiere ser cerrada? Pues es como mover hormigón de una finca a otra.

Cuando llevábamos tres días con el culo casi plano de tanto sofá, golpearon la puerta de casa y en seguida supe que era Marco. Porque Marco tiene la fuerza desbocada y, cuando quiere llamar a la puerta, sus manos anchas parecen que la tiran abajo. Desde fuera cantaba mi nombre, como siempre ha hecho. «¡Lea Pequeña!

¡Lea Pequeña!», gritaba, dejaba pasar unos segundos y otra vez: «¡Lea Pequeña! ¡Lea Pequeña!» de nuevo. Esto en los pueblos chiquitos se hace mucho. Lo de gritar el nombre de alguien para que salga, me refiero. Mi padre lo hacía con mi madre cuando eran novios y tenían mi edad, año arriba, año abajo. Mi madre vivía entonces en la casa de Jimena. Su dormitorio estaba en la planta de arriba, siempre con la ventana abierta para escuchar a mi padre. Y mi padre, cuando llegaba a la plaza, empezaba a gritar: «¡Lea! ¡Lea!». Y mi madre, desde dentro de la casa, le gritaba: «¡Amor! ¡Amor!». Y cuentan por el pueblo que escuchar esos cantares era como vivir todo el tiempo en primavera. Yo, por ejemplo, cuando voy a ver a Javier le grito: «¡Guapo! ¡Guapo!». Porque yo a Javier le llamo guapo a veces, cuando quiero que me quiera, pero él no me dice nada, él no me canta, él espera a escuchar mis pasos en su felpudo para abrirme la puerta y siempre me dice: «¿Qué quiere la Lea Pequeña ahora?». Marco, en cambio, me canta, pero yo no quiero que Marco me cante y desde dentro yo no digo ni pío.

El caso es que Marco llamó a la puerta y mi madre desde la cocina dijo: «Este chico un día de estos nos tira puerta abajo». Y yo salí y le dije: «¿Qué quiere el más bruto del pueblo?». Y él, al que ni las nieves retenían en casa, me dijo que si había visto lo que adornaba mi fachada. Y yo: «Pero ¿qué dices Marco?», y él: «Que salgas y mires, mira, mira», me decía. Y yo cogí el chaquetón gordo de mi padre que todavía colgaba del perchero que tenemos al lado de la puerta y, como si llevara a cuestas una carga pesada, salí de casa y mis zapatos se hundieron un poco en la nieve. Me quedé en silencio y Marco, con los dedos enrojecidos sujetando un cigarrillo, suspiraba al echar el humo por la boca. La palabra *maleducada* estaba escrita en la piedra de mi casa, al lado de la puerta, justo donde empezaba la ventana por la que, desde dentro, podía ver el bosque. *Maleducada*, en mayúsculas y en negro, ¿usted se cree, señor?

Cuando yo era chica, señor, en la escuela no callaba y si tenía que decir lo que pensaba, no me quedaba corta. Catalina, que miraba a los profesores con cara de cordero, con cara de no me preguntes que yo no sé, con cara de no me castigues que yo no he

sido, con cara de a mí en casa me quieren poco, les producía ternura y los profesores la acogían en sus brazos. Y cuando se quedó coja y en el patio de la escuela la hacían correr para reírse de ella, siempre un profesor andaba cerca para cantarles las cuarenta a los niños que se burlaban. Pero yo, que sabía que hablando se entiende la gente, pero que a los que no son gente ni son nada es mejor tratarles como a las vacas, dándoles con un palo en el culo para que se muevan por el camino adecuado, me plantaba delante de ellos cuando los profesores no miraban y les decía que yo era gato con guante, que no mata pero sí amenaza, y los chavales se reían, y yo entonces les ponía a caer de un burro y les llamaba de todo, señor. Una vez le dije a uno que su madre debía ser una gallina de ponedero y que lo único que había podido dar es un huevo como él, listo para freírlo en una sartén, y el niño, que al parecer no tenía madre, lloró un río entero, ¡qué digo!, lloró los siete mares, y el director de la escuela, que era más malo que la quina, me dijo que las cosas que se piensan no siempre tienen que pasar por la boca, y yo, que no sentía culpa por el niño sino pesar por Catalina y sus ojos llorosos, le dije con chulería que cuando el diablo no tiene nada que hacer mata moscas con el rabo, que es una frase que decía mucho mi padre para hablar de los Dolores, y fíjese qué curiosa es la vida, señor, que al final él fue mosca del diablo. El caso es que cuando le dije eso al director, este me dijo que si yo era la de la hermana retrasada que no podía moverse. Y añadió: «Menuda suerte han tenido los zopencos de tus padres con la retrasada y la maleducada». Y yo, que pocas veces me quedo callada, sé cuándo es el momento de callar, porque si contestaba a ese imbécil, inútil, cantamañanas, mi madre tendría que soportar el San Benito de «la madre de la tonta y de la maleducada» y ya bastante teníamos con dar pena a los viejos del pueblo con una hija como mi hermana.

Desde aquel día, en el colegio me conocían como «la maleducada», y que si maleducada por aquí y maleducada por allá. Yo jamás dije nada al respecto y un día en el autobús de vuelta, sentada al lado de Javier, le pregunté que, si la mala educación se hereda, cuando fuéramos padres nuestros críos iban a ser

maleducados de nacimiento, como los corzos heredan las manchas en su piel. Y él me miró con cara de decir «no tendremos hijos juntos», pero no le di importancia a esa mirada porque estaba demasiado asustada por creerme verdaderamente maleducada. Y desde entonces esa palabra me resuena dentro, pero yo, señor, que a carácter no me gana nadie, reniego de ese adjetivo como el aceite del agua. Y verla en la fachada de mi casa, de esa casa compartida con la mujer que me ha educado y con la hermana a la que no se ha podido educar, hizo que el ardor de mi estómago comenzara a darme unos pinchazos tales, que veía las estrellas.

«¿Quién ha hecho esto?», pregunté, y Marco no tardó en contestarme que quiénes iban a ser, que habían sido los forasteros. Cuando la mujer rubia me dijo que había sido yo la de la pintada de *malqueridos,* señor, debí haber contestado que no, que no, que no, que yo de eso no sabía, y debí haber puesto la cara de Catalina de pequeña, su cara de «yo eso no lo he hecho». Pero salí huyendo como las palomas. Y ahora, en mi casa, un *maleducada* adornaba la fachada. Traté de frotar para borrarlo, pero en seguida vi que aquello no se iría ni con el agua de la lluvia. Marco me dijo: «Ya sé, ya sé lo que hay que hacer». Y me fui detrás de Marco, que andaba deprisa por la tierra nevada. Casi al trote llegamos donde debe de estar ahora su perro, señor, donde las liebres muertas, y las encontramos apiladas con manchas de sangre y casi congeladas. Tenían la mismita cara de mi padre muerto, y Marco, que escrúpulos no le quedaban, comenzó a cargar en su hombro al menos unas diez liebres frías como el hielo. Sin pensármelo dos veces, yo iba recogiendo las liebres que se le caían del hombro y, como si fuera una escena de película de terror, fuimos hasta la puerta de la casa de Jimena.

«Estos no van a salir hasta que pasen las nieves y ya verás qué olor tendrán cuando les dé el sol a las liebres», dijo. Y allí, en el felpudo de los nuevos, dejó Marco los animales muertos. A mí, señor, no le voy a mentir, un poco de risa me entró. Pero me la guardé para mí, porque eso sí que sería mala educación. Y Marco, que había encendido un cigarrillo, lo apagó en la piedra blanca justo al lado del picaporte. «A ver si ahora se atreven», dijo. Mis

mejillas estaban heladas, pero mis ojos, esta vez no estaban de campo, señor, esta vez contenían un poco de expectación, porque era como si los animales que yo veía trotar cuando miraba el pelo rubio de la nueva ahora estuvieran muertos en el felpudo, preparados para dejar el hedor insoportable de la muerte. Aunque, señor, yo la muerte tampoco la huelo.

Antes de volver a meterme en casa para quedarme otros tres días encerrada cantando nombres de árboles con mi madre, fumamos un poco de hierba aquí, señor, donde estamos nosotros ahora, que ya le dije a usted que yo me siento aquí a contemplar porque siempre da la sombra. Y le hablaba a Marco de la buena educación que me habían dado mi madre, mi padre, el campo, este pueblo de viejos, y le decía que lo que habíamos hecho de pintarles la piedra blanca con *malqueridos* no era mala educación, sino una advertencia, y que la gente bien educada advierte, advierte y señala, porque las cosas deben llamarse por su nombre, y si algo nos había enseñado la vida en este terreno ínfimo del planeta era que la gente se va porque se la deja de querer. Entonces le dije a Marco: «Al fin del mundo, ¿quién querría venir, dime, quién querría venir? Que en este pueblo nos torean, que aquí viene la gente a aprovecharse de nosotros, Marco». Y Marco me contestaba que sí, que sí, que sí, hasta que se quedó callado y de su boca salía frío, frío que se convertía casi en hielo y así de frío fue lo que me dijo: «Ya no puedes irte de este pueblo». Se había quedado con la frase que dije en el bar sin darme cuenta cuando imaginaba conversaciones con Javier. Le rebotaba en la cabeza aquello de «estoy pensando que me quiero ir», y se había pasado las noches pensando que adónde iba a irme yo si aquí me querían, si aquí nadie había dejado de quererme.

Nos miramos a los ojos, porque eso lo hago mucho, lo de mirar a los ojos, me refiero, señor, pero en Marco no es habitual. Lo que pasa, señor, es que yo a Marco siempre le he gustado. Entonces le pregunté: «Marco, tú cuando me miras ¿qué ves?». Y Marco, que cuando piensa se cruje los nudillos, me dijo, apretándose las manos, que él, cuando me miraba, veía a una chica de pelo revuelto, y yo le dije que no, que no, que no, que cuando

pensaba en mí, qué era lo que se le venía a la cabeza, y él me contestó: «No sé, Lea, pienso en ti y pienso en que podría cargar animales muertos en mi hombro toda mi vida si tú me lo pidieras». Y yo me quedé callada.

El amor es diferente siempre, aunque siempre se presente igual, señor, ¿no lo cree usted? Para Catalina es una manada de animales trotando en la misma dirección, para mí son palabras que no consigo que salgan de la boca de Javier, y para Marco es su hombro con liebres muertas. Qué curioso. Pero le dije entonces que no me valía. Que lo que yo buscaba no lo encontraba. Y él me repitió que de aquí no me iría nunca, que de lo que yo sé no vale de nada en otro sitio. Y es extraño, señor, porque yo no solía dar importancia a las palabras de Marco, pero ese *maleducada* en la fachada de mi casa, que tardaría mucho en quitarse, me había dejado el cuerpo muy pequeño. Me miraba las manos y las veía pequeñas, miraba el bosque y me sentía tan pequeña como una hoja caída en el suelo, así de pequeña era yo.

Así que no pude, no encontré, no saqué la fuerza para decirle a Marco que yo no sé de otras cosas, pero lo que sé sí vale en otro sitio y sirve hasta en la China, pero me quedé callada, sintiendo el mareo de la hierba que me había fumado y dejando que mis pensamientos vagasen por lugares oscuros, por los bosques malvados de mi cabeza, donde me encontraba cuando me vi dándole una importancia extraña a las palabras de Marco y a su frase «Tú de aquí no te irás nunca». Pero me recobré y, poniendo los pies en dirección a la puerta de mi casa, le dije: «Tú sí que no sabes nada». Y él me contestó: «Sé que tienes una hermana que es tan inútil como un lechón, un padre muerto y una madre de luto».

Y la hoja tirada en el bosque que era yo, que era mi cuerpo pequeño, entró en cólera con la verdad violenta de las palabras de Marco. Porque, señor, las cosas hay que decirlas claras, pero sobre mi familia solo hablo claro yo, y si no, muerdo como un animal. Bueno, pues no sabe usted cómo me puse. Me fui hacia él, que seguía sentado aquí, y le agarré del pelo, de ese pelo que tiene Marco que le llega al principio de los hombros, y le dije: «Te odio, te odio, te odio». Le llamé burro, cantamañanas, holgazán,

embustero, sinvergüenza, le dije que eso de *maleducada* debería estar pintado en su fachada, en su habitación, que debería tener cojines en su cama con la palabra *maleducado*, que de sus balcones deberían colgar banderolas que pusieran: «Aquí vive un gilipollas maleducado», y le levanté agarrándole del pelo, hasta que mis brazos ya no daban para más y su estatura se me hacía tan alta como la punta de un ciprés, y le empujé, le empujé hasta la primera línea de árboles del bosque, gritando «déjame en paz». Y Marco, conteniendo la violencia, porque a mí jamás me haría nada, me gritó lo que yo había dicho unos minutos antes, que la buena educación advierte, señala, y mientras yo corría hasta mi casa acabó por decirme: «Lo que a ti te pasa es que lloras poco, maleducada».

Mi madre, que estaba agitada, me dijo que si yo no sabía eso de «quien en líos se mete guantadas recibe». Y pellizcándome el brazo, que en este pueblo lo de pellizcar el brazo a los niños malos se hace mucho, me dijo que qué diría mi padre, qué diría tu padre si viese las piedras de su casa con una pintada llamándonos maleducados. Me salió del alma gruñirle a mi hermana, que olía a pis y estaba allí postrada como siempre: «¡Cierra la boca, tonta, que ya ni las moscas te rondan!». El bofetón de mi madre me puso los mofletes como dos ciruelas rojas de temporada.

No me mire usted así, señor, no me mire. Me subí a mi habitación y le escribí un mensaje a Javier, un mensaje que le llegaría a su teléfono móvil cuando pasara la nevada y recuperásemos la cobertura, señor. «Que se acabe el mundo, Javier», le puse.

En los tres días que vinieron, encerrada en casa, dudé, señor, dudé y pensé en la función que tenemos las personas, en el compromiso que tenemos con nuestro entorno. Y tuve tiempo de imaginarme cómo sería mi vida si no estuviese aquí. Cómo sería la vida de mi madre si yo me fuese. Y la de mi hermana. Llegué a la conclusión de que el mundo acabaría por rematarse para ellas si yo me fuese. ¿Qué haría mi madre con una hija como mi hermana, ella sola, cuidando de sesenta kilos de peso muerto, en esta casa que, como a Jimena la suya, empezaría a quedársele grande?

Entonces una mañana bajé al salón y le pregunté a mi madre que qué era eso que había hecho mi abuela y no tenía perdón. Porque quería entender, señor. Y ella me dijo que Jimena era una mujer mala, que de pequeña la humillaba por tonterías y que cuando se murió mi abuelo dejó de hablar y no habló ni cuando mi madre parió a mi hermana enferma. Dice mi madre que eso no se lo puede perdonar y yo le dije: «Habla en pasado, mamá, que Jimena ya no está». Y es que mi madre, aunque diga que odia a mi abuela, no se acostumbra a hablar de ella en pasado y mire usted que hace ya años que murió, la mujer.

«No me ayudó ni a soportar mis lágrimas de madre primeriza con una niña como Nora, ni vino a verme a casa, que tuve que ir yo y cuando vio a la criatura... no sabes, mi Lea Pequeña, no sabes tú la cara de desprecio, de asco, que me puso Jimena. Esos ojos no se le ponen a la familia, Lea. Tu padre, cuando le conté el gesto que tuvo con Nora, quiso ir a su casa y decirle cuatro cosas, llamarla amargada. Pero yo le frené los pies y tu padre le dejó en el felpudo un conejo muerto, para hacerle ver que con nosotros ya ni pío.»

Ahí me di cuenta de que, si me iba, señor, yo a este pueblo no podía volver, porque mi madre no me lo perdonaría. No me lo perdonaría. Haría conmigo lo que hizo con su madre, olvidaría que una vez me parió y que una vez me quiso. «Mamá, tú no me dejes de querer, porfa», le dije, y ella se echó a reír como antes de que se despeñara mi padre. Y las carcajadas cerraron un poco, por fin, la boca de Nora.

¿Usted conoce una canción que dice *que pierda el ancho mar su inmensidad, pero el negro de tus ojos que no muera y el canela de tu piel se quede igual*? Y el señor, que esboza una sonrisa, tararea la canción. «Mírese, señor, ya usted tampoco tiene tanta cara de hombre triste.» Y el señor me coge el cigarrillo con hierba y se lo lleva a los labios. Yo me río mirando el bosque.

Pues esa canción, señor, esa canción es la que puso mi madre después de nuestra conversación, porque ella pasaba su luto, su echar de menos, cantando ese tipo de canciones, que son las que ponen aquí en las fiestas de agosto, boleros que hablan de amores

que perduran en el tiempo, de sentimientos que no se extinguen, como la gente de este pueblo, que fallece pero vaga en el recuerdo de cuatro calles y una iglesia.

En el fondo, la vida que me espera en este lugar, señor, la parte buena de un lugar chiquito como este, es un romanticismo que no creo que encuentre allí a donde pretendo irme. Y, en realidad, entiendo a los forasteros, entiendo que alguien acostumbrado a los finales continuos, porque yo cuando me imagino ciudades grandes, inmensas, ciudades llenas de luces y de gentes y de posibilidades, me imagino un no parar de finales, amores que duran poco, olvidos que son veloces, sensaciones que en seguida se sustituyen por otras, eso es lo que pasa cuando vives en la ciudad, entonces entiendo que alguien venga a probar la longevidad de las cosas a un pueblo como este. Porque, señor, yo no sé de dónde viene usted, pero aquí, igual que el odio perdura, los demás sentimientos se hacen tan grandes que son inabarcables, y aquí, señor, a pesar del tedio, el paso del tiempo nos hace magnificar todo lo que nos roza la piel. Por eso Catalina se enamora de aquel que le mira y le sonríe, por eso Marco pierde los estribos cuando alguien le increpa con una tontería, por eso el silencio de Javier ante la vida adquiere una eternidad que asusta.

En esos tres días de nieve que siguieron, señor, con el *maleducada* en la piedra y las palabras de Marco, pensé que igual yo no sería capaz de sobrevivir en otro lugar, como si a un oso polar le plantas en este bosque al que miramos. Además, señor, está mi hermana, mi Nora. ¿Qué le depararía a ella, a sus músculos, a su boca descolgada, si yo me fuese? Pensé mucho, señor, en la responsabilidad que tenemos con el entorno en que vivimos, y pensé que irme y dejar a las mujeres de mi vida solas y encerradas sería de mala educación.

Soldado de una guerra

Pasadas las nieves, el hielo no tardó en irse, porque el calor propio de junio llegó y la locura de las estaciones nos dio un poco de tregua. Al sexto día, el sol empezó a picar de nuevo y cuando me levanté por la mañana, miré por la ventana y pensé en las liebres muertas a orillas de la entrada de la casa de Jimena. Esperé paciente el aleteo de las palomas que echan a volar asustadas, porque eso, señor, significa que alguien, en algún sitio, ha pegado un grito. Y yo esperaba el grito de los nuevos al encontrarse con aquello en su felpudo. Pero esperé y esperé y pronto dieron las once y allí nadie gritaba. Mi madre se había ido temprano a abrir el ultramarinos, porque al cabo de tantos días sin subir la persiana temía que los productos se hubieran puesto malos, pero mi madre, que ya está cansada de mi hermana, se había olvidado de despertar a Nora y a las once, en vez de gritos, lo que escuché fue el crujir de los huesos de Nora, porque, verá, señor, a mi hermana, cuando pasa muchas horas en la misma postura, sus huesos se le quejan. Fui a su habitación y ahí estaba postrada, con ese pijama de niña grande, de recién nacida de veintidós años. Y pensé en la frase «A ti lo que te pasa es que lloras poco» y en la frase «Sé que tienes una hermana tan inútil como un lechón», y yo de lechones sé poco, yo supongo que sé de otras cosas, pero esas frases me devolvieron el ardor de estómago porque mis ojos estaban acostumbrados ya a ver al ser humano que era mi hermana, tan inútil y vacío como los jarrones que no se llenan de flores. Y rellenando el cuerpo atrofiado de Nora con las frases de Marco, miré a mi hermana diferente y empecé a recordar, señor, empecé a recordar que mi padre no podía soportar la pena que dábamos en este pueblo, llevando a rastras por los caminos la silla de mi hermana. No podía, él prefería pasearla de noche a soportar los comentarios de

los vecinos. Se le revolvía el estómago con las caras de compasión, como cuando Antón le decía: «Venid más a mi iglesia que aquí se reza por Nora». Cuando el cura le decía eso a mi padre, él rechistaba después en la cena. «¡Qué tendrá que decir ese soplagaitas, si más pena da él encomendándose a un Dios que ni existe!», decía mi padre. Y así, poco a poco, la vida de Nora dejó de interesarles a mi padre y a mi madre. Todo su mundo se redujo a una promesa que no se cumplía nunca. «Nora, esta tarde te hago trenzas», o «Nora, esta tarde te saco al terrenillo con los conejos», o «Nora, mañana vienes al ultramarinos con nosotras», o «Nora, cuando vuelva te limpio la tierra para que te la lleves a la boca», o «Nora, esta noche duermo contigo», o «Nora, te abrazaré, pero más tarde». Y el mundo para mi hermana era un mañana que no llegaba nunca, un «esta tarde», un «mañana por la mañana», un «dentro de un rato», un «luego». Quizá eso sea realmente el fin del mundo, señor, esperar algo que nunca llega, me refiero.

Y Nora estaba postrada en la cama porque a mi madre se le había olvidado levantarla y prepararle el desayuno, y yo hasta las once no me percaté de que no estaba sola en casa. ¡Ay, Norita, que de tan silenciosa que eres tienes más de planta que de animal! Y rodeé su torso con mis brazos y sobre mi pecho sentí el suyo y sobre mi hombro sentí su cara y sobre mi cara sentí sus ojos, clavados como alfileres. «Norita, qué bonita te despiertas los días de sol», porque yo a mi hermana le digo lo guapa que está. Y la desnudé para ponerle ropa limpia y vi un cuerpo más desarrollado que el mío. Unas tetas que de no haber estado erguida en años casi se fundían con el pubis, unos hombros que de tan echados para delante casi se rozaban, y unas pecas, señor, porque mi hermana es muy pecosa, que de tan poco que se han mostrado han perdido el sentido que tenían en la piel. Es raro, señor, miro a mi hermana mayor y veo un cuerpo que si me detengo mucho rato me da un poco de miedo. Pero es porque no me permito sentir pena. Entonces aparece el miedo.

Nora llevó gafas durante un tiempo. De las que te redondean la cara. Mi madre fue a comprárselas a la ciudad con mar. Yo fui con ella, señor, y esa fue de las primeras veces que vi el mar, ese

mar que nos pertenecía porque no estábamos tan lejos, y del que en agosto, a veces septiembre incluso, si te quedas muy quieta se te pega el salitre en la cara. Después, la desidia hizo que no encontrásemos el tiempo para ir a comprarle unas gafas nuevas a Nora y ahora mi hermana tiene los ojos desnudos y mi madre dice que ver, lo ve todo, pero yo aseguro que ver, no ve mucho. ¿Cómo será la vida para mi hermana, sin entenderla, sin saber muy bien qué hacer, siendo una recién nacida eternamente?

Una vez, señor, cuando llegó un niño nuevo al colegio, que eso ha pasado pocas veces, contadas, porque en el Pueblo Grande tampoco hay mucha gente nueva, fingí que era hija única, que yo no tenía hermanos ni hermanas, dije, y Catalina, que estaba a mi lado, me miró y dijo entre dientes: «Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo». Y yo la miré y le dije: «Coja, miente conmigo, que si no, cuento que te meas en la cama». Y como el niño nuevo se creyó que yo hermanos no tenía, la verdad, señor, es que pensé que tener una hermana como la mía igual no contaba como hermana. Pero ese mismo día volví a casa y vi a Nora en el sofá, sonriendo cuando entré por la puerta con las flores que me había dejado Jimena en la parada del autobús y yo le dije: «Mira, Nora, son para ti». Y ella hizo ruidos de júbilo, porque mi hermana, de más pequeña, hacía también otros ruidos. Y sentí, señor, que me quería. A mí me gusta cuidar a mi hermana, me gusta atenderla porque, cuando yo nací, ella ya estaba, me sacaba ventaja en la vida y, aunque ella tendría que haberme explicado la vida a mí, porque eso es lo que hacen los hermanos mayores, yo asumí que debía explicarle la vida a ella. Aunque, bien mirado, ¿qué vida le voy a explicar yo a Nora, llegados a este punto, si a mí la vida se me enreda y estoy aquí sin querer estar aquí? ¿Qué le voy a explicar yo si ella no sabe, si ella de vivir no sabe? «Mamá, ¿Nora nos quiere?», le pregunté una vez a mi madre. «A su manera, Lea, a su manera», me contestó ella.

Nora no iba a llegar a los quince y el año que los cumplió vivimos un fin del mundo en mi casa. Mi padre trabajó menos ese año porque quería estar con Nora y mi madre se la llevaba al ultramarinos porque no quería, no quería, no quería perderse ni un

minuto de ese año de la vida de mi hermana. Los vecinos sacaron del armario sus ropas de entierro y las tenían cerca de la cama porque en cualquier momento podían repicar las campanas para anunciar la muerte de Nora. Incluso Antón tenía preparado un sermón especial y el alcalde tenía reservado un día de luto. Pero mi hermana no mostraba signos de que fuese a dejar el mundo ese año y el día de su cumpleaños yo leí en el rostro de mis padres un poco de fastidio. «¿Qué es lo que os pasa que no sacáis la carraca para festejar el día de Nora?», pregunté yo, porque en los cumpleaños de Nora siempre metemos armamos mucho jaleo, lo único a lo que reacciona. Y no supieron contestarme, pero yo, que soy muy lista, intuí que en el fondo habrían preferido que su vida se hubiera acabado. No porque no la quieran, no me mire usted así, sino por el cansancio de esperar algo que no llega, señor, eso es así. Y los siguientes años de vida de Nora mis padres fueron curvando sus espaldas a medida que el doctor les decía que no sabía, que no sabía si, llegada a esa edad, Nora podría aguantar lo que la vida tuviese planeado para ella. «Eso sí, añadió, irá quedándose más y más postrada, más y más inmóvil.» Yo, cuando Nora cumplió los quince, le dije: «Nora, tú solita aguantas aquí con nosotros».

Verá, señor, yo estaba mirando el cuerpo extraño de mi hermana, y pensé que Nora, en realidad, es un recipiente. La falta de aire la convirtió en cerámica, señor. Me refiero a que es un recipiente de todo en la vida. Porque nosotros, usted, yo, mi madre, Javier, quien sea de este pueblo, digerimos las emociones y hacemos algo con ellas. Pero Nora solo las sostiene, y no le calan, no traspasan, no llegan a ningún lugar, como los topos despistados. ¿Usted sabía que los topos cuando se despistan no consiguen ubicarse ni por el olor de la comida? Y cavan y cavan y cavan sin saber exactamente hacia dónde lo están haciendo. Pues así me imagino yo la existencia de Nora, señor. Me imagino un animalito ciego escarbando en la tierra sin saber si el norte está arriba o abajo.

Mire, señor, cuando yo cumplí los quince el mundo no se acabó para mí, el mundo tomó una forma diferente. Le volví a decir a Javier que me gustaba, que me gustaba, que me gustaba, y

se lo dije con la entonación que pongo a veces, cuando quiero hacer de una verdad más verdad, cuando afirmo algo que considero que es eterno, porque, señor, igual usted no se acuerda, pero a los quince la vida no tiene fin y las emociones se presentan como chicles infinitos que ni mascando con fuerza se les va el sabor. Pues yo le repetí que me gustaba, con tal seriedad, que Javier me besó en la boca y en mis labios se quedó su saliva durante días. Y yo, con los ojos iluminados, le puse su mano en mi pecho, señor, en mi teta, que mi teta se mantiene erguida a diferencia de la de Nora, y Javier me besó con más fuerza, y Esteban, que nos vio juntar las bocas desde la plaza, nos gritó: «¡Todo amante es soldado de una guerra!». Y después nos fuimos a la casa abandonada, que era la de Jimena, ya le he dicho yo a usted que esa casa era el hotel de los amantes. Javier, que es un madroño y yo, que más que planta soy otra cosa, nos echamos sobre la cama de casa de Jimena y sobre ese colchón Javier se fue convirtiendo en un sauce de tronco ancho, pero un sauce de copa llorosa, de esas que por poco tocan el suelo, y así de delicado jugó con mi cuerpo y yo, que de animal tengo mucho, trepé sobre ese árbol que era Javier como si fuera una ardilla de las que hay en los lugares secos. Y, pensándolo ahora, para el poco amor que tenía Javier preparado para darme, me sentí la quinceañera más deseada de toda España. De toda España, señor. Hasta de parte de Francia, fíjese usted lo que le digo.

El señor me mira y yo no identifico su mirada. No me mire usted así, señor, no me mire. Y el señor, que tiene el borde de las orejas rojas, deja de mirarme rápidamente.

Lo que le quiero yo decir, señor, es que, para lo poco que Javier quiere conmigo, aquella tarde en aquel colchón hicimos el amor por primera vez, y luego él tiró para su casa, que todavía su madre no había desaparecido en el bosque, y yo tiré para la mía. Cuando entré por la puerta, vi a mis padres dormidos en el sofá y a Nora con la baba que le caía de la boca, porque mi hermana es un no parar de infecciones en la boca. Mientras le curaba las encías que sangraban, haciendo fuerza para separarle la dentadura, le conté cómo había sido esa tarde en la casa de Jimena. Y acabé por

decirle que el mundo había cambiado de color para mí, que si antes era un lugar de colores apagados ahora tenía un tono brillante, brillante, brillante. Y recuerdo que la mañana de junio en que esperaba un grito y observaba el cuerpo atrofiado de mi hermana, me dio por pensar que ella, el amor, de esa manera, no lo probaría nunca. El placer, señor, ¿sabe usted a lo que me refiero? Ella no lo probará y la vida sin placer se convierte en la ladera de una montaña muy empinada.

«Nora, ¿tú me quieres?», le pregunté por preguntar. Y mi hermana temblaba un poco porque tenía frío. «No tiembles Nora, que ya voy a vestirte.» Y al ver a mi hermana así, tan indefensa, tan olvidada, quietita en la cama, me di cuenta, señor, de que si mi vida fuera otra, yo me iría lejos, lejos, lejos, pero, señor, yo, en realidad, no sé de otras cosas. Yo sé colocar tomates, ciruelas. Sé dónde poner los plátanos en la tienda para que no se oscurezcan tan rápido y sé cómo poner el pollo para que luzca más y asuste menos. Sé también arar la tierra y ordeñar, y podría pastorear, y si me lo propongo, también podría repicar las campanas de Antón, y, por supuesto, trabajar en el bar con Javier, que eso ya lo he hecho más veces. Yo sé de cambiar pañales a una mujer de veintidós años, sé cómo limpiarle el culo a Nora para que no se le irriten las nalgas y sé darle masajes para que las piernas no se le entumezcan. También sé darle de comer y curarle las infecciones y darle la medicina cuando se le infectan los bronquios, y cómo hacer que se quede tranquila cuando tengo que ponerle inyecciones, porque a Nora, señor, se le pincha porque, a veces, de estar tanto tiempo quieta, la sangre no corre, no corre, no corre.

Yo sé de esas cosas y mi sitio está aquí. Me asusta mucho la idea de que mi madre se muera y Nora permanezca, pero en aquel momento, con mi hermana tan silenciosa en la cama, entendí que mi madre me parió para quedarme solita con Nora. Igual es que la soledad se hereda y de la herencia no se puede huir, y si Jimena se quedó sola, tal vez nosotras deberemos estarlo también. Por herencia, señor, por genética o por algo así, que yo de eso no sé. Otras veces me da por pensar que adónde voy a ir, si aquí no han dejado de quererme. A lo mejor, Javier aprende a quererme o a

querer estar conmigo, no por costumbre, sino por amor. Amor, señor, amor es todo lo que busco y lo tengo aquí de verdad lo tengo. Así que convencida le dije a Nora que, aprovechando que el grito de los nuevos no había sonado, me acercaría a enterrar el hacha de guerra y quitar corriendo las liebres muertas. «El *maleducada*, pues no sé, Nora, se acabará borrando o, mejor, que no se borre, se quede, que los errores que cometemos en la vida está bien que perduren para recordarlos, para que no caigamos de nuevo. Pero, Nora, ¿quién te va a cuidar a ti?»

El señor me mira con un poco de desconcierto y yo le doy una calada más a mi cigarrillo con hierba. «Señor, ¿se le ha templado ya el cuerpo?», le digo, y él asiente. Yo le cuento todo esto para que luego tenga de qué hablar, que a veces, nos quedamos sin cosas que contar. Y yo tengo que soltar todo esto porque luego se enquista, que esto más que pena es dolor, y los dolores ¿de qué sirven si no es para contarlos? El hombre me mira y creo que tiene dulce la mirada, pero apenas me fijo. Su perro tarda, pero no se agobie usted, le digo, que su perro seguro que tonto no es y sabe que las liebres de por aquí son capricho de un solo día. Luego, los dos miramos el bosque.

Yo a Nora la cargo a la espalda, pongo sus brazos alrededor de mi cuello y la bajo arrastrándola con cuidado por las escaleras, con cuidado, señor, para que no se haga daño. Ese día la bajé al salón y le di una pieza de fruta. Allí la dejé pegada a la televisión, con el canal ese en el que siempre ponen vídeos de canciones, justo cuando estaba sonando la canción que dice *quién maneja mi barca, quién,* y me pareció perfecta porque hay un momento que dice *por mucho que tú me pidas yo te lo doy, yo te lo doy*. La perra de la vecina, de nuevo, había venido a casa a rondarnos. «Perra, le dije, tú aquí quieta con Nora, y con lo que sea, ladra.» Le dije lo mismo que cuando murió mi padre, igual. Abrí la puerta y ahí estaban, en el felpudo de mi casa, seis patatas y ocho zanahorias, con tierra todavía. Eran de Marco, señor, ya sabe usted que cuando Marco se pasa de la raya me deja en el felpudo sus mejores disculpas.

Y no sé, señor, no sé cómo explicarle todo lo que pasó después. Cuando llegué a la plaza, vi a Antón, el cura, salir de la

iglesia con los brazos abiertos, sonriente. Me acerqué y le dije: «¿Qué pasa, Antón, qué pasa?», y él, mirando al cielo, me dijo: «Lea Pequeña, qué alegría más tonta siento». Y detrás de Antón vi que salía Catalina y, detrás de ella, su padre, el alcohólico, el que la sacaba poco de la cuna, agarradito del brazo de Juana. Mis ojos no entendían y Antón seguía con qué alegría más tonta, qué alegría más tonta, tantos años sin casar y por fin una unión en este pueblo. Y yo, atónita, me acerqué a Catalina y Catalina, que lucía un vestido rojo por encima de las rodillas, me dijo apesadumbrada: «Yo no sé, Lea, yo no sé de estas cosas». Y en seguida se acercó Juana y me dijo que tenía razón que tenía razón que tenía razón, que Dios aprieta, pero no ahoga. Y yo sin entender nada, señor. Catalina me contó luego que el primer día de encierro, cuando cayeron las nieves, su padre se quedó sin bebida y, desesperado, salió a mendigar por las casas un trago de lo que fuera, y todos que no, que no, que no, porque nadie se fía del padre de Catalina, señor, que a veces le da por quemar cosas y una vez casi quema a Marga, la de la farmacia del Pueblo Grande, queriendo quemar un matorral. Así que fue de casa en casa hasta que llamó a la puerta de Juana y él, desde fuera: «¡Juanita!, ¡Juanita!». Porque pensó que llamándola así le abriría la puerta, ya que parece ser que así la llamaba su hermano, y entonces sus ojos se achinaron de ternura y le dejó pasar. Resulta que le dio cerveza y vino y se pusieron a hablar y parece ser que a ambos les encantaba la canción de *ahora y en silencio amor quiero llorar mi llanto,* y que si mi pena es muy grande y que si es que la mía llora todavía y que si yo recuerdo a tu mujer y que si yo recuerdo a tu hermano y que si mira tengo vino y que si me encanta el vino y que si por qué no bailamos, Antonio, por qué no bailamos, y entonces Juana puso la de *tenía una gata de nombre luna* y bailaron lento, y ella reconoció el amor en él, ese que nunca había sentido, ese que pensaba que nunca tendría en su vida, ese que pensaba que era para otros, y él reconoció en el regazo de Juana un amor olvidado, ese que pensaba que ya no se merecía, ese que pensaba que solo sentía por las botellas. Y lo que iba a ser una visita interesada, se convirtió en seis días de amor que parecieron al menos cien años. Porque él le

dijo: «Juanita, si se acaba el mundo yo quiero acabarlo contigo», y ella, entregadita, dijo que sí, que sí, que sí, que cuando pasen las nieves, nosotros nos casamos que no me quiero ir yo de este mundo sin haber probado el matrimonio. «No sé, Lea, yo no sé de estas cosas», me dijo Catalina y añadió que se había pasado seis días solita metida en casa, y yo pensé: «Mejor, Catalina, mejor», pero no se lo dije, y las lágrimas de Catalina cayeron a borbotones mientras se quejaba de que si su padre quería querer, por qué no la había elegido a ella para quererla. Las lamentaciones me ponen de mala leche, señor, me crispan, me dan ardor de estómago, así que le repliqué, con gesto cansado: «Cuándo te cansarás de ser un alma en pena, Catalina».

Antón repicó las campanas anunciando la unión y los vecinos, sorprendidos, salieron a las puertas de sus casas a aplaudir y gritar: «¡Viva! ¡Viva!». El padre de Catalina se secaba las lágrimas de alegría con un pañuelito bordado y todos arremolinados alrededor de la pareja se hacían preguntas, sacaban pan y bebían vino mientras seguían gritando: «¡Viva! ¡Viva!». Pero al poco rato, ya los vecinos se acercaban a Juana y le decían: «Cuidado con este, que tiene mal beber», y las vecinas le advertían a él: «Cuidado con tocarle a Juana ni un pelo de más». Mi madre trajo una cesta que había improvisado, una cesta pequeña con unas fresas de temporada y ciruelas, que aquí la tierra las da tiernitas, tiernitas. Entonces, yo me escabullí para acercarme a la casa de Jimena y quitar las liebres.

Cuando me dirigía allí, vi a Javier, que venía del cementerio, y caminaba lento, como siempre, con las manos en los bolsillos. Me vio de lejos y vino hacia mí. «¿Qué quiere el guapo del pueblo?», le grité. Y él bajó la mirada por timidez, señor, por timidez. «Que se acabe el mundo, Lea», me dijo cuando me alcanzó, y yo: «¿Qué dices, Javier?». «El mensaje, el que me escribiste, me dijo, que se acabe, que por mí que se acabe». Pero yo veía que tenía los ojos inquietos y estaba pálido. «¿Qué pasa, Javier?» Y yo ya le he dicho a usted, señor, que Javier primero enseña los dientes y después marca, así que me marcó en mis ojos tiernos. «¿Qué pasa, Javier, qué pasa?»

Javier se sentó en un banco, un banco desde donde, por el rabillo del ojo, podía ver el bulto de las liebres muertas en el felpudo de los nuevos, y cuando Javier empezó a hablar, yo estaba pendiente de que no salieran de la casa y las vieran. «Por favor, por favor, que no las vean, que no las vean», pensaba yo. «Lea, que yo creo que igual el mundo sí que se está acabando», me dijo Javier. Y yo «Pero qué dices, qué dices». Y él «Que sí, que sí, que sí, que, si una vez se me apareció una cabra que era mi padre, en estos seis días que he estado solo en mi casa pequeña ha aparecido mi madre». Y mi mirada, señor, se fue directa a la cara de Javier, con esa poca barba que él tiene, como con zonas en las que no crece ni un pelo. Como el campo, señor, ¿usted ha visto que hay zonas del campo que no tienen ni un árbol? Porque ese trocito de tierra no permite raíces, pues así son las mejillas del guapo de Javier. «Yo no sé qué es lo que pasa, Lea, pero te juro que mi madre, la que se fue y nunca llama, la que dicen que se metió en el bosque y que yo nunca he querido creerlo, ha pasado estos seis días conmigo en la casa. Y si antes no estaba seguro de que mi madre hubiese muerto, que yo creía que se había ido y que no quería volver, ahora sé que está muerta, porque, Lea, esta mañana, cuando he ido a coger el coche para salir pitando al bar, que de tantos días sin abrir ya no me dan las cuentas del mes, ha aparecido un potrillo recién parido agazapado en el felpudo. Y ese potrillo no te lo voy a dar, Lea, porque, aunque cabras no quería, a mi madre sí la quiero. Y ahí lo tengo, atadito con la cuerda con que se atan las gavillas de trigo, porque no tenía otra cuerda más gruesa. Muchas veces, en la oscuridad de la casa, en las esquinas, me parecía ver la silueta de mi madre, con la misma ropa con la que se fue, con los mismos zapatos. Le hablaba porque igual así no se iba nunca, pero esta mañana se ha ido y ha aparecido el animalico.» «¿Qué le decías, Javier, qué le decías?», le pregunté, porque, señor, yo estaba alucinada, pensaba que algo de locura tenía, que el encierro le había trastornado. «Javier, que igual todo eso era el estrés de no poder abrir el bar» «Lea, que no, que no, que no, que el mundo se acaba y yo creo que mi madre ha venido a decírmelo» «Pero, ¿qué le decías, qué le decías?» «Pues que si había

venido para quedarse, que si estaba muerta, que si estaba viva, que si se fue para el bosque, que si era real o que si solamente era una desaparecida más que nos mira por las noches. Y ni una respuesta, Lea, ni un cambiar el gesto, ni una sonrisa, solo parpadeaba lento.»

¿Entiende usted lo que le decía, que en este pueblo los muertos no se van, que en este pueblo los muertos vagan? Se lo digo al señor y el señor piensa, piensa mientras observa lo altos que son los árboles del bosque.

«Cuando he visto al potrillo, Lea, me he acordado de que cuando mi madre desapareció, yo no quise escuchar lo que todos decían, porque yo no quería creer que ella sola se hubiera metido en el bosque, ¿quién querría perderse, morirse? Pues ella sí, al parecer mi madre sí quería. Y como yo decía que no, que no, que no, que mi madre no está muerta, no se le plantó estaca. Pero ahora que he entendido que el bosque se la tragó, vengo del nombrario, de ponerle una estaca, una estaca en la que he tallado la cabeza del potrillo. Si se acaba el mundo, pues que se acabe, que así mi madre descansa en paz y, en realidad, con este desajuste de mes, yo ya para qué quiero el bar, si todo llega a su fin. Menos mal que te he pillado aquí, Lea, tú siempre estás cuando busco.»

Tú siempre estás cuando busco, señor, era lo más bonito que me decía Javier en años, en toda la vida, si me apura. Y lo que había pensado mirando a mi hermana indefensa en la cama, se reafirmó. Amor es lo que busco, señor, y en realidad, aquí lo tengo, aquí lo tengo. «¿Cuando buscas qué, Javier?», pregunté. «Cuando busco, así, en general, cuando busco cualquier cosa, te encuentro.» Sonreí a Javier y sin querer salió de mi boca la frase «Tú cuando piensas en mí, ¿qué ves?». Y Javier «No sé, veo a la Lea Pequeña, la de siempre, la que siempre me llama guapo». «Anda, ven, vente conmigo, que este mundo más que muerto está loco», le dije. Y en el corto trayecto que nos separaba de donde estábamos hasta el felpudo de los nuevos, con los vecinos festejando esa boda extraña entre el padre de Catalina y Juana, tuve tiempo de recordar lo que dijo Esteban en mi quince cumpleaños. «Todo amante es soldado de una guerra.» Y, señor, igual era eso, igual el amor es insistir en una idea, como lo que le conté de Anita y Julio y los borregos que

los llevaron al bosque, igual el amor era persistir en una idea.

«Échame una mano con esto», le dije a Javier, y él, que preguntar pregunta poco, empezó a cargar las liebres en su hombro como había hecho Marco unos días antes. Estábamos repartiéndonos las liebres muertas en la espalda, cuando apareció Catalina y, abriendo bien los ojos, dijo: «¿Qué hacéis?». «Recoger esto, ¿no lo ves?», contesté. «Menudos sois», nos dijo. «Y tú, ¿qué haces?» «Vengo a recoger a Miguel.» Entonces entendí que el vestido rojo no era por el casamiento, sino por verse guapa para Miguel. «¿Y los pollos?», le pregunté. «Luego voy, que total, en seis días, ya verás, todos congeladitos.» «Pues más te vale que estén vivitos y coleando, que si no ya me dirás tú qué harás.» «Miguel me dará trabajo en la quesería.» Y Javier soltó una risa, pequeña, minúscula, y Catalina empezó que si no sé de qué os reís, que si nunca la tomamos en serio, que si le tenemos manía, que si lo que ella dice siempre nos lo tomamos a broma, y cosas así. En parte, señor, tenía razón, porque Catalina es una veleta y escucha campanas y no sabe dónde, y si eso que dicen de que el río si suena agua lleva, pues ya le digo yo a usted que ella oye ríos que no existen.

Mientras Javier apilaba otra vez las liebres, yo dije: «Catalina, que no, que lo que pasa es que va a ocurrir lo mismo que pasó con los Dolores, que poco a poco nos explotarán. ¿Es que no ves que estos de ciudad vienen aprendidos, vienen con aires de yo sé más que nadie y vosotros sois los paletos?». «Lea, que no, que no, que no, que estos no, que yo a Miguel le gusto y él me ha dicho que me enseña y yo prefiero saber de quesos que de pollos y que me paga más.» Y Javier dijo «Catalina, que está casado, que tiene un crío». «No lo entiendes, Javier, que tú no sabes, que han venido aquí porque ella tenía un amante, que le engañaba y que ella quiere poco a su hijo. Que ni lo toca ni lo viste. Que no le gusta, que no le quiere. Y que se han venido aquí para empezar de cero, pero que él no puede, no puede, no puede, que dice que algo se ha muerto entre ellos. Pero por su hijo, claro, por el crío, pues tiene que intentarlo.» «¿De dónde te has sacado todo eso, Catalina?», le dije yo con el ceño fruncido. «Él me lo ha contado, y lo de que ella no

quiere al niño, me lo han dicho Marga y Marcela, porque le han visto a la mujer cara de desprecio por la ventana. Porque a ellas, cuando pasan por su casa, se les van los ojos y, claro, como tienen las persianas subidas, miran, miran dentro a ver qué pasa, por curiosidad, y me han dicho que ni un beso le da al crío.» Javier suspiró de resignación y yo le iba a decir a Catalina que todo eso eran tonterías y que antes de hablar de los demás hay que hablar de uno mismo, cuando en ese momento la puerta de la casa de Jimena se abrió y apareció la mujer de pelo rubio. Señor, mi cuerpo se tensó y por mi mente de nuevo algún animal trotando, pero esta vez identifiqué un poco más la emoción y vi susto, intriga, hasta un poco de admiración. Sí, señor, no me mire así, no me mire, así lo sentía.

«El agua todo lo lava menos la mala fama», dijo Catalina entre dientes, pero en voz alta, para que esa mujer lo oyera. Y yo le dije, sin dejar de mirar a la mujer: «Coja, calla, que no tienes ni idea». La mujer salió con el niño en brazos. «Mira, mira, mira cómo coge al crío, qué vergüenza.» «¡Que te calles, Catalina!» Y Javier sonrió a la mujer y le dijo: «Buenos días, que las nieves hayan sido leves», que es lo que solemos decir por aquí cuando nos ataca el mal tiempo. La mujer esbozó una sonrisa y yo, con ojos de campo, pero un poco, señor, no mucho, porque a veces de la rabia no se puede huir, me encaminé hacia ella y le dije «Tú me has pintado el *maleducada*». Y ella me miró con la cara muy seria, muy seria, señor. «Lea, ¿te llamas así, ¿no?» Y no moví ni un músculo. «La próxima vez que me vayas a dejar algo en la puerta, llama antes, que venir a la casa de alguien y no saludar eso sí que es de mala educación», dijo, y luego añadió: «¿Me permites?», indicándome que quería pasar justamente por donde estaba yo plantada. Podría haberme entrado culpa o rabia, porque ella había visto las liebres muertas allí apiladas, pero lo que me entró fue un ardor en el estómago, de nuevo, porque en el tono de esa mujer y en su gesto y en su manera de moverse, en todo lo suyo, señor, en todo lo suyo, vi que ella no había sido la del *maleducada*. No sé decirle, señor, qué fue lo que me hizo saber con certeza que ella no se había manchado las manos para pintar eso en mi pared.

Entonces Catalina, cuando la mujer rubia ya casi estaba a la altura de la iglesia, llamó al timbre y Miguel salió. Vi cómo la miraba y la verdad, señor, es que sí, es que a Miguel le gustaba Catalina. Eso se nota, señor, se nota cuando a un hombre mayor le gusta una chica de diecinueve, y no sé qué pensará usted, pero yo tengo que admitir que eso me revuelve todavía más el estómago. Vi cómo la miraba y supe que estaba pensando en quitarle las bragas, y, ni corta ni perezosa, me acerqué antes de que los dos se fueran juntos y le dije, imitando un poco la manera que había tenido su mujer de dirigirse a mí, esa forma de hablar respingona tan de ciudad, tan poco de pueblo pequeño como este, le dije «Miguel, ¿te llamas así, ¿no? Le vas a enseñar lo de los quesos, ¿verdad?». Y él asintió y creo que algo más me dijo, pero, si le soy sincera, señor, no me acuerdo. «Espero que cuando te canses de los quesos, no te pongas a criar cerdos, que a los cerdos aquí los matamos.» Y cuando él iba a preguntarme que a qué me refería, la perra de la vecina empezó a ladrar fuerte como yo le tenía enseñado. No me dio tiempo de decirle que a Catalina ni tocarla, ni ilusionarla, nada de hacerle daño. Cogí la mano de Javier y le dije «Vamos, que Nora se ha debido de cagar».

Y de la mano los dos pasamos por donde los vecinos seguían festejando la boda y allí estaba el padre de Catalina cantando *qué bonita que es mi niña qué bonita cuando duerme* y aflojé el paso y era Javier el que tiraba un poco de mí, como indicándome que había que ir rápido a mi casa, que la perra ladraba, pero yo me paré a escuchar al padre de Catalina, sorprendida de la rareza de todo aquello. Igual usted no lo entiende, señor, no sé, yo de lo que usted piensa no sé, pero era raro ver feliz al padre de Catalina. Y me volvió la frase de Esteban, los amantes son soldados de una guerra. Y eso es lo que había sido el padre de Catalina, soldado de una guerra con amante muerta, incapaz de cuidar siquiera de la niña de sus ojos porque no podía, no pudo, señor, no se sentía capaz. No crea usted que justifico el malquerer que había dado a su hija, todo lo contrario, le condeno por ello.

Cuando llegamos a mi casa, a mi hermana no le pasaba nada y yo le eché la bronca a la perra: «Sustos no, perra, sustos no, que

la última vez que ladraste mi padre estaba muerto». Luego le dije a Javier: «Mira qué guapa está mi hermana, ayúdame a montarla en su silla». Y entre los dos colocamos el cuerpo de Nora. «Cada día que la veo la noto peor, como una servilleta sucia que se queda tiesa con el tiempo», me dijo Javier. «Yo qué sé, le contesté, yo la veo como siempre.» Lo que no le dije, señor, es que sí, que su cuerpo cada día era más cartón que piel. Me llevé a Nora a casa de Javier y él empujaba su silla por las calles empedradas y de vez en cuando soltaba algún reproche como «pero con qué alimentáis a esta chica», o «hay que ver lo que pesa Nora», o «madre mía, yo no sé tu madre cómo puede con ella». La costumbre, Javier, que nosotras, de pasarnos la vida cargando con un carnero para arriba y para abajo, ya estamos acostumbradas. Íbamos a ver al potrillo que era su madre, esa madre que siempre le quiso, esa madre que eligió el bosque. Igual su madre también se sentía atrapada como yo en estas cuatro calles, una iglesia y un ultramarinos. Su madre, que ahora era potro, también fue soldado de una guerra con amante muerto, porque dos amores se le murieron, el padre de Javier y el que luego fue padre de Javier, que una vez muerto fue cabra, al que Javier no quería, no quería.

Tengo que decirle, señor, que cuando vi el potro atado con una cuerda fina, algo había en su manera de mirar que me recordaba a la mujer que fue la madre de Javier. Porque la madre de Javier no era como la mía, que tiene la tez morenita y los ojos cansados, su madre era más bien de ojos achinados y mirada apasionada. No estoy diciendo que mi madre no le encuentre pasión a la vida, no, me refiero a que mi madre tiene un pesar que la madre de Javier no tenía. Pero mi madre se apasiona con las cosas pequeñas y desprende la belleza de quien tiene sueños por cumplir todavía. No sé cuáles son, señor, porque mi madre de eso no habla conmigo. Pues ese potrillo tenía esa mirada achinada y apasionada, como diciendo «no le tengo miedo a nada.» Y es verdad que cuando miraba a su hijo desprendía querer. Yo ya le he dicho que la madre de Javier venía a ayudar a mi madre con Nora y como ella iba mucho a la ciudad con mar, señor, pues le comentó a mi madre que había encontrado un buen lugar para Nora. Se

refería a una residencia o algo así. Un lugar donde Nora estuviera acompañada de personas que no fueran su familia.

A mis padres nunca les gustó la idea, aunque recuerdo que una noche mis padres lo hablaron entre ellos: «Piénsalo, Lea Grande, solo te pido que lo pienses, que igual es un respiro, que igual ella es feliz allí». «No digas tonterías, que tu hija si tiene que ser feliz lo será con nosotros, además, ¿qué está insinuando esa mujer? ¿Qué no está bien cuidada mi hija?»

Yo creo, señor, que ahora, que el tiempo ha pasado, que Nora es más mujer que niña, mi madre tiene en los ojos el pesar de no haber aceptado la oferta de esa mujer que ahora es potrillo. Porque, de haberlo hecho, mi madre habría tenido más tiempo para cumplir esos sueños que todavía tiene en la mirada y sobre los cuales conmigo no dice ni mu y, sobre todo, creo que, de verdad, mi hermana habría sido feliz allí. El potrillo miró a Nora y yo quise escuchar que el animal me decía algo así como «esta chica está muerta en vida».

No quiero que usted piense, señor, que mi hermana es una carga, un lastre, que no, que no, que no, que mi Nora es una luz, pero es una luz tapada con un velo. Simplemente digo que, a mi familia, la desidia de no poder hacer nada por su felicidad nos ha ido estropeando el alma con los años. Solo eso, señor. Y el señor me mira y me sonríe. Y yo miro el bosque.

«Lea, ¿te puedo dar un beso?», me dijo Javier después de llevar un rato observando a su madre. «¿Aquí, delante de Nora?», le contesté, con nervios, señor, con nervios. «No creo que le importe», me dijo. Miré a mi hermana, que descolgaba de nuevo la mandíbula y nos miraba. «Vale.» Y Javier me besó en la boca, aquí, más en este labio que en este. Y de nuevo se quedó su saliva en mi boca durante días. Me puse roja como el sol de media tarde. Eso era, señor, el conformismo era eso, un beso de Javier con Nora muerta en vida, con su madre atadita con una cuerda fina y yo con un ardor de estómago al que asumí que debía acostumbrarme porque Marco tenía razón, yo de aquí no me puedo ir.

El hombre con más miedo del mundo

Javier me empezó a pedir besos con frecuencia y las siguientes tardes que pasamos en el bar, aunque él estuviera atendiendo a las mesas, desde el fondo yo notaba sus ojos clavados en mí, como si de pronto, con el potro todavía en su casa, se hubiera dado cuenta de que algo, por mí, sentía. Yo, señor, me dejaba besar por el guapo de Javier, porque a mí Javier me tenía el corazón agarrado desde pequeña, y por un tiempo aparqué la idea de irme. Me conformé con el cariño que empezaba a darme y proyecté una vida con él y con Nora, pensando que igual el aburrimiento se haría más llevadero con Javier tallando madera a mi lado. La verdad es que eso, más que cualquier otra cosa, sí que parecía una señal clara de que el mundo se precipitaba porque, si le soy sincera, yo a Javier nunca le he gustado, en realidad. Pero me dejé llevar, me conformé con esos besos que iban a más.

Parecíamos haber cambiado en aquellas tardes en el bar, porque Catalina ya lloraba menos por la muerte del mundo y ahora vestía faldas cortas y camisetas de su madre muerta, las que su padre siempre había escondido para que ella ni las oliese, pero ahora con su casamiento no pisaba la casa que siempre olió mal, porque la casa de Catalina tenía olor de abrir poco las ventanas. Ahora él vivía con Juana, que de tanto que rejuveneció se quitó el lastre de ser Juana, la hermana de Julito, y pasó a ser Juanita, sin más. Así que Catalina vivía sola en esa casa que olía mal y abría las ventanas todas las mañanas y el pueblo se inundaba con la canción que dice *me duele el corazón de quererte tanto,* porque Catalina es más cursi que la poesía que nos hacían leer en la escuela. Total, que ahora lucía las ropas de su madre y Marco bebía más de lo que le habíamos visto beber nunca y siempre, al acabar la tarde, se

enzarzaba en discusiones que llegaban a las manos con los imbéciles del Pueblo Grande. Al principio, señor, yo les separaba, hasta que una tarde, por querer arreglar un problema, me cayó un golpetazo en la cara que nunca se resolvió si había sido de Marco o del otro con el que peleaba. Al día siguiente, en mi felpudo, me dejó hierba para mí sola y casi veinte paquetes de chicles de los que a mí me gustan. Ahora nuestra imagen en la mesa del bar donde solíamos sentarnos era distinta por primera vez en varios meses, o en varios años. Aunque pronto, avanzado el mes de julio, los lloros de Catalina volvieron.

A Esteban, el que me mató a la perra, se le conocía en el pueblo como «el hombre con más miedo del mundo» y eso, señor, viene de que una vez estuvo casado y una vez tuvo un hijo. Un hijo que ahora sería un poco más joven que mis padres. Pero resulta, señor, que una mañana, Amparo, su mujer, se puso a arrancar unos hierbajos que le salieron por la fachada de la casa, porque Esteban decía que de tan oscuras que eran las enredaderas le causaban pesadillas por las noches. Eran unos hierbajos negros, negros, señor. Un día, su mujer dejó a su hijo Estebitan jugando con las sábanas húmedas que tenía tendidas en el patio y ella se puso a limpiar la fachada. Y cuando llegó la hora de comer, Amparo dijo que algo sentía en sus piernas y poco después que algo sentía en sus brazos y después que algo sentía en su garganta. «¡Me ahogo, Esteban, me ahogo», le dijo a su marido, y a Esteban no le dio tiempo a decir: «¿Qué es lo que te pasa, Amparito?», porque Amparito cayó fulminada y Estebitan se puso a jugar con las faldas de su madre que estaba tirada en el suelo. Esteban tardó en reaccionar porque se quedó paralizado de miedo y ni tocar a su mujer podía. Así estuvo muchos minutos como alelado, incapaz de moverse, con los ojos como platos y con el miedo en el cuerpo, hasta que un vecino llamó a la puerta y vio a Amparo con la cara encarnada y las manos verdes, verdes. Verdes de muerte, señor. Se la llevaron de allí, y un tiempo después llegaron al pueblo unos señores de la ciudad con mar para quitar todos los hierbajos de ese color negruzco, que al parecer hacían que la gente cayese muerta en cuestión de horas. Pero la realidad fue que no encontraron ni

rastro de esas enredaderas en ninguna otra casa del pueblo. El disgusto duró meses, señor, porque Amparito era querida por todos. Los vecinos iban y venían comentando que, tal vez, si Esteban hubiera tenido menos miedo, su mujer se habría salvado. Y ya empezaron con los chismes y que si Esteban, ya adulto, seguía teniendo pesadillas que le hacían mojar la cama, que si le tenía miedo hasta a los conejos, que si las golondrinas le daban miedo, que si los árboles altos le daban miedo. Esteban es el hombre con más miedo del mundo, dijo alguno.

Después de eso, superado el disgusto, no quería que nada rozase a su hijo, no fuera a ser que le pasara como a su madre. Se llevaba al niño a todos los sitios envuelto en una sábana atada a su pecho. Se propuso encontrar el rastro de aquello que mató a su mujer y, con el niño pegado al pecho, merodeaba por los alrededores del bosque mirando al suelo, porque estaba convencido de que el veneno procedía de las landas, y cada vez que veía matojos nuevos con colores raros, que crecían diferente o que sus hojas apuntaban en dirección a su casa, les pegaba un tiro con un fusil recién comprado que hacía llorar a Estebitan.

Pasados los años, señor, la vida se le hizo muy cuesta arriba porque empezó a temerle a cosas que no producen ningún temor. Y no pasó un solo día que no le diera miedo la velocidad de los coches o la velocidad de las liebres. Además, era de gatillo fácil y mató perros creyendo que eran lobos. Como mi perra, señor. «Acabarás matando a tu hijo», le decían, así que su mayor miedo era él mismo y su imposibilidad de separarse del arma. Se resignó pronto en su búsqueda de la hiedra venenosa y, con el arma siempre apoyada al lado de la puerta, se dedicó a criar a Estebitan, que crecía y crecía.

A Estebitan, en cambio, cuando creció y le salió un pelo en el pecho casi tan negro como la enredadera que mató a su madre, se le apodó *el hombre con menos miedo del mundo*, porque, a diferencia de su padre, no le temía a nada y de tan poco que se protegía, todos creían que cualquier día acabaría teniendo un disgusto. Él vivía la vida como si nada pudiera pasarle. Al cumplir los dieciocho años, intentó emprender la misma búsqueda que su

padre y durante un tiempo agarró el fusil y se puso a dar tiros a los matojos, pero el problema era que él no le tenía miedo a nada y ninguno le parecía venenoso, y a los diez minutos de estar bajo el sol de agosto volvía a casa refunfuñando: «Antes nos mata este sol que el bosque».

Estebitan que, de tan poco temor como tenía, el pueblo se le quedaba corto, después de aburrirse al sol, un día le dijo a su padre: «Yo me voy, me voy, me voy», y, en su afán de salir de este pueblo, llenó su coche con todas sus pertenencias y salió sin un duro y con su perra Lima hacia la ciudad con mar. Al parecer, se debió quedar sin gasolina o sin batería y, desorientado, con el bosque a la izquierda, sin saber muy bien si estaba desandando el camino o si sus pasos le llevaban en la dirección correcta, se puso a andar y a andar y a andar con idea de llegar a algún lugar habitado, pero como nadie sabe que existimos, como somos un fin del mundo que no llega nunca, no pasaba ni un alma por la carretera, y Estebitan, con la boca seca, anduvo durante horas hasta que una sed terrible hizo que su saliva se espesara y se espesara impidiéndole salivar, y poco a poco su cara y su cuerpo se fueron arrugando como una ciruela pasa. Renunció a buscar agua en el bosque porque, cuando la muerte apareció en su espalda, le empezó a tener miedo a todo, incluso a la Lima de su alma, y cuando ya casi el sol había dado la vuelta, cayó muerto con medio cuerpo en la carretera y el otro medio en la tierra del bosque. Lima llegó al pueblo no se sabe cuánto tiempo después y, como si la perra hubiera contado cada detalle de la historia, los vecinos salieron a buscarle. Lo encontraron con los labios blancos, señor, y nadie llegó a saber, en realidad, qué es lo que había pasado. Yo me creo la historia que le acabo de contar, palabra por palabra, porque me gusta pensar, señor, que el hombre con menos miedo del mundo le tuvo miedo a la muerte, pero hay quien dice que, de poco temeroso, se puso a comer algún fruto de esos tan traicioneros que da el bosque, y que, como le pasó a su madre, dejó de respirar y cayó muerto en poco tiempo. En su lápida pusieron: Estebitan*, el hombre con menos miedo del mundo*. Aunque yo siempre he pensado que deberían haber puesto: Estebitan*, el*

hombre que solo le tuvo miedo a la muerte. Esteban se desesperó y pasó un par de años con el corazón dando tales latidos que se oían por todo el pueblo. Yo eso no lo viví, eso es lo que cuentan, que bombeaba de abandono, decían, de desgracias.

Y, señor, fue la desgracia la que devolvió a Catalina su llanto, porque ya casi acabando el mes de julio, Esteban, que ya cuando lo de mi padre se disparó un pie, una tarde, volviendo de pastorear, con ese rictus tan serio que tenía siempre, notó que su corazón, de bombear tan fuerte pasó a no bombear nada, y agarrándose el brazo izquierdo y al grito de ay, ay, ay, cayó sobre su propio felpudo con los ojos muy abiertos. Miguel, que estaba regresando a su casa de la quesería con Catalina, pizpireta, a su lado, corrió a socorrer a Esteban nada más verlo, diciéndole: «No te preocupes, que en seguida viene un médico», y Catalina, llorando a borbotones, le dijo: «Aquí no viene el médico más que algún viernes, y hoy es martes». Miguel, entonces, muy agobiado —y yo creo que pensando «quién me mandaría a mi venir a este rincón del mundo»— se fue a buscar el coche. Esteban, que voz todavía tenía, les decía «tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo», porque él, a pesar de las desgracias, quería seguir viviendo. Y Catalina, a quien le gusta más una pena que a un tonto un lápiz, se pasó todo el camino hasta el hospital más cercano, repitiendo que «madre mía, madre mía, no ganamos para disgustos, madre mía, madre mía, este mundo nuestro se acaba».

Allí en el hospital lo dejaron, y en el pueblo, cuando se enteraron de la noticia, se preparó todo para cuando nos avisaran del fallecimiento de Esteban. Javier invirtió las noches en tallar un ataúd que le guardase bien en la tierra, Antón ordenó una lápida que iría al lado de la de su hijo y al lado de la de su mujer y mandó grabar: Esteban, *el hombre con más miedo del mundo*. Porque, señor, en los pueblos pequeños no suelen suceder muchas cosas y, cuando van a suceder, nos gusta tenerlo todo bien atado. El caso es que pasaban los días, señor, y nadie nos avisaba de su muerte. Al décimo día, Esteban volvió a aparecer por el pueblo tan campante, con unos kilos menos y con un semblante lleno de color. «¡Qué ven mis ojos!», dijo Antón cuando le vio cruzar la plaza.

«¡Mala hierba nunca muere!», dijo Esteban sonriendo. «Usted de mala hierba nada, usted es un toro de los que no vemos por estas tierras.» «Tu Dios me dio la salud que no tuvieron mi mujer y mi hijo», dijo Esteban, cogió su fusil y se fue a pastorear.

Catalina, en realidad, no solo lloraba en el bar con nosotros por el susto que nos dio Esteban, sino que lloraba porque nos contó que, cuando ella y Miguel lo llevaron al hospital, del llanto, del disgusto, de la tensión, fue directa a la cara de Miguel y le plantó un beso en toda la boca. Él, a pesar de que solo pensara en las bragas de Catalina y que la hubiera estado llenando la cabeza con palabras bonitas y la hubiera estado mirando con ojos melosos hablándole de la quesería, se apartó y fingió ser un hombre decente, casado y padre de un hijo.

Señor, podría haber sido cruel con ella de nuevo, porque ya sabe usted lo crispada que me tenían sus lágrimas, podría haberle dicho: «Coja, ya te lo dije, pero tú no aprendes, es la sexta, séptima, octava vez, no sé, que te pasa algo parecido, pero no, tú erre que erre, con la misma cantinela de siempre, con el mismo desbordamiento de emociones de siempre, a ver si aprendes que al amor se juega atando los sentimientos, que si los desbocas te matas, como un coche sin frenos, como un mar enfadado». Podría haberle dicho todo eso, porque míreme usted lo lista que soy, señor, y aunque de amor sé poco, sé todas esas cosas, solo de observar, señor, solo de observar. Pero en cambio le dije: «Los hombres, Catalina, cuando son más cerdos que corderos, no saben de dónde les viene el viento y de dignidad no saben, Catalina, no saben de valores, que tú eres una mujer que le quedas grande, que tú tienes una vida que a él le falta y ya te dije yo que este era de los que parlotean y te tocan la pierna desnuda, pero luego son más cobardes que los gatos con los ruidos fuertes». Le dije todo eso a mi coja porque el desencanto, de nuevo, había vuelto a su vida. Y en ese momento me di cuenta de lo mucho que la admiraba, que el empeño de Catalina por amar y sentirse amada no conocía límites ni sabe de recordar. Y daba igual la de veces que la hubieran rechazado, la de veces que Marco le hubiera dicho que no, que no, que no; Catalina había buscado el amor en muchos y ninguno la

había querido todavía, pero ella resistía, ella no se cansaba, ella encontraba la manera de rehacerse y de seguir amando con las mismitas ganas que la primera vez que por sus ojos entró el deseo. Yo, sin embargo, había tenido ojos para un solo querer y, aun habiendo tenido más opciones, opciones que de haberlas elegido me hubiera sentido querida, amada, de verdad, o al menos, hubiera aprendido el deseo, el ardor de la intimidad, en vez de haber hecho como Catalina, escogía, una y otra vez, darme de bruces contra el mismo muro, contra la pared gigante que era Javier y su absurda y novedosa creencia de que ahora, de pronto, me quería. Y fíjese, señor, ni teniéndolo a él estaba conforme. Por eso, ante el persistir de Catalina, el ardor de estómago me volvió con tanta fuerza que por un segundo pensé que vomitaría en esa misma mesa del bar con todos mirando. Me volvió a arder porque otra vez pensé que yo, de este pueblo, quiero irme. «Yo de aquí me quiero ir», volví a decir en voz alta. Porque yo creo que por desearlo desde el estómago, mi boca me fallaba y, aunque quisiera mantenerla cerrada, se abría y dejaba salir la voz. Como Catalina lloraba muy alto y hacía ruidos, no alcanzó a escucharme, pero Marco, de nuevo, lo escuchó y esta vez solo me miró, me miró y me miró.

Después de eso, lo que le hizo recuperar a la gente la sensación continua de que el mundo se mataba fue que Esteban pasó de ser *el hombre con más miedo del mundo* a ser Esteban, *el hombre al que la muerte no le alcanza*, porque, señor, verá, después del infarto, en menos de cuatro semanas, le ocurrieron todo tipo de males. Primero, le dio un ataque en la cabeza que por poco se queda como Nora, y ya me dirá usted qué es lo que hubiéramos hecho con otro en el pueblo como mi hermana. Luego, se rompió las dos muñecas al intentar coger el fusil cuando se le cayó entre dos piedras. Y, para colmo, se cayó por la ventana de su casa al ir a espantar una golondrina que había hecho nido en su tejado. Y entre medias de todo esto su corazón hizo amagos de dejar de bombear al menos tres veces más. Nos tenía a todos en un ay, y Antón venga a programar misas tantas veces como creímos que Esteban iba a dejarnos. Un día, Marcela se le acercó a Juanita y le

dijo: «Has hecho bien en casarte, que la vida se nos acaba este año y esto ya no hay quien lo niegue, si no, que se lo digan a Esteban». El alcalde, preocupado por Esteban, vino a vernos un par de días y meneaba la cabeza diciendo: «Yo solo pido que no nos duela, que no nos duela». Tan solo la mujer rubia se quedaba pasmada cada vez que en el pueblo se referían al fin irremediable y decía, con asombro: «Lo que hay que oír», y seguía viviendo su vida como si nada de aquello tan terrible fuera a pasar.

El peor cerdo

El señor se levanta, dice que necesita estirar las piernas y pienso que se va a ir. No se vaya, señor, no se vaya. Y en mi cara hay un por favor que no digo. No lo digo porque no hace falta, porque, a estas alturas, el señor le teme al bosque. El señor me mira. Duda por un segundo. Duda del amor hacia su perro, se lo noto en la cara. Pero mira el bosque y me vuelve a mirar. El señor confía en mí. El señor se ha creído que si continúa con su espera su perro volverá. Hay que ser paciente en esta vida, señor, usted, con sus años, ya debería saberlo. Y si la vida le ha ofrecido este descanso, aquí a mi lado, tómelo. El señor me mira, me mira, me mira. Y se vuelve a sentar. Gracias, porque esta historia se resolverá pronto y usted no volverá a verme. Nunca. Después quedará el recuerdo de que una vez su perro se perdió, nada más. Y tal vez, dentro de unos años, le contará esta historia a alguien y usted será capaz de sacar la moraleja de todo esto, como en las fábulas que nos contaban en la escuela. Como las canciones con historia. El señor esboza una sonrisa. Mírese, usted de alegre ya va teniendo algo.

«Nora, le dije antes de acostarnos, Nora, lo estoy intentando, estoy queriendo con todas mis fuerzas querer quedarme. Poco a poco, que, si de imbéciles está lleno el campo, a saber cuántos tontos hay en las ciudades, que yo aquí estoy bien, que yo me quedo con mis imbéciles, para qué conocer otros nuevos, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, ¿no es eso lo que repiten siempre en este pueblo?» Hice una pausa porque, señor, cuando alguien trata de convencerse de algo, las pausas siempre son fundamentales y porque yo siempre digo lo que siento como lo pienso, y con verdades se conquistan valles, señor, ¿no sabía usted eso? Y aunque pusiera todo mi empeño en creerme que en estas cuatro calles estaba la búsqueda de mi felicidad, las verdades están

hechas para ser dichas.

«Nora, continué, si es que de haber muerto alguien tendrías que haberte muerto tú. Pero la vida es caprichosa. Y yo lo voy asumiendo. Poco a poco. Eso sí, déjame que te diga algo, de quedarme, lo que deseo es que mi vida sea corta, corta, corta.» En ese momento, mi madre, que sin saberlo yo me había oído, me dijo: «Si tú te vas de aquí, llévame contigo». Y después de un silencio raro, donde el tiempo pareció perder el sentido, yo me eché a reír. Mi madre no se rio y yo le dije: «Pero cómo vas a venir conmigo». «Llévame contigo», me decía como si rogara. Y yo venga a reír, y Nora observando, como siempre, con los ojos redondos como limones. Y la cara de la Lea Grande era amarga. «Que me lleves contigo, Lea.» Y mi risa hizo que los gatos del patio se escondieran. Y la cara arrugada de mi madre insistía con «que sí, que sí, que sí, que si tú te vas yo aquí me sentiré muy sola» y después comenzó a reír también, porque mi risa contagia. «¿Adónde voy a ir yo, mamá?», le dije. «A ninguna parte, espero, que la familia que nos ha tocado es como es.» Me vino a la cabeza eso de que lo que me pasa es que lloro poco, que dice Marco, y esa idea apareció en mi garganta como una mala digestión. Esa noche, señor, esa noche dormí revuelta.

A la mañana siguiente, Catalina, que cuando se enamora siempre despierta al pueblo con canciones alegres que salen de sus ventanas, ese día puso que no lo era, la que dice *no te asustes si te digo lo que fuiste: un ingrato con mi pobre corazón,* y ya estaba tardando, señor, porque desde que Miguel le rechazó el beso en la boca ya había pasado tiempo, todo el tiempo que Esteban había estado entre que si vivía o si moría. Y una cosa que igual no le he contado de Catalina es que ella primero llora las cosas hasta quedarse más seca que la mojama, pero luego muestra su enfado, su pena, su dolor, su alegría, de una manera que todos, hasta los de las vacas tudancas de arriba, se acaban enterando de lo que siente o deja de sentir la coja. Al final, por unas cosas o por otras, la atención que no recibió de su madre muerta se la acaba dando el pueblo entero. «Ya está la cría con la música a todo volumen», dijo mi madre cuando bajé al salón a desayunar. «Catalina, que se ha

enamorado del nuevo», le dije a mi madre. Y ella, sin dejar de mirar la fruta que estaba pelando para mi hermana, me dijo: «A batallas de amor, campo de plumas».

Ese día me tocaba abrir el ultramarinos y fui caminando hacia allí con un calor propio de la fecha. Iba con los brazos descubiertos y ya me habían picado los primeros mosquitos. En este fin del mundo, señor, otra cosa no, pero mosquitos de verano tenemos para aburrir. Y me latían las picaduras cuando subí la persiana y encendí las luces. Me puse a colocar los tomates mientras esperaba a que llegase el camión del pan, que desde las nieves se retrasaba casi dos horas, y la espera se me hacía larga. Desde dentro de la tienda vi a Catalina, que se dirigía a la casa de los nuevos, pero la perdí de vista cuando torció la esquina. «No habrá día que llegue puntual adonde los pollos», pensé. Esta chica, esta chica, esta chica, dije para mí, y cogí mi cuaderno de pasatiempos y puse la radio que mi padre le regaló a mi madre hacía años y allí me quedé. No vi a Catalina desandar el camino corriendo hacia su casa, como dice Antón que la vio.

Treinta o cuarenta minutos después, vi a Marco al otro lado del cristal, haciendo gestos graciosos, muecas y demás, señor, como si fuera un niño pequeño. Eso lo hace a veces, cuando llega el calor, y a veces, si tiene tiempo libre, se viene al ultramarinos y nos fumamos un cigarrillo en la puerta. Lo apago rápido si veo que algún vecino va a entrar o si veo a mi madre venir, que ya una vez me vio fumando con Marco y me dijo: «De matarte tú, me mato yo antes». Entonces salí y le dije a Marco: «¿Qué haces, holgazán, que fumando en la puerta de las tiendas no se gana uno el dinero?». Y él: «Mira, Lea, mira. Mira lo que traigo». Y se sacó el fusil de Esteban de detrás de la espalda, y yo puse ojos de campo, señor, puse ojos de campo a Marco, que era más campo que nadie. «¿Qué haces tú con eso?» «Disparar a las nubes, a ver si se rompen», y apuntó al cielo con el fusil. «Se lo he robado a Esteban, que él con tanto que si vivo que si muero, se lo deja olvidado en todas partes y lo he encontrado apoyado en su fachada.» «Anda, dámelo que se lo guardo, que tú con eso eres el mismísimo diablo.» Y Marco, como un niño chico, me reprochó que nunca confiaba en él.

«¡Cómo quieres que confíe en ti, si eres un pintas, Marco!» Y él: «Para pintas, el imbécil de Javier, que ahora quiere darte besos». «¡Y a ti qué!», le dije yo con chulería. «Pues que no es verdad, que está mintiendo, que te besa porque es un amargado, que ese solo sabe de la vida aburrida que lleva, que ese chaval no tiene sangre en las venas.» Yo me reí un poco porque, señor, a pesar de que a mí se me cayese la baba con el guapo del pueblo, a Marco razón no le faltaba. «Anda, qué más quisieras tú ser la mitad de interesante que Javier.» «Venga, Lea, por favor, si cada vez que le miras más de diez segundos solo eres capaz de decir que te quieres ir de aquí.»

Ya estaba Marco de nuevo fastidiando, señor. Adónde voy a querer irme yo, si aquí me quieren, si tiene razón Marco, que adónde voy yo dejando aquí a mi hermana. Y Marco, siempre con demasiada confianza en sí mismo, me apuntó con el fusil, señor, y más que miedo lo que me entró fue vergüenza. «Deja eso, que al final me matas y ¿qué dirás luego, Marco, qué dirás?» «Diré que acabé con una mentirosa.» Bajó el arma y añadió: «Javier te pondrá las mejillas como soles, pero sabes que en este pueblo nadie te conoce como yo», y entonces me acarició la cara y casi me dio más miedo esa caricia que el fusil. Porque, señor, a mí Marco me da miedo, pero me da miedo que me toque, que no me gusta, que sus manos son ásperas, que cuando me sujetó para que no viera a mi padre casi me ahoga, casi me ahoga. Le quité su mano de mi cara con un gesto de asco. «Lea, que mentir es de maleducados.» «Maleducado lo serás tú que necesitas un fusil para que las vacas te respeten.» Cuando en ese momento Marco iba a decirme algo, vimos venir hacia nosotros a la nueva, esta vez con el pelo rubio atado con una goma. Marco se metió el fusil entre el pantalón y la camisa y yo pensé: «Este chico un día se dispara por bobo», pero las palabras de la nueva me sacaron de ese pensamiento.

«¿Quién ha pintado otra vez en mi fachada?» Los dos nos quedamos callados. «¡¿Que quién acaba de pintar en mi fachada?!», repitió irritada la nueva. «Relájate, rubia, que se te afea la cara.» «Cállate, Marco», le dije. Ella clavaba la mirada en nosotros como si nos taladrase. «Os creéis los más listos, pero no

tenéis ni puta idea.» Ni puta idea, señor, dijo ni puta idea, y esa expresión no le pegaba a esa cara de ciudad. «Sois una panda de maleducados metomentodo, la próxima vez os denuncio.» «¿A quién vas a denunciar tú, si de pueblos sí que no tienes ni puta idea?» Y Marco dio un paso hacia ella. «Y tú, dijo ella refiriéndose a mí, tú que te quedas callada, eres la peor, ¿o es que crees que no vi las liebres muertas que me dejaste en la puerta? ¿Qué quieres, qué queréis, qué coño os pasa?» «¿Y vosotros a qué habéis venido aquí?, dije por fin, ¿a aprovecharos de nosotros, como vienen todos los forasteros? ¿A quitarnos las tierras con el tiempo? Aquí no queremos a los que ya no les quieren en otro sitio.» «¡Qué sabrás tú!», replicó ella. «Yo no sé más que del malvivir en este pueblo, y no queremos a gente como vosotros por aquí, que los forasteros solo traéis problemas.» La mujer rubia se dio media vuelta y cuando Marco hizo el amago de ir tras ella, le detuve, señor, le detuve porque Marco puede ser un perro salvaje si no le atan. «Ha sido Catalina», le dije a Marco cuando la nueva ya estaba casi entrando en su casa. Y comprendí en ese momento que la que me había pintado *maleducada* también había sido Catalina.

Cerré con llave el ultramarinos, puse el cartel que dice «Vuelvo en seguida» y me fui con Marco a ver qué era eso que adornaba la fachada de los nuevos. Y, señor, la verdad es que Catalina mentiras no había escrito, porque Catalina mentiras no dice. *El peor cerdo se comió la mejor bellota*, leyó Marco en voz alta y se echó a reír. «¡Aquí vive un cerdo, aquí vive un cerdo!», empezó a gritar. Y yo: «Marco, Marco, cállate». «Este tonto no sabe a quién ha ido a enamorar», me decía muerto de risa, y yo me fui a mirar por la ventana, como hacían las vecinas que venían a cotillear, y vi cómo la mujer rubia, que acababa de llegar, discutía con Miguel. Este hacía gestos con las manos y miraba el móvil una y otra vez, señalaba a la mujer, señalaba al niño y señalaba de nuevo a la mujer. Ella negaba con la cabeza y caminaba de un lado a otro.

Entonces, de repente, junto a nosotros apareció Catalina con cara de enfado y de tristeza. «No pongas esa cara de pena, que la cosa da risa», le dijo Marco. Y Catalina dijo: «¿De qué te ríes?», y

antes de que él fuese a hablar, salté yo y le dije: «Tú me pintaste ese *maleducada* en mi casa». «Porque lo eres», me contestó Catalina. «¿Y tú qué eres? ¿Una bellota?» «Sí, Lea, soy una bellota, la mejor, y él es un cerdo como todos, que mucho hablar, mucho hablar, pero a mí me dejan la cabeza llena de cosas y luego que no, que no, que no. Si ya me dijiste tú que soy demasiada mujer para él.» Y Marco empezó a gritar: «¡Miguel, Miguel, que a los cerdos aquí los matamos, los matamos!». «Cállate, Marco, qué tú eres igual de cerdo que él», le soltó Catalina a la cara. Y entonces, señor, apareció Esteban y dijo: «¿Qué griterío es este?», y al ver asomar su fusil por la camisa de Marco, añadió: «Ese fusil es mío». Y Marco contestó: «Un día de estos se deja usted la cabeza en el felpudo de tanto olvido, Esteban». Esteban iba a hablar, yo supongo que para decir algo así como «cosas ajenas no se estrenan», que es algo que decía mucho Esteban, pero se calló y no dijo nada, solo tendió la mano a Marco para que se sacara el fusil de la espalda. Marco se lo fue a dar a Esteban, con tal mala suerte que el fusil se le resbaló de las manos, lo cual es muy raro, señor, porque las manos de Marco son grandes como tenazas. El fusil cayó al suelo y la culata rebotó en la piedra, y al parecer, como Esteban no usaba el fusil desde que se agujereó el pie cuando lo de mi padre, quedaba todavía una bala. El golpe seco en la culata activó el gatillo y el fusil se disparó. Catalina, Marco y yo nos quedamos sordos al oír el disparo, que fue a parar directo en el pecho de Esteban.

¿Usted sabe la de sangre y sangre y más sangre que tenemos en el cuerpo? No se puede usted hacer a la idea.

Yo de sangre no sé, señor, yo sé de animales mordidos, de vacas con las piernas agrietadas y sangrientas, sé de conejos despellejados, pero de sangre a borbotones saliendo de un cuerpo de persona no sé, señor. Y cuando la vi salir, sin frenos, como la leche cuando se derrama, no podía dejar de pensar en la cantidad de sangre que tenemos en el cuerpo y pensaba en si mi padre, enterrado, tendría sangre o no. Y me acordaba de cuando le solía decir a mi hermana: «Nora, tu sangre se enreda, por eso te pinchamos, para que corra y vaya a alguna parte». Catalina y

Marco tampoco sabían nada de sangres.

Cuando el disparo nos dejó sordos, Catalina chilló y segundos después muchos vecinos rodearon a Esteban, que estaba en el suelo con un agujero en el pecho. Los nuevos también salieron a ver qué pasaba y la mujer rubia empezó a decir: «¡Qué habéis hecho, qué habéis hecho!». Y Miguel, entre el revuelo, le tocó el hombro a Catalina, que no dejaba de chillar, para que se calmara, señor, para callarla. Yo no dejaba de mirar la expresión de Esteban porque le temblaba el labio y del susto intentaba levantarse y decía, muy bajito: «No puedo, no puedo, no puedo», porque no conseguía incorporarse. Y recordé a mi madre en el entierro de mi padre, que me recordaba a la imagen de madera de la Virgen y ahora, Esteban, me recordaba a la de Jesús con la corona de espinas que tiene Antón al fondo de la iglesia, porque, aunque la sangre le salía del pecho y no de la cabeza, tenía la misma caída de ojos. El padre de Catalina decía: «El médico, el médico, traed un coche que hay que llevarlo al médico». Y Juanita se agarraba a mi madre y le decía: «¡Ay Lea Grande, ay Lea Grande! ¡Que el fin del mundo se nos lleva a uno por uno!». Y yo quieta como una estaca del nombrario, igual, y Marco, señor, Marco estaba más pálido que Esteban. Tenía la mano extendida como si todavía estuviera tendiéndole el fusil y sus padres, que estaban también allí, se llevaron las manos a la cabeza y empezaron a lamentarse: «¡Mi hijo, mi hijo! ¡Qué ha hecho mi hijo!». Y yo dije: «Que no, que no, que no, que ha sido un accidente», y mi madre me gritó: «¡Tú a casa con tu hermana!». Y yo: «Que no, de verdad que ha sido un accidente». Pero entonces, la mujer rubia, la nueva, dijo: «Mirad, mirad todos, que a mí me han pintado esto en la casa. Han sido ellos, que son malos, que son malos». Lo decía por nosotros, la muy cabrona. Pero los vecinos del pueblo empezaron a llorar por Esteban, y eso me recordó el día en que, en la escuela, nos dijeron que Rosalía, la conserje, se había ido y no volvería más y todos los de la clase lloramos porque la queríamos. Entonces, miré a los ojos de la rubia, esta vez sin ojos de campo, con toda mi verdad, y no aparecieron caballos trotando por mi mente, sino que aparecieron las liebres muertas que yo había retirado de su felpudo y pensé

tantas cosas, señor, tantas cosas, que por un segundo quise ir a morderla, de lo enfadada que estaba, señor, y decirle: «Tú qué dices, si tú no has visto nada», pero por dentro lo que mi estómago en llamas me decía era: «Sal de este pueblo, sal de este pueblo, sal de este pueblo».

Se llevaron a Esteban al hospital y cuentan que entró muerto en la sala de urgencias. Pero no debía de estarlo tanto porque a los dos días le teníamos de vuelta en el pueblo y cuando apareció por la plaza, los vecinos le hicieron un corrillo para observarle, porque ya me dirá usted si no es suerte la suya sobrevivir también a esto. Al parecer la bala entró y salió sin hacer mucho destrozo y solo le perforó este hueso que tenemos aquí en el pecho, pero no rozó el corazón ni los pulmones y, como si su espalda estuviera ya avisada de lo que iba a ocurrir, la desviación de vértebras que arrastraba de la niñez le salvó de quedar postrado en una cama de por vida. Claro, señor, de tanto ir y volver de la muerte, la cabeza de Esteban se resintió y su mente se quedó en otro lugar, porque lo primero que dijo al volver al pueblo fue que él había sobrevivido porque había domado al bosque, que de tanto dispararle a los matojos, el bosque le había concedido la vida hasta que el mundo se matase.

Vino el alcalde de nuevo para ver con sus propios ojos la perseverancia del cuerpo de Esteban. Y cuando llegó, con los brazos extendidos se hizo hueco entre la gente y abrazó a Esteban con esos abrazos que os dais los hombres, golpeándoos repetidas veces en la espalda. Le dijo: «Eres un milagro, Esteban, eres un milagro», y se volvió hacia le gente con esa actitud tan suya de rey sin corona, de río que va de mar, para decir: «Esto es, señores, que el fin del mundo nos quiere vivos». Y Catalina, Marco, Javier y yo observamos la escena desde el banco que está a la entrada del cementerio, mirando hacia la plaza con los ojos entornados por el sol tan brillante que nos daba en la cara. «Entre el bosque y este alcalde estamos más que perdidos», dije yo, pero nadie me contestó, ni me miró, ni me sonrió.

A partir del día del accidente, Catalina volvió sola a la casa que huele mal y no la vimos hasta esa mañana en que vino a

sentarse en el banco con nosotros. A Marco le habían echado de casa sus padres y había pasado las últimas noches con Javier y el potrillo que era su madre, en la casa pequeña. A mí, mi madre no me dirigía la palabra desde entonces y le giraba la cara a Nora siempre que esta hacía el amago de mirarme, porque con todo el drama, también se me olvidó estar a tiempo para el camión del pan y dejé al pueblo sin pan un par de días.

Sentados en aquel banco, cuando el alcalde dijo esa tontería de que el fin del mundo no sé qué, pensé que sí, que tal vez tuviera razón, y que el fin del mundo consistiría en mantenerse con vida muchas veces. Y eso me hizo pensar en mi hermana, que ella se mantiene con vida estando muerta.

Y es aquí, señor, en este punto de la historia, en ese principio de agosto, cuando ya había asumido que el incendio de mi estómago era el precio a pagar por haber aparcado la idea de irme de este pueblo, donde empecé a creer que sí, que el mundo se acababa. Esa risa tan mía, que antes me salía al oír hablar del final de los días, ya no me salía, ya no la encontraba en mí. Pero el fin del mundo no tuvo nada que ver, en realidad, con las mil muertes de Esteban, ni con el querer repentino de Javier, ni con lo manso que quedó Marco tras el accidente con el fusil, que dejó de ser toro para volver a ser frágil como cuando niño, ni con que Catalina, tras el desamor con Miguel, volviese a taparse la cicatriz, no, tenía que ver con mi casa, con el bosque, con el bosque, con la creencia de que Nora, en realidad, era mi fin del mundo y un fin del mundo en sí misma. «Nos ha dejado de querer, Lea, este pueblo nos ha dejado de querer», dijo finalmente Marco.

Desgracia eres

Cuando veían a alguno de nosotros por las calles, camuflaban los reproches con toses y yo, señor, llegué a escuchar cosas como malnacidos o malvados. Mi madre me dijo que las ventas del ultramarinos, que ya son bajas de por sí, señor, bajaban más cuando atendía yo. Y aunque aquello duró poco, sí que este pueblo chiquito se resintió con nosotros. «Es porque creyeron a la nueva cuando les dijo que éramos malos, le dije yo un día a Catalina. Que ya te dije yo que cosas buenas no traían.» Y Catalina, que desde que ya no lucía su cojera era como una bombilla a punto de fundirse, susurraba: «Malqueridos, malamadre, cachocerdo, malagente». Javier fue el único que no estuvo cuando lo de Esteban, pero se mantuvo en silencio, como siempre hacía, señor, y a mí, igual que las lágrimas de Catalina acababan con mi paciencia, la boca cerrada de Javier empezaba a crisparme. Él no dudaba de que hubiera sido un accidente, señor, es más, había acogido a Marco en su casa sin poner ni una pega. Pero yo, que había visto toda la sangre que tiene un cuerpo, dudaba de que Javier tuviera alguna gota en el suyo. «A ver si lo que te pasa a ti, Javier, es que en lugar de sangre tienes miel y de ahí tu lentitud, tu no decir.» Y Javier me miraba y se reía y, señor, esa risa me derretía como un caramelo al baño maría. Lo que me crispaba de Javier era su poco ímpetu para defendernos. Yo esperaba que me pidiese unas cajas vacías, de esas de la fruta, las apilara como Marco a las liebres, se subiese en ellas y en mitad de la plaza les gritase a todos: «¡Atontados, que fue un accidente!». Porque eso es lo que hubiese hecho yo, pero claro, señor, él no sabe de esas cosas.

El caso es que el tiempo fue pasando y aquí la gente no cambiaba de parecer con nosotros, ni siquiera mi madre, que

seguía castigándome con su indiferencia. Y, aunque he dicho que duró poco, en realidad duró todo agosto y parte de septiembre, que ahora que lo pienso, tan poco tiempo no fue. Lo que pasa es que, a mí, ese mes y medio se me pasó rápido porque la protagonista de ese tiempo fue Nora que, como si no fuera mi hermana, empezó a hacer cosas de lo más extrañas.

Primero ocurrió lo del mantel, señor. Una noche, una noche en la que yo miraba a Nora y mi madre le apartaba la cara hacia el otro lado para que ella no me mirase y yo me movía para encontrársela, me harté y dije: «Bueno, ¿qué es eso que te ofende tanto, mamá?». «¿Tú qué haces pintando insultos en la casa a los nuevos cada vez que se te antoja?», dijo por fin mi madre. «Mamá, ya me hablas, qué alivio», me salió del alma, señor. «Va a ser verdad lo que tenemos escrito en la fachada y va a resultar que eres una maleducada», dijo. Y yo con la cabeza gacha. «Si tu padre estuviera vivo, Lea, te quitaría de la tienda y a arar con él que te llevaba.» Y contesté: «Pero papá está muerto y nosotras nos hemos quedado solitas, y yo, solo de pensar en quedarme en esta casa para siempre, me entra tanta pena como angustia, mamá». Mi madre se levantó para pellizcarme el brazo y mientras me apretaba con fuerza, yo contuve las lágrimas que querían salir, señor, querían salir. Y yo: «Que no, que no, que no, que es a tu otra hija a la que tienes que pellizcar para que llore, no a mí, no a mí», le decía, como queriéndole decir, señor, que yo soltaba el llanto cuando me venía en gana, pero que en la educación que me habían dado, llorar lloraban otros, no nosotros. «Si llorase yo, Lea Pequeña, si yo llorase, más que un bosque tendríamos un mar.» Y me soltó el brazo, porque Nora enganchó el mantel a uno de sus dedos agarrotados y tiró con violencia de él. Todo vino a parar al suelo, el plato se hizo añicos, los guisantes rodaron, el tenedor se escondió debajo de la mesa y el cuchillo de cortar carne se clavó de punta en el suelo justo al lado del pie de Nora. «¿Qué te pasa, Nora, no te mueves en años y lo haces ahora con todo sobre la mesa? Eres la mismísima desgracia», dijo mi madre. Dejó todo como estaba y se fue al dormitorio, a ese donde todavía encontrábamos conejos debajo de la cama. Yo miré a Nora, señor,

porque me quedé asombrada y pensé que tal vez Nora exista por dentro, que tal vez dentro de ella haya alguien. Nora, como si fuera una recién nacida, solo movía la boca y dejaba salir la baba.

Después, señor, unos días más tarde de lo del mantel, vino Juanita a casa, a ayudar con algo a mi madre, no recuerdo bien, señor, pero el caso es que yo había dejado a Nora aseadita en su silla, le había hecho trenzas porque, como ya había asumido que yo en este pueblo me tenía que quedar, empecé a cumplir las promesas que le hacía a mi hermana y dos trenzas perfectas le caían por cada hombro. Dejé a Nora y me fui a echar la tarde con Marco y Catalina al bar de Javier y cuando regresé por la noche a casa, mi madre, muy agitada, me contó que Juana y ella, después de haber estado dando de comer a las gallinas, se encontraron a Nora tirada en el suelo del salón, con una herida en la frente causada por el pico de la mesa en la frente. «Yo no sé Lea, yo no sé cómo ha sido, si tu hermana sola no puede mover las piernas, yo no sé cómo acabó en el suelo», me dijo. Y luego añadió: «Debió de ser por tu culpa, porque no la ataste a la silla». «O tuya, que no lo comprobaste», le contesté yo. Pero yo juraría, señor, que atarla la até, porque cuando haces muchas veces una cosa, señor, y usted esto debe saberlo, cuando haces muchas veces una cosa, esa cosa ya no se te olvida nunca. Pues Nora estuvo con un chichón adornando su frente durante días.

Otra mañana, señor, que me tocaba despertar a Nora, fui como siempre a su cuarto y lo primero que hice, señor, lo primero que hago siempre que despierto a mi hermana es, con la habitación todavía en penumbra, abrir el armario, coger ropa limpia y dejarla en la silla de al lado para que ya quede preparada para después del baño o se la pongo directamente si no le toca bañarse. Pues hice todo eso y me volví para ver si la cama y las sábanas estaban revueltas, pero Nora no estaba en la cama y por un segundo, señor, tuve uno de esos pensamientos que no tienen sentido, pensé: «¿Tan pequeña eres, Nora, que te has perdido entre las sábanas?». Pero duró poco esa idiotez de pregunta y más bien dudé de si me había equivocado de día y era mi madre la que la había levantado de la cama o de si, por la penumbra que había en el cuarto, mis ojos se

habían quedado ciegos. Así que rodeé la cama y fui a subir la persiana y allí me la encontré, señor, con su pijama de verano y los ojos muy abiertos, tirada a los pies de la cama, mirando hacia la ventana. «Pero, Nora, ¿quién te ha dejado aquí en el suelo?», pregunté sin esperar respuesta, pero era extraño, porque Nora no mueve un músculo por las noches y nunca antes se había caído. Además, si mi hermana se hubiera caído, habría rugido, como hacía siempre que algo la molestaba, y nosotras la habríamos oído. Fui a levantarla mientras me empeñaba en decir: «Norita, de veras, ¿cómo has acabado ahí?». Y rumié todo el día: que si a mi madre le pasaba algo, que algo debía pasarle para haber dejado a mi hermana en el suelo frío del cuarto, tiradita sin más. Me descubrí a mí misma increpando a la Lea Grande para mis adentros, señor, y para mis adentros me repetía: «Eso que siempre dice ella de vaya dos laureles que somos nosotras también podría decírselo yo, menudo laurel de madre me ha tocado, que deja a Nora en el suelo y ni la recoge ni nada». Me pasaba el día entero dándole vueltas a eso en la cabeza y cuando apareció mi madre mientras yo estaba limpiando a la cabra, que era el padre muerto de Javier, desde el patio le dije: «¿Qué ha pasado hoy, mamá, que dejas a Nora ahí tirada en el suelo?». Y ella: «¿Qué dices?». Insistía en que ella no había sido, que cómo se me ocurría eso, que si ella le veía una baba se la limpiaba al segundo, y que cómo iba a dejarla tirada en el suelo. «Pues, mamá, ahí me la he encontrado esta mañana.» «Pues sería culpa tuya, Lea Pequeña, que de tan despistada que eres ni te habrás dado cuenta de que tu hermana se había caído.» «¡Cómo se va a caer Nora, mamá, si no se mueve, si ruge cada vez que algo le molesta!» «No lo sé, no lo sé», repetía ella. Y yo le decía a Nora: «¡Qué cosas más raras haces, Norita!». En ese instante llegó Catalina y como me oyó esa frase, me preguntó qué ocurría con Nora. «Mi hermana, que ahora le ha dado por tirar manteles con cuchillos encima, caerse de la silla o tirarse de la cama.» «Uy, dijo Catalina, ay madre, ay madre, repetía, que esto es como el vecino que dijo que el mundo se acaba porque sus vacas hacían cosas raras.» Y yo la miré incrédula. Pero Catalina prosiguió: «Además, tu hermana más que persona es animal, Lea. Ay, que se viene el

final y yo sin que me quieran como quiero que me quieran». «Basta Catalina, le dije, ¿qué quieres?» «Nada, que en casa estoy sola, que en casa me aburro.» Yo miré a mi hermana: «¿Nora, esto que haces es porque el mundo se quiere matar?». Le quise preguntar eso, pero en cambio noté el incendio de mi tripa de nuevo dando vueltas y el estómago arde cuando hay una decisión por tomar, señor, no se olvide usted de eso.

Eso no fue todo, señor, no, qué va, eso fueron cosas chiquitas, lo fuerte empezó después, cuando una noche mi madre le daba la cena y yo, pegadita al móvil en el sillón, intercambiaba mensajes con Javier, que me decía que Marco estaba triste, que Marco lloraba. Eso, tengo que admitirlo, es algo que siempre me ha gustado de Marco, que, a pesar de ser un toro bravo, llora bien, cuando tiene que llorar, no como Catalina, que tenía cascadas en los ojos, pero Marco lloraba y no ocultaba su llanto, no como los hombres rudos de este pueblo que nos han hecho creer que los hombres de llorar no saben. Y Javier me decía que Marco se levantaba y dejaba los cojines y la almohada mojados, y dejaba caer las lágrimas sobre la comida que cocinaba. «Yo no sé qué más hacer.» «Con lo parado que eres, Javi, seguro que mucho no has hecho, en realidad», le escribía yo. Y de pronto, señor, mi madre me llama a gritos y me dice muy alarmada: «¡Lea, Lea, Lea, acércate! ¡Tu hermana! ¡Tu hermana!». Y yo: «¿Qué pasa, qué pasa?». Y pasaba que Nora se mordía la lengua apretando los dientes y la lengua le asomaba tiñendo los dientes de sangre. Inmediatamente le pellizqué el brazo para que rugiese y abriese la boca, pero no hubo manera. «¡Que se la corta, Lea, que se la parte!», decía mi madre agitada. Y yo: «Nora, Nora, mírame, deja de hacer eso». Pero Nora cerró los ojos. Y señor, no había manera de separarle la mandíbula y como un pájaro fui volando hasta la casa de Javier y dije que mi hermana se estaba mordiendo la lengua y que como no se la separásemos, los dientes se la iban a cortar. Marco, al que me impresionó ver tan manso, tan manso, como la liebre que fue de chico, vino a casa conmigo y con su fuerza le abrió la boca. Mientras lo hacía yo le acaricié el brazo a mi hermana y le dije a Marco: «Con cuidado, Marco, con cuidado».

Le curamos la herida de la lengua y yo le dije a mi madre: «Esto ha debido de ser culpa tuya, que algo le has dado al comer que la ha confundido». Y mi madre dijo: «O culpa tuya, que las desgracias ocurren mientras miras el móvil». Esos días, señor, nos acostábamos mi madre y yo creyéndonos culpables. Después de ese episodio, Nora no abría la boca para comer y hubo días que nos desesperábamos y algunas cenas no las hizo. Lea Grande y yo vagábamos por la casa pensativas, qué le pasará a Nora, qué le pasará a Nora que no quiere comer, porque, señor, en esas cosas raras que hacía Nora había una intención, una intención. O no comía o no quería tragar el agua que le dábamos, la retenía en la boca o la dejaba caer entre los labios, formando una hilera de gotas que escurrían por su barbilla. Y mi madre, desesperada, le decía: «¡Que tragues, Nora, que tragues!, que el agua se bebe, no se escupe», y yo le echaba la cabeza hacia atrás para que no le quedase más remedio que tragársela, pero con miedo, señor, con miedo, no fuera a ser que se me ahogara mi hermana.

Y, ya pasadas unas semanas, sucedió lo de la bañera. Eso me asustó mucho más, señor.

Resulta que yo llenaba la bañera porque a Nora el baño la relaja, y en cambio, cuando he probado a ducharla, señor, he acabado más mojada que ella. Y yo preparo el baño calentito para ella, para que esté a gusto, para que esté bien. Y la meto con cuidado, la siento al borde y la giro, primero una pierna y después otra, y luego, lentamente hacia atrás, y ella deja la cabeza apoyada casi en el grifo, pero sin hacerse daño, señor, nada de eso. Y ahí la dejo cinco minutos o a veces algo más. Y luego la lavo, la enjabono y le digo cosas bellas para que ella se crea bella. Pero qué tripa, Nora, qué tripa, que piel tan suave, qué pecas que tienes en las piernas, qué bonita cara tienes, ese tipo de cosas, señor. Y luego viene el momento en que la empujo un poco para que el agua le cubra la cara, unos segundos nada más, para que no respire debajo del agua y se atragante. Pues ese día, cuando fui a sacarla después de bañarla, no podía, no podía, porque Nora agarrotó el cuerpo de tal forma que era como una piedra pesada, amarrada con fuerza al fondo del mar, señor, igual que eso, o como los cantos en el río

imposibles de mover porque la tierra los ha sellado al fondo. Pues mi hermana se quedó sellada a la bañera y ni con toda mi fuerza conseguía sacarle la cabeza del agua, no podía, no podía, y ni las palabras me salieron porque sabía que mi madre me iba a decir es tu culpa, es tu culpa. Y agobiada, señor, porque se me ahogaba, localicé a tientas el tapón del desagüe y tiré de él con fuerza, con tanta que se me doblaron las uñas, reblandecidas por el agua, y esos segundos, señor, en los que el agua se escurría por el desagüe yo pensaba se me muere, se me muere, se me muere la hermana. Mi susto fue tal que las lágrimas brotaron un poco, señor, no mucho, casi no cuenta ni como llanto. Pero le grité a Nora: «¿Qué te pasa?, ¿qué haces?, ¿qué quieres?». Y Nora nada, silencio, silencio y nada más que silencio. Después del baño, señor, con el susto un poco más fuera del cuerpo, mi hermana cerró los ojos. Cerró los ojos y no los abrió en los dos días siguientes al baño. Y ya mi madre rompió a llorar una tarde y, mirando al techo, dijo: «Vuelve, vuelve, que ya no entiendo a tu hija, vuelve, vuelve». Se refería a mi padre, y a mí, de congoja, señor, de congoja, se me hizo el corazón chiquito, y esa noche, a Nora, todavía con los ojos cerrados le dije: «Norita, tú, si algo te falta, házmelo saber, que yo me quedo por ti, que si tú no estuvieras, yo me iría mañana, pasado, al otro, pero tú estás y es una suerte, Nora, es una suerte, créeme, aunque la Lea Grande te llame desgracia, es porque pierde los nervios, porque no quiere, no quiere, no quiere. Pero si tú quieres algo dímelo, házmelo saber, señala, busca la manera, pero no así, Nora, que nos matas, que me matas, Nora, que me matas». Y mi hermana, señor, volvió a abrir los ojos.

Estas cosas, señor, que empezó a hacer Nora me partieron el alma. Porque, señor, yo de sufrimiento sé poco. Ahora sé qué es pensar en un padre muerto y sentir nostalgia, sé qué es el dolor del recuerdo, del pasado. He entendido el tiempo y que en el pasado siempre hay un poso de tristeza. Pero de sufrimiento yo no sé, o, quizá, no sé lo suficiente. Y ver a mi hermana hacer esas cosas me hacía sufrir, porque yo sé de eso, de cuidarla, y si no me dejaba cuidarla, yo, entonces, no sabía de nada en esta vida. Después de lo de la bañera, su mirada nos traspasaba, no la fijaba en nosotras. Y

cada vez que servíamos la comida o la cena o que le pelábamos una pieza de fruta, tiraba los cuchillos al suelo, siempre cerquita de su cuerpo. Y alguna vez nos la encontramos golpeándose en la cabeza contra el cabecero de su cama. O ponía rígido su cuerpo y era imposible moverla, y de tantas veces como hizo eso, poco a poco, fuimos dejando de bajarla al salón porque, señor, temíamos no poder cargarla a la espalda, de lo mucho que apretaba los músculos. Así que Nora quedó postrada en su cama y yo pensé que igual era eso lo que quería, lo que demandaba en su violento lenguaje mudo. Yo me tumbaba a veces a su lado y le decía: «Norita, ¿no quieres bajar al patio?, ¿te traigo tierra?, ¿te leo?, ¿te canto?». Incluso mi madre, crispada, llorosa, iba por la casa cantando: «geranios, lavanda, tulipanes, camelias, begonias, azaleas», para distraerse, señor, porque no entendía lo que le pasaba a su hija. Ahí la tenía, cantando flores como si mi padre estuviera con ella. Y yo, ni una lágrima, pero con el estómago bombeando fuego y tratando de entender, señor, tratando de entender y de no resignarme a creer que sí, efectivamente, el mundo se mataba.

Yo tuve un perro que no se movía

El alcalde había cancelado las fiestas de agosto porque le parecía obsceno celebrarlas cuando tenía la creencia absoluta de que el mundo se iba a acabar. En el pueblo se rumoreaba que él había preparado el sótano de su casa para cuando llegara el fin del mundo y que lo había llenado de cojines y de almohadas, porque él se imaginaba que el mundo explotaría en mil pedazos y seguro que alguno chocaría contra él y su familia, y solo la idea de que sus seis hijas pudieran sufrir dolor le volvía loco. Para evitarlo, lo único que se le ocurrió fue hacer del sótano un lugar blando.

Una tarde, en el bar de Javier, con Catalina reconociéndome que, en realidad, donde los pollos tampoco estaba tan mal, porque, señor, después del desencanto con Miguel, lo de la quesería ya no era una opción, apareció Marco. Esa tarde se había retrasado porque, desde lo de Esteban, donde los Dolores no le daban tregua y no solo le pedían que pastoreara, sino que recogiese la fruta, arrancase las mala hierbas, negociara tierras nuevas y hasta hiciera la comida para el resto de trabajadores, en fin, que le castigaban, señor, por mala gente, decían, y eso me revolvía el estómago, porque a los Dolores a malos no les ganaba nadie, mire si no lo que pasó con mi padre. El caso es que apareció con aire cansado y dijo: «¿Os habéis enterado de lo del alcalde?». Catalina, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza. «Pues dice que sí que sí que sí, que la segunda semana de septiembre se harán las fiestas, que tendremos orquesta, concurso de ganado y certamen de belleza.» Y Catalina puso ojos de alegría y Marco dijo que el alcalde lo hacía por Esteban, por haber esquivado a la muerte tantas veces que se merece celebrar la vida. Después, Marco se dirigió a mí y muy serio me dijo: «Lea, he pensado...», pero en ese momento apareció

Javier y dijo: «Lea, Lea, si tú te presentas al concurso de belleza, yo te voto, que a guapa no te gana nadie». Y se hizo el silencio entre nosotros, señor, porque esa frase no parecía salida de la boca de Javier, incluso su propio cuerpo estaba raro, tenía la cara contraída y su boca arrugada de tan extrañas que le eran esas palabras a su voz, porque Javier no dice esas cosas, Javier es más de sonrisas pequeñas y gestos casi invisibles y yo no pude evitar la sorpresa en mi cara, aunque Catalina dice que había algo de recelo en mi gesto.

Me quedé mudita como las plantas, porque Javier jamás en su vida, señor, jamás en su vida me había dicho guapa. Había esperado tanto ese momento que no supe qué decir, ya que siempre me había imaginado que, cuando Javier me llamase guapa por fin, yo saltaría de alegría, hasta me imaginaba yendo al altar, señor, y sellando mi vida con él, pero eso habría sido en otro momento, eso habría sido en presentes anteriores, en otros años.

Cuando lo oí, señor, me vino a la cabeza la certeza de que Javier, desde la aparición del potrillo, hacía por quererme, porque mi amor era fácil, porque sabía que yo lo ansiaba desde niña y porque se veía solo. Y empecé a decir que no, que no, que no, y todos pensaron que lo decía porque yo no me quería presentar a ese concurso ni por todo el oro del mundo, se puede usted imaginar lo que opino yo de esas cosas, pero en realidad mi negativa fue porque me ardía el cuerpo entero y eso, señor, eso sí que es el fin del mundo. «No me quieras ahora que yo no quiero que me quieras, que yo de amor quiero aprender, pero que juntos aprenderíamos otras cosas», quise decirle, pero no se lo dije. Y Marco, otra vez: «Lea, es que quería decirte que si tú...», pero Catalina se adelantó y dijo: «Yo si gano este año el concurso de belleza me opero la pierna con el dinero que me den».

Lo del certamen de belleza, señor, es el sexto año que el alcalde lo organiza y todos los años lo gana una de sus hijas. Catalina siempre se presenta, cada año con la misma alegría, cada año con la misma ilusión, señor, porque Catalina es de recuerdo corto y de perseverancia larga. Año tras año, salía elegida una hija del alcalde, y ese año, por tanto, le tocaba a su última hija, que de

todas es la más guapa. Yo de belleza sé poco y no me importa que me crean bella o fea, porque llevo en mi cara algo de mi madre y algo de mi padre y algo de mi abuela Jimena, y algo de Nora también tengo, y mis ojos son de pobre, porque mis ojos siempre han visto lo mismo, y mis manos son de polvo y tierra y mis piernas son anchas por subir y bajar siempre las mismas cuestas, y mis pies, señor, mis pies están molidos como todos los pies del pueblo, que de tan mal asfaltados que estamos tienen callo de pisar piedras.

En este pueblo no sabemos de belleza, pero sus hijas, las hijas del alcalde, que han visto, que han oído, que se han movido por otros lares, tienen la mirada amplia y eso las hace bellas. Creo, señor, que igual la belleza es eso, salir y ver, como les pasaba a esas niñas. Los viejos de este pueblo pensaban en sus bragas y por eso las votaban. Catalina, que es de guapo rudo, de guapo desigual, de guapo diferente, siempre obtenía tres puntos: el de Javier, el de Marco y el mío. Yo siempre he estado en contra del certamen de belleza, señor, porque el alcalde expone a sus hijas como nosotros exponemos a nuestras vacas y yo sé, siento, presiento, que esas niñas lo que tienen bello es su cabeza, como yo, señor, y que la inteligencia no se merece ser expuesta a cuatro viejos que quieren verlas desnudas. Todos los años le digo a Catalina: «¿Es que acaso tienes hocico, ubres que ordeñar y espantas moscas con el rabo?». Y Catalina me contesta: «Envidia cochina, envidia cochina, envidia cochina».

Ese día fumamos más de la cuenta y cuando llegué a casa con mi madre, estaba más dormida que despierta. Algo me dijo mi madre que había hecho Nora esa tarde, pero yo solo pensaba en lo a gusto que se dormiría en el sótano-refugio del alcalde, todo repleto de almohadas. A la mañana siguiente, mi madre me vio bajar las escaleras y me dijo: «Ayer viniste fina, fina, fina», y yo para aliviar la tensión dije: «Mamá, no frunzas el ceño, que la semana que viene tenemos fiestas y yo te saco a bailar, te saco a bailar». «Tú baila con Javier, que es lo que te toca, que a mí me sacaba tu padre y yo de bailar ya solo bailo con conejos, nada más.» Y pensé, señor, que si la vida iba a ser así, a partir de ahora,

con Nora muriendo lentamente y mi madre castigándome, que se acabara el mundo, por favor, que se acabase ya.

En una semana, señor, nos dimos la paliza todos para poner de gala cada esquina del pueblo. La nueva participó también y, como era pintora, colgaba sus cuadros de las fachadas de las casas. Justo al lado del ultramarinos puso el que le dije que me había gustado, el de las limas en un cesto de mimbre. Y yo, señor, creo que lo hizo como disculpa, pero yo no quería disculpas de alguien que nos había acusado delante de todos. Me acerqué a su casa con el cuadro bajo el brazo, con lo que pesaba, y el esfuerzo y el sol me hacían sudar. «Yo no quiero este cuadro cerca», le dije, y ella, sorprendida, soltó una carcajada falsa, señor, falsa. «¿De qué te ríes, si tú no sabes de eso?» Allí se quedó otra vez su propio cuadro, y los días que duró la preparación del pueblo para las fiestas, me los pasé llevando una y otra vez el cuadro a casa de Jimena, porque la nueva, en su afán de algo que yo desconozco, volvía a ponerlo junto a la puerta del ultramarinos. Harta de verlo allí, un día, al cabo de muchas idas y venidas a la casa de Jimena para evitar que volviese a colgarlo, saqué a mi hermana de la cama, me la cargué a la espalda y ella, que a la pobre ya le daba igual cualquier cosa, me entregó todo su peso sin poner el cuerpo rígido ni nada, y yo le dije: «Nora, te va a venir bien salir un poco, porque de tanto estar en cama se te van a olvidar los caminos de este pueblo». Bajamos las escaleras como pudimos, la senté en su silla y me llevé a mi hermana al ultramarinos. La dejé sentada en el mismo tramo de pared donde la nueva se empeñaba en poner el dichoso cuadro. Nora no rechistó, aunque tenía las rodillas con moretones porque, como ya la bajábamos tan poco al salón por temor a que, si movía las piernas, se clavara cuchillos, ambas nos caímos en el último peldaño de la escalera y yo me hice una herida en la frente y Nora se magulló las piernas. Pero también lo hice, señor, porque me negaba a creer que Nora no quisiera que la levantásemos de la cama y deseaba con todas mis fuerzas acabar con esa etapa de desidia en la que vivía.

Estaba desenredando guirnaldas para colgarlas por la plaza cuando vino otra vez la nueva con el cuadro bajo el brazo. Al ver a

Nora, a quien nunca había visto, se quedó unos minutos quieta observándola. El cuadro, sujeto en su axila, hizo el amago de precipitarse al suelo. Quizá había observado algo en Nora que le hizo olvidar por un instante que llevaba bajo el brazo ese bodegón. Pensé que se estropearía al caer y mis piernas hicieron el amago de moverse hacia ella para agarrarlo. La nueva cambió el gesto por completo, se dio media vuelta con el cuadro y no volvió a presentarse con él. Supuso un alivio, señor, pero también me quedé intrigada por cuál sería la causa de la sorpresa de esa mujer cuando vio a mi hermana. Tal vez le impresionó la mirada de Nora o su cuerpo atrofiado o, quizá, señor, le dio pena, que eso es lo que suele pasar. No sé, pero yo seguí con mi guirnalda y le dije a Nora: «Bien hecho, Norita, bien hecho».

No se puede ni imaginar, señor, la bronca que me echó mi madre por haber sacado a Nora de casa. «¿Tú no te das cuentas?, me decía, ¿tú no te das cuenta de que Nora no está para salir de casa?» «Mamá, le decía yo, que a Nora hay que sacarla, que no tiene alegría, ¿no ves que no da un amparo de guerra?» Y ella replicaba: «Tu hermana de alegría no sabe y no va a saber nunca, porque no la entiende, Lea, no entiende la alegría y ya bastante tenemos nosotras como para enseñarla a todo el pueblo en su estado». Se equivocaba, señor, mi madre se equivocaba, pero yo qué iba a hacer.

El pregón lo dio el alcalde con todo su tropel de hijas y con su mujer al lado. Y vino a decir algo así como que debíamos sentirnos afortunados por vivir donde vivíamos y por morir aquí donde nos habíamos criado, y ya se puede usted imaginar lo que provocó eso en mí, que no me prendí entera porque esas cosas no pasan, pero estaba al borde de las llamas. A partir de ese momento, señor, lo que parecía que iba a ser una fiesta donde nada podría pasar más que bailes y vacas por la plaza del pueblo y donde la única emoción que tenía cabida era la alegría de estar vivos y el pecho hinchado de los vecinos por vivir en estas calles, pareció complicarse. Ya sabe usted que aquí las cosas pasan a pares y si Catalina se enamora, a Esteban le ataca la muerte, y si Javier decide quererme, mi hermana empieza a hacer cosas raras. Pues las

fiestas de agosto, que mantuvieron el nombre a pesar de celebrarse en septiembre, los pares de cosas que pasaron se multiplicaron y mientras la vida para algunos se enredaba, para otros la vida se solucionaba.

Yo convencí a mi madre de que vistiésemos a mi hermana con faldas de volantes y que la sacáramos a la plaza, porque mi madre decía que debíamos ser precavidas y que, si Nora tiraba cuchillos en casa, a saber lo que haría con todo el pueblo mirando y que debíamos quedarnos las tres encerraditas en casa, con Nora en cama y cuidándola por si le daba por no respirar. A mí me entraban los siete males solo de pensar en quedarme en esa casa que, como a Jimena la suya, empezaba a quedárseme grande. Mi madre decía que qué vamos a decir cuando pregunten, que si cómo la van a mirar, que ¿y si se caga?, que ¿y si le da por chillar?, que y si, que y si, que y si. Y yo le decía: «Mamá, tranquila que si pasa eso yo me vengo corriendo con ella a casa y la calmo, la limpio, la acuesto, lo que sea, mamá, lo que sea». Y cedió, porque, señor, a ella también le amargaba la idea de quedarnos lamentándonos en casa.

Así que con mi madre amarradita a mi brazo y yo empujando de Nora, subimos la cuesta hasta la plaza y ya desde casa escuchábamos la orquesta que tocaba la canción de *no sé no sé no sé qué tienen tus ojitos que me vuelven loco*. Y yo: «¡Mamá, qué ganas de bailar!», porque a mí, señor, me gusta bailar como a mi madre, y si Nora pudiera también bailaría, estoy segura, porque yo creo que eso se hereda, las ganas de hacer algo así se heredan. Cuando llegamos, vi a Catalina que llevaba un vestido de su madre por debajo de las rodillas y que bailaba con un vaso en la mano. Y vi a Marco, que pedía algo de beber en la barra que había montado Javier, porque durante las fiestas Javier siempre se encarga de la barra y cierra el bar en el Pueblo Grande. Dejé a mi madre con Marcela y Marga, que estaban de cháchara, y Nora se quedó con ellas. No llegué a ver la cara de mi madre cuando las vecinas dijeron: «La verdad es que Nora da tanta pena, viéndola así, ¡si ella tendría que estar bailando como todos los de su edad!». No vi la cara de mi madre porque decidí no darme la vuelta y seguí

andando hacia Marco. «¿Qué pasa que no bailas?», le pregunté. Y Marco me miró y yo vi que ya estaba un poco ebrio y el animal débil que había sido las semanas pasadas ya no estaba, ya no era, había vuelto a ser el toro bravo con sangre en el lomo. Me dijo: «A ti te quería yo ver», y en ese momento Javier se acercó al otro lado de la barra y me puso los labios para que yo los besara y a mí me dio pudor, pero un beso le planté, y con una sonrisa me sirvió algo de beber y cuando se fue a atender a una de las hijas del alcalde, Marco me dijo: «¿Me das otro a mí?». Y yo venga a reír y él acabó por reír también, que mi risa, señor, es como la peste, de largo recorrido y fácil contagio.

Los dos miramos bailar a Catalina y Marco me dijo: «Yo a Catalina siempre le he gustado». «Eso lo sabe el pueblo entero.» «Oye, Lea, que quería decirte que...», pero Catalina se acercó contentísima y nos dijo: «He pedido la canción que dice, *mala malita mala que es tu condición malo malito malo que es tu corazón*». Y la risa que arrastraba yo del beso que me había pedido Marco rompió en carcajadas con la petición de Catalina. Cuando ya nos dirigíamos a bailar al centro de la plaza, apareció Juanita, de negro, negro, negro, con la mano izquierda agarrándose el pecho. Catalina y yo nos acercamos a ella y Juanita empezó a decir: «¡Ay tu padre, Catalina, ay tu padre!». Y Catalina alarmada: «¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa?», repetía, pensando que algo grave le había ocurrido, pero Juanita entonces dijo: «¡Que he dejado de ser Juanita!, ¡que otra vez vuelvo a ser Juana, la hermana de Julito!, ¡que tu padre, Catalina, que me ha prendido fuego sin querer! y además dice que ya no me quiere, que dice que él de amor ya sabía de antes, que dice que ya no me quiere». Y salté yo: «Juana, si a ti te quiere todo el pueblo y a él ni los arbustos». Y Catalina, que había dado un paso hacia atrás, murmuró: «Si no me quiere ni a mí, cómo te va a querer a ti». Y me agarró del brazo y me dijo: «No quiero que mi padre vuelva a casa». «Catalina, ¿y adónde va a ir, dónde le metemos?» «Que se vaya al bosque, que se vaya», me dijo. Y Juana seguía repitiendo: «¡Ay, Catalina!, yo no sabía, pensaba que ya no, pero tu padre me ha engañado, que solo quería el vino de mi casa, no sé, que yo no sé, ¡y le ha dado por quemarme el

sofá!». Al fondo, de pronto, se vio aparecer al padre de Catalina y todos le miramos al llegar a la plaza, y todos, toditos, con ojos de campo.

Las vecinas se abalanzaron sobre él y empezaron a increparle: «Te lo dijimos, te lo dijimos que si le hacías algo a Juana iríamos a por ti, iríamos a por ti». Y los vecinos se fueron hacia Juana y lo mismo: «Te lo dijimos, te lo dijimos, que este era vino de mala cosecha, mala cosecha». Catalina fue hacia él cantando «papá, papá, papá» y yo en ese momento recordé que yo ya no tenía a quién llamar papá y noté una sensación extraña en el cuerpo. Y, señor, me vino a la memoria las fiestas de agosto del año anterior, donde yo daba palmas y mi padre bailaba la canción de *si sabes de verdad que yo te quiero alégrame la vida, compañero*. E igual que pasó una manada de animales por mis ojos cuando vi a la nueva, empezaron a pasar, con la misma velocidad, imágenes de mi padre llevándome agua a la boca cuando era tan pequeña que la derramaba o partiéndome el filete de ternera en el plato o enseñándome cómo es el crecimiento de las plantas y repitiéndome: «Paciencia, mi Lea, en la vida lo que hay que tener es paciencia». Y cómo miraba mi padre a Nora, señor, con la mirada pesada, con kilos y kilos de tristeza, y hasta recordé la frase que le decía a la Lea Grande eso de «yo creo que Nora sufre, yo creo que Nora sufre». Entre todos esos recuerdos apareció en mi cabeza la imagen de Marco diciéndome: «A ti lo que te pasa es que lloras poco», y como si mis ojos fueran una fuente, goterones empezaron a caer y a caer y a caer de ellos. Porque, señor, yo padre ya no tendré nunca, yo no sé si usted tiene, pero yo no, y fue en ese momento cuando me di cuenta de ello, mientras los vecinos estaban curando un desamor y amenazando a un maleducado. Porque si mi padre hubiera estado ahí, habría venido a cogerme la mano y decirme: «Mi Lea Pequeña, Javier no te quiere, paciencia, no te conformes».

Cuando rompí a llorar de pena, por primera vez en meses, en años, notaba un desgarro en mi tripa, un desgarro que esa vez no eran llamas, sino desconsuelo, desconsuelo por mi vida, por mi papá muerto, por mi papá ya solo, sin hijas, sin mujer, sin conejos,

sin casa, sin pueblo, sin vida, señor, sin vida. Fue, entre tanto revuelo y entre tanto vecino en corrillo, cuando agarré la silla de Nora y le dije, mirándole a los ojos: «Nora, ¿tú sufres?». Y mi hermana, como si entendiese, señor, como si entendiese, abrió la boca como cuando lo de mi padre y quedó en ella un grito suspendido. Igual fue al ver mis lágrimas, que ni yo misma sabía qué hacer con ellas y no hacía más que frotarme los ojos, frotarme los ojos para que se volvieran para dentro. O igual abrió la boca de esa manera porque el «papá, papá, papá» de Catalina también le hizo darse cuenta de que ya ella tampoco tenía padre. O yo qué sé, pero en ese momento no quise pensar que su descolgar de mandíbula fue un que sí, que sí, que sí, que sufro desde que entra la luz hasta que se va.

No me dio tiempo a pensar mucho más, porque el alcalde, al ver el revuelo que se había montado, paró la música, agarró el micrófono y dio paso al concurso de belleza. Todos corrieron a coger una silla y a sentarse frente al escenario. Marco y Javier se sentaron a mi lado, aunque Marco no quería sentarse, y yo le ordené: «Marco, siéntate, no des el cante, que es el momento de Catalina», y Marco me miró y se dio cuenta de que estaba llorosa, se dio cuenta antes que Javier, señor. Me dijo: «Quién te ha hecho llorar que lo mato». Y yo: «Baja la voz, que no, que no, que no, que no es lo que te imaginas», y él repetía: «Lo mato». Y lo dijo tan alto, señor, que todos miraron hacia nosotros y yo agarraba del brazo a Marco que seguía diciendo lo mato, lo mato, lo mato, y se oyó a su madre lamentarse entre los vecinos: «¡Mi hijo no cambia, no cambia!». Porque Marco pensó que mis lágrimas eran por Javier y le miró con cara de «no me importa que me estés dando cobijo en tu casa, soy capaz de machacarte la cara», y le levantó de la silla cogido por el cuello y le dio a Javier un puñetazo en la cara. Pero yo, que a mí fuerza no me falta, señor, le sujeté el brazo que tenía levantado para dar un segundo golpe y le mordí hasta hacerle sangre. Para hacerle entrar en razón, señor, para que me escuchase. Él se giró hacia mí y pensé que el golpe me lo llevaba yo, pero puso su frente contra la mía, como hacía siempre que le separaba en las peleas, y, sin que apenas nos oyese nadie, me dijo

por fin lo que llevaba tiempo queriendo decirme: «Si tú te vas de aquí yo te ayudo, Lea, yo te saco de este pueblo de imbéciles para que seas feliz». Y en seguida aparecieron dos tipos que yo siempre había visto por el Pueblo Grande y se lo llevaron, y de tan bebido como iba se dejó arrastrar, y yo no vi adónde le llevaban, señor, porque me volví hacia los que habían ayudado a Javier a recuperarse del susto.

«Javier, le dije tocándole la cara, tranquilo, este no sabe, este bebe y no sabe, pero yo lloro por otra cosa y él se ha confundido.» Y Javier, sin decir ni pío y asintiendo con la cabeza, volvió a sentarse y todos volvieron a sus sillas. Había un murmullo en el ambiente y el alcalde, paradito, sorprendido, estaba en el escenario con el micro en la mano. Entonces vi a Catalina subida ya al escenario y mirando hacia el suelo, y en seguida pensé que se sentía fea, que por primera vez en varios años estaba conteniendo el llanto. Para salir de ese momento solo se me ocurrió gritar: «¡Catalina, la más guapa, la más guapa!». Y el pueblo empezó a aplaudir.

Al concurso de belleza se presentaban dos hermanas del Pueblo Grande, que eran nietas de uno que vivió aquí un tiempo, un *duende* como usted, señor, que tardó poco en darse cuenta de que el porvenir no está aquí. También se presentaban la sexta hija del alcalde y Catalina. Todos sabíamos que las dos hermanas, que habían subido tan rápido, no tardarían en bajar igual de rápido, porque aquí nada se sabía de ellas y la gente prefería quedar bien con el alcalde o elegir la belleza tan de aquí de Catalina. Para suavizar lo de tratar a las chicas como ganado, primero tenían que hacer algo que ellas hubiesen preparado, como el concurso de vacas, señor, igual, donde primero se enseña las ubres a los vecinos para que vean que son lecheras y les hacen mugir para que noten que están contentas y bien alimentadas. Pues las dos hermanas hicieron un baile, señor, para morirse de la risa, pero a la vez las admiraba porque seguían el ritmo de una forma que ya quisiera yo para mí. La hija del alcalde se puso a recitar un poema, sin casi mover los labios, y yo me volví a mirar a los vecinos que murmuraban, señor, de gusto, de placer, de no entendemos lo que

dices, pero qué dulce, qué bello hablas. A mí me pareció, señor, que le faltaba un poco de gracia, era más sosa que la comida de enfermos, señor. Y luego mi coja, Catalina, se plantó delante del micrófono para cantar una canción de las que ella escribía. Porque, señor, no le he contado que Catalina se inventa canciones desde que es pequeña para aliviar los días sin madre. No sé si son buenas, porque yo no sé de esas cosas, pero nosotros siempre le decimos: «Catalina, canta, canta, que no se queden en la hoja, que ahí no tienen que estar». Y Catalina se acercó el micrófono y cantó una canción que se había inventado que decía *yo vengo del corral porque quiero amor quiero amar*.

Todos aplaudieron menos yo, señor, porque creo que ver a Catalina ahí, que solo la veíamos bonita nosotros, por sus maneras, por su cabeza, verla contener el llanto fue lo que me hizo darme cuenta de que yo estaba viviendo, en realidad, mis últimos días en ese pueblo. Tuve la certeza, señor, al escuchar y ver a mi coja, de que todo lo que estaba viviendo lo recordaría años después desde otro lugar, con la nostalgia del que se fue y no volvió. «¿Qué pasa, Lea?» «Nada, Javier, que el mundo se acaba y es verdad, no estamos preparados.»

Yo no quería a Javier, señor, yo le quise, que es distinto, desde muy pequeña, desde que me olió, desde antes de nacer incluso, pero querer a alguien no es suficiente, querer a alguien no te lleva a ningún lugar. Cuidar de alguien tampoco, señor. Entonces recordé las palabras que mi padre le decía a mi madre: «Creo que Nora sufre, que Nora sufre». Y como si me hubieran dado unos ojos nuevos, señor, unos más brillantes, más claros, más amplios, me volví para ver a mi hermana, sentada en su silla, con la barbilla tan inclinada que casi le tocaba el pecho, con las manos sobre su regazo, inmóvil, como cuando la levanté de la cama. Inmóvil y muerta, señor, porque mi hermana respiraba, sí, pero quién sabe hasta cuándo, porque mi hermana nació muerta y nos hemos pasado la vida jugando a que vivía, a que sentía.

No me mire usted así, señor, que sí, que mi hermana siente, pero siente y padece, padece como la que más, padece el mundo, no lo vive, padece la vida, no la vive. Y mientras el pueblo votaba

a la más bella yo miraba a Nora, que para mí siempre ha sido la más guapa. Y mientras hacían ganadora a la sexta hija del alcalde, yo me acerqué a Nora y le pregunté al oído: «¿Norita, tú te tiras cuchillos porque quieres morir, porque quieres morir?». Y mientras los vecinos aplaudían y Catalina bajaba del escenario deseando haber tenido en ese momento una madre a quien abrazar, Nora, señor, mi hermana, la inmóvil, se giró para mirarme, y así se quedó un buen rato, fija en mí, y yo la cogí de la mano y se la arañé un poco para que soltase las lágrimas que tenía que soltar, conmigo, ahí, en la plaza de ese pueblo que ella no había disfrutado nunca.

Fíjese, señor, tengo la impresión de que todo esto que le cuento pasó hace años, porque me siento vieja. Con diecinueve años y más vieja que mi abuela ya muerta. El mundo se mató ayer, pero un poco también se mató aquel día, aquella noche. Porque después, cuando Javier, que ya no servía en la barra al estar todos borrachos, bailaba con Catalina, se me acercó la mujer de pelo rubio, la forastera, la malquerida, y yo, que ya había llorado, y supongo que usted sabe que cuando una llora se queda un poco vacía, pero la piel se te queda en carne viva, al verla, me dejé atacar por ella, si es que esa era su intención.

Antes de que ella hablase, que la sinceridad no me la quita el llorar, le dije yo: «No sé por qué, pero cuando te miro aparecen animales trotando por mi cabeza». Y ella, que no sabía si eso significaba algo bueno o algo malo, me dijo: «Te veo y me veo a mí misma, me decía, señor, te miro y algo en ti me recuerda a la chica que fui, porque yo era como tú, peleaba y decía las cosas claras, como tú, pero luego la vida se enredó». Me dijo eso, señor, lo mismo que yo le dije a usted, lo mismo que yo pienso siempre. Mientras ella hablaba, yo la observaba como aquel día en la trastienda. Llegué a la conclusión de que, en realidad, yo veía manadas de lobos pasar cuando la miraba porque tenía razón, y yo también veía algo en ella que me recordaba a mí, quizá porque yo seré una mujer como ella en el futuro, bella por haber visto, por haber salido, no sé, señor. Ella prosiguió: «Tu hermana me ha recordado a un perro que tuve, un perro que estaba enfermo y no

podía moverse. Me lo llevé conmigo porque pensé que al pobrecito nadie lo querría por no poder hacer mucho más que estar postrado. Yo podría cuidarle, hacerle la vida más llevadera, darle amor, pero un día empezó a arrimarse a la chimenea, no sé muy bien cómo, porque no podía caminar. Sin embargo, se arrastraba hasta el calor de la lumbre, pero cada día que pasaba se pegaba más y más al fuego, y yo le apartaba porque me daba miedo que se quemara, que sintiera dolor. Y ya un día, asustada porque además, mi perro había dejado de comer y de beber, le llevé a que lo viera una amiga mía que es veterinaria y me dijo que sufría, que sufría porque vivía en un cuerpo que estaba muerto y eso era terrible, era como estar encerrado toda la vida en una caja de cartón estrecha con dos agujeros por los que mirar el mundo sin poder participar en él, y entendí que si de verdad quería a ese animal, que si de verdad me había quedado con él para cuidarlo, lo único que podía hacer era acabar con su sufrimiento».

Yo, asombrada, miré a la rubia. «¿Qué me quieres decir?», le pregunté, ya con el alma en su sitio y esta vez sí que con ojos de campo. «Nada, no quiero decirte nada, solo que cuando vi a tu hermana el otro día al lado de tu tienda, me recordó a mi perro.» Me iba a poner de pie y a decirle a esa mujer rubia que lo que estaba diciendo era propio de una mujer desalmada y que se equivocaba, que no teníamos nada que ver la una con la otra y que lo que le parecía ver en mí era mentira, cuando mi madre, agarrando la silla de Nora, dijo: «Voy para casa, que es tarde y hay que cambiarla».

No me quedé con Javier y Catalina hasta el final de la fiesta. Después de decirles que estaba cansada, me fui a casa. No se veía nada, de lo oscuro que estaba, pero entre la oscuridad distinguí a Marco, precisamente aquí, en este banco en que estamos usted y yo ahora. Y Marco miraba al bosque. «No estarás pensando en entrar y que te trague el verde, ¿no?», le dije. Marco no respondió, tan solo me pasó el cigarrillo de hierba y cuando fui a cogerlo me di cuenta, señor, de que los dos hombres que se le habían llevado después de confundir mi llanto le habían dado una buena somanta de palos y tenía los dedos hinchados, el labio roto, un ojo con

sangre y la cara, roja, roja, roja. Estuve poco tiempo con él, señor, pero le dije que antes o después, tarde o temprano, yo acabaría por irme. «Ya lo sé», me dijo él y añadió que, si yo quería, él me conseguía un lugar para quedarme en la ciudad con mar. «Coge el coche de tu padre y vete a la ciudad con mar, a la dirección que yo te dé y allí te quedas, para empezar, y luego encontrarás otras cosas y a otras personas.» No dije nada, señor, porque estaba cansada, ya no sabía si estaba despierta o dormida, si había llorado o si todavía no. «Aquí ya no nos quieren, Lea, desde lo de Esteban la gente desconfía, la gente no saluda, la gente no sonríe, la gente da palizas. De lo que yo sé no sirve de nada en otro sitio, pero de lo que tú sabes, sí», concluyó.

El fin del mundo

Me quedo en silencio unos segundos, pero es que los necesito. El señor me mira y le digo que si no le parece bello el bosque. ¿No le parece bello el bosque? A mí siempre me ha dado miedo, pero, mírale, ayer se acabó el mundo y el bosque sigue aquí, sigue dando miedo, advirtiéndoles a todos de que quien entra no sale.

Si usted se perdiese con su perro mañana, ya no me encontraría aquí, en este pueblo, y eso es lo que trato de explicarle. Porque la tripa me ardió esta mañana y la tripa arde cuando hay una decisión por tomar y hacía tiempo que no me ardía. No me ardía porque enterré mis ganas de irme por unos meses. Porque, entrado octubre, no sé, igual ya era noviembre, después de que el padre de Catalina hubiera vuelto a casa y las ventanas se hubieran vuelto a correr y la ropa de su madre se hubiese vuelto a guardar en una maleta, después de que Marco intentase todos los días volver a casa de sus padres y estos no le abriesen porque no le querían, después de que Javier dedicase todas sus tardes a tallar ataúdes para la gente del pueblo por orden del alcalde, señor, uno por vecino, después de que Esteban entrase en una tan pena profunda que decía que «es la muerte que ya llega y me deja tumbadito en el sofá», después de que Juana volviese a sacar otra vez la silla vacía de su hermano al ladito de la suya, después de que yo salvase al hijo de los nuevos un día, señor, que lo vi por aquí correteando y que por poco se mete al bosque, señor, al bosque, y yo le avisé «niño, tú a la vera de tus padres siempre, que si vas a vivir aquí tienes que saber que el bosque mata, el bosque mata», en fin, después de tantas cosas, señor, me pasé semanas en casa con mi hermana, tratando de entender lo que se abría paso dentro de mí, y mi madre me decía, «hija, Lea, sal un poco, que te vas a enmohecer». Catalina venía a casa a sacarme, señor, y yo que

no, que no, que no. Marco me dejaba hierba, chicles, hortalizas, sobaos que compraba en mi ultramarinos y hasta un ternerito me dejó, que le faltó tiempo a mi madre para llevárselo de vuelta, corriendo. Yo no quería salir, señor, porque quería comprender, entender si era verdad que Nora no quería vivir más.

Contaba los golpetazos que ella se daba por las noches contra el cabecero de la cama. Entonces yo corría y le sujetaba la cabeza y le decía: «Tranquila, mi Nora, que aquí te queremos, no te quieras ir demasiado pronto». Mi madre había vuelto a cantar en el ultramarinos. Y yo hablaba, señor, hablaba en voz alta, para mí, y le preguntaba a mi padre: «¿Nora sufre, papá?».

El fin del mundo se nos echaba encima y la gente estaba cada vez más lastimera, se acercaban a despedirse unos de otros. «Que en navidades comamos lo que no comeremos muertos», decían. Y yo, señor, centrada en Nora, asumí que el mundo se mataba, pero es que llevaba un año entero matándose. El invierno dejó de ser invierno y pasó a ser una primavera larga, larga, larga, y me sorprendía el poco frío que entraba por las ventanas, porque aquí, señor, en este final de los mapas, aquí los inviernos son de borrego al cuello y doble manta, pero el frío desaparecía poco a poco y pienso ahora que, si los muertos se quedan fríos, es porque el mundo se muere caliente.

Una noche, señor, después de un día pegada a Nora, comprobando cada dos por tres que no se hubiese cagado, porque mi hermana ya no rugía cuando se cagaba, había perdido hasta las ganas de sentirse limpia, mi madre me pilló acariciando a la cabra que era el padre muerto de Javier y me dijo: «No toques tanto a la cabra, que se te queda el olor, mi vida». Y yo: «Qué más da, mamá, si de olor nosotras no sabemos». «¿A ti qué te pasa?», me dijo después, y yo le dije: «Mamá, si yo me voy, vente conmigo». Esta vez se lo dije yo, señor, porque ya me rondaba en la cabeza lo que iba a hacer al día siguiente. «No podemos irnos, Lea, no sabemos de otras cosas, solo sabemos de vivir aquí.» «Mamá, yo creo que Nora sufre.» Y mi madre empezó a decir que no, que no, que no, «no me seas como tu padre, que mi Nora está resplandeciente, que mi Nora tiene pena por tu padre, pero que tu hermana en seguida

se recuperará y estará como siempre». Eso decía mi madre, pero yo veía otra cosa. «Mamá, que Nora se nos mata, como el mundo.» Y mi madre, sin mirarme, repetía: «Que no, que no, que no, que si piensas eso vete a que te dé el aire, que de tanto mirar a tu hermana has dejado de ver, has dejado de ver claro». Y me fue empujando hacia la puerta y, fuera de casa, me dejó en mi propio felpudo.

Me fui caminando por las cuatro calles, en silencio, de noche, sin frío. Me encontré a la mujer rubia, que venía de donde las maderas, y me dijo que qué hacía yo por ahí a esas horas si el pueblo estaba muerto esa noche. «Por el viento, que a veces es bueno que te dé en la cara», dije. Desde que salvé a su hijo de entrar al bosque, la rubia era amable conmigo, quizá por eso me dijo: «¿Te digo la verdad? A ti lo que te pasa es que quieres irte». Y yo mudita, mudita, señor, cansada de que todos me dijeran qué era lo que a mí me pasaba. «Te pasa que te quieres ir y no sabes cómo, porque tienes un perro que sufre en casa, pero tu vida, Lea...», y antes de que continuara, yo le dije: «Tú no sabes nada de mi vida», porque, señor, yo no tenía el cuerpo para escuchar las palabras de una forastera de la que no acababa de fiarme del todo. Los de fuera, señor, los de las ciudades grandes, se creen más listos que nadie y ellos, a veces, saber, no saben nada.

Cuando volví, mi madre le cantaba a Nora *ay amor si me dejas la vida déjame también el alma sentir*. Y sobre la almohada rumié, señor, rumié más incluso que ahora con usted, porque entendí el fin del mundo, entendí que el mundo se acababa con mi Nora. Esa canción, señor, se la cantaba mi padre a mi hermana, aunque únicamente la parte de *si solo queda en mí dolor y vida, ay amor, no me dejes vivir*. Comprendí entonces, por fin, señor, que mi Nora, mi hermana del alma, sufre como sufría el perro de la nueva, y que ella lo único que quiere es morir, es dejar el juego que es la vida para los demás.

Nora quiere irse, como yo quiero irme. La conozco, señor, yo no sé de otras cosas, pero de Nora sí. Y quiere irse porque su vida no tiene sentido, nunca lo ha tenido, ella sabe, señor, que habrá un día en que nadie podrá cargar con ella, que mi madre se hará vieja

y a mí, de amargura por haber seguido aquí, se me atrofiarán los huesos, el cuerpo entero, porque, aunque tengo diecinueve, parezco más vieja que mi madre, más vieja que Jimena. Nora se quiere matar porque no está viviendo, está en la caja de cartón de la que me hablaba la forastera rubia. Porque vida no tiene, tiene muerte. Por amor, señor, se mata por amor, por amor a mí, por amor a mi madre, por amor a mi padre, por amor a la vida que nosotras podremos vivir todavía cuando ella no esté. Que el amor es una guerra, señor, una guerra de las peores y Esteban tenía razón, los amantes son soldados de una guerra y Nora es soldado de una guerra vencida, y en las guerras, entre camaradas, señor, dígamelo usted si de esto sabe más que yo, en las guerras se mata al camarada que sufre. Se le mata. Porque Nora sufre, Nora sufre, Nora sufre.

Jimena, mi abuela olvidada, lo habría hecho, y mi madre dice que miró a Nora como no se debe mirar a la familia, pero lo haría porque sabía, señor, sabía que sufría, y sabía que había parido a una hija incapaz de liberar a su propia hija, por vanidad, por egoísmo, y porque en esta familia no sabemos de llorar ni sabemos de penas. Si Jimena la hubiera parido, habría acabado con su sufrimiento mucho antes, que lo que más valía de mi abuela era su cabeza, como me pasa a mí. La única solución para nuestro mundo, el mundo que empieza en la puerta de mi casa y que acaba en el patio con la cabra, es la muerte de mi hermana.

Mi madre tiene ojos de sueños, de sueños chiquitos, de pequeñas victorias, porque sé que mi madre lo que quiere es alegría y no la tiene, la tiene acabada, y sé que la Lea Grande lleva en la espalda un peso, un peso que es mi hermana. Y eso Nora lo sabe. Ayudar a Nora a morir, señor, es ayudar a morir a un animal herido, ¿no cree usted?

Mi hermana mayor tendría que enseñarme el camino en la vida, porque es lo que hacen los hermanos mayores y yo siempre, siempre, siempre he pensado que no, que mi hermana eso no puede hacerlo. Pero mi Nora me ha enseñado el camino, me ha dicho vete, que te dejen de querer, vete, que aquí no necesitas volver porque el mundo es amplio, amplio, amplio y la familia está

para recordarla, pero que en la vida hay que seguir hacia delante y crear la tuya propia, y los muertos cuando se van se quedan, porque la muerte es un día y la vida son varios. ¿Aquí qué hago yo con Nora, señor, sino morirme? Nos matamos las dos, nos matamos si yo me quedo. Por eso creo que mi hermana, aun sufriendo, aun sin aire, ha hecho de hermana mayor y me ha desenredado la vida.

Yo no sé de otras cosas

Rumio, señor, rumio lo que haré mañana, porque yo acabo de hacer algo, algo que me acompañará toda la vida, acabo de matar al mundo, señor. Esta mañana del Año Nuevo en la que hace demasiado calor para ser enero, todos se han palpado el pecho nada más despertarse y han comprobado que el corazón sigue latiendo y empujando el fluir de su sangre, y me imagino a cualquier padre y cualquier madre comprobando que sus hijos continúan teniendo dos brazos, dos piernas, una nariz y una boca, y Catalina seguro que habrá llorado esta noche, y Marco habrá bebido, y Javier se habrá abrazado a su potrillo. Yo esta noche, señor, esta noche he dormido como no dormía hacía años. Y me pregunto si no será que estamos ya todos muertos y que la muerte de la vida es esto, continuar con vida a pesar de este calor de enero. No sé, señor, yo no sé de otras cosas.

Si su perro se perdiese mañana, usted ya no me encontraría aquí, a la sombra. Porque yo no me he palpado el pecho esta mañana, me he tocado la tripa que ardía y he despertado a mi hermana, a mi Nora, y la he vestido de verde, que mi hermana está muy guapa de verde, y desde que la he levantado le he estado cantando. Mientras la aseaba, mientras miraba su cuerpo deforme. Le he hecho trenzas, pero dos trenzas hermosas, y la he bajado al salón cargada en mi espalda, despacio, sin caernos esta vez, y nuestra madre dormía, dormía todavía, porque anoche se quedó en vela hasta muy tarde, señor, esperando el fin del mundo, se ha pasado la noche despierta. Yo me despedí anoche de ella con un «mamá, llora, que lo que a ti te pasa es que lloras poco».

Así que mi madre esta mañana estaba dormida, y yo despacito he montado a Nora en su silla y le he dicho: «Mira, qué buena mañana de Año Nuevo, Nora, qué sol, qué calor, qué verdes están

los árboles». Y el traqueteo de la silla de Nora por las piedras del camino le han movido el vestido como Catalina hace girar sus faldas cuando arrancamos los hierbajos de las fachadas, igual. Qué bonito está el bosque desde aquí, señor. ¿No lo cree usted así? Con sus copas imponentes, con sus colores de atardecer, sus árboles inmensos. Qué bella es la muerte que se presenta como un campo florido.

¿A usted nunca le ha pasado que la vida se le enreda? Pues a mí la vida se me ha enredado, se me ha hecho un nudo que no sé cómo deshacer. Rumio, señor, rumio lo que haré mañana. Que en este pueblo la vida se me va a hacer larga y si la tripa se queja es porque hay una decisión por tomar. Y, señor, esta mañana la he tomado, y, como Estebitan, *el hombre que solo le tuvo miedo a la muerte*, me he acercado a la primera línea de árboles, con todo mi miedo, señor, porque yo ayudando a mi hermana a morir me he enfrentado al miedo que arrastro desde chica, al miedo mayor del pueblo. Y he visto, señor, he visto que el bosque mata, deshidrata, vacía, absorbe, traga, porque el bosque hace que la gente se canse y se mate, hace que la gente se canse y deje de creer que ya la vida le enseña algún camino.

Con mi hermana, que iba con los ojos abiertos, abiertos, abiertos, pero en su caja de cartón, padeciendo, he cruzado la primera línea, solo la primera línea, y he empujado dentro del bosque, con fuerza, la silla de Nora. Mientras lo hacía, le he colocado las trenzas bien bonitas sobre sus hombros, para que el fin del mundo la pille reluciente. Y queriendo decir «Norita, tú solita te vas», lo que me ha salido en susurro ha sido «Norita, cuando puedas jugar tú, vendré a buscarte yo».

Después me he dado la vuelta y he oído el sonar de la silla de Nora bajando por la pendiente hacia el interior del bosque, el ruidito de las ruedas que caminaban solas, despacito, como si algo, los árboles o algún animal que yo no sé, empujase en ese momento su silla. Yo no sé de esas cosas, señor, pero oía el rodar de su silla muy lento y mis pasos iban en dirección contraria muy rápidos, hacia fuera, hacia la vida que me ha regalado mi hermana, hacia los años de los que me hablaba mi padre que me regalaría si él

moría demasiado pronto. Y aquí he venido a sentarme, señor, a la sombra, sin saber muy bien si estoy viva o si estoy muerta. El mundo se mató ayer y a mí hoy ya no me querrá nadie.

Después queda la vida, señor, después del fin del mundo, queda la vida. Y yo quiero irme lejos y ver y hacerme bella por haber visto, quiero aprender a que me quieran, dejarme querer, ser querida, querer. Como Catalina, que decía en su canción, vengo del corral porque quiero amor y quiero amar, pues yo igual, señor. Y la pena me la cargo a la espalda como a Nora la cargo para bajar las escaleras.

Mi hermana no es pasado, señor, mi hermana no será nunca pasado. Pero no sé si me importa, porque yo tengo la cabeza limpia y cuando sea una mujer de otro lugar, con una hija a la que dejaré flores en el felpudo de casa y le diré que son de su abuela, que yo con su abuela no me hablo porque en el campo los rencores se heredan, pero ella nada sabrá de eso y pensará que aunque su abuela no quiera a la Lea Pequeña, la quiere a ella, la quiere a ella.

¿Que qué hago aquí, quieta, a la sombra? Espero, señor, espero con usted a su perro, y espero el aleteo fuerte de las palomas cuando mi madre grite al no vernos en casa y piense que el mundo nos ha matado, nos ha arrancado de su lado. Fíjese, señor, yo espero con usted a su perro y usted me acompaña en esta tarde tan rara.

Anoche Marco me dejó hierba en el felpudo, porque el fin del mundo mejor no verlo, mejor ver otra cosa, y yo he venido aquí a fumarla para así dejar de ver el bosque y ver solo a Nora. Pero no la veo, señor, la vida es cruda y la muerte es muerte y la realidad es la pena que no lloramos porque, como decía mi padre, nosotros no estamos en la parte del mundo que deba llorar. Y las cosas claras y el chocolate espeso y yo he matado a mi hermana porque ella solita no podía, y mala educación habría sido no hacerlo, una falta de respeto y de amor habría sido no hacer nada, y que me señalen, que me miren, que me dejen de querer, no me importa, porque yo no sé de otras cosas más que de cuidar y de querer. Y mañana, será la vida, señor, la vida, quiero decirle, y aguanto su mirada, pero no se lo digo. Entonces, me fijo en el cielo, en su azul

intenso, intenso, intenso, y me levanto para irme.

Arrojo al suelo el cigarrillo con hierba. El señor, que no ha dejado de mirarme, suspira, pero yo creo que suspira porque se ha imaginado a sí mismo entrando en el bosque en busca de su perro y muriendo. Creo, siento, que el señor quiere decirme algo. Lea, los que se van se quedan. Y a mí la piel se me pone de gallina, porque sé que me miente sin habérselo pedido, por consuelo, por cariño, porque yo me voy a ir. Un perro grande, con la lengua fuera y el estómago hinchado de comer, se acerca husmeando. Mire, señor, aquí está su perro. Ya le dije que los perros no son como yo, que los perros se quedan.

ELISA LEVI

Estudió Comunicación Audiovisual y Artes Escénicas en la Universidad Europea de Madrid y dramaturgia en la Royal Academy of Dramatic Art de Londres. Con temas de hoy publicó en 2019 su primera novela *Por qué lloran las ciudades* («Levi trasciende la literatura *millennial* y entona un *non serviam* de estirpe romántica que se emparenta con el fatalismo generacional de un Werther o el "desorden y dolor precoz" de Thomas Mann, tradición que Levi revive con intensidad e inteligencia», Carlos Pardo, *Babelia*) y participó en la antología *Ya no recuerdo qué quería ser de mayor* (2019). También es autora del poemario *Perdida en un bol de cereales* (2016) y de la obra teatral *Ramitas en el pelo*, estrenada en Madrid en 2017.

Yo no sé de otras cosas
Elisa Levi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Elisa Levi, 2021
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © David de las Heras

© Editorial Planeta, S. A., 2021
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-9998-894-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!